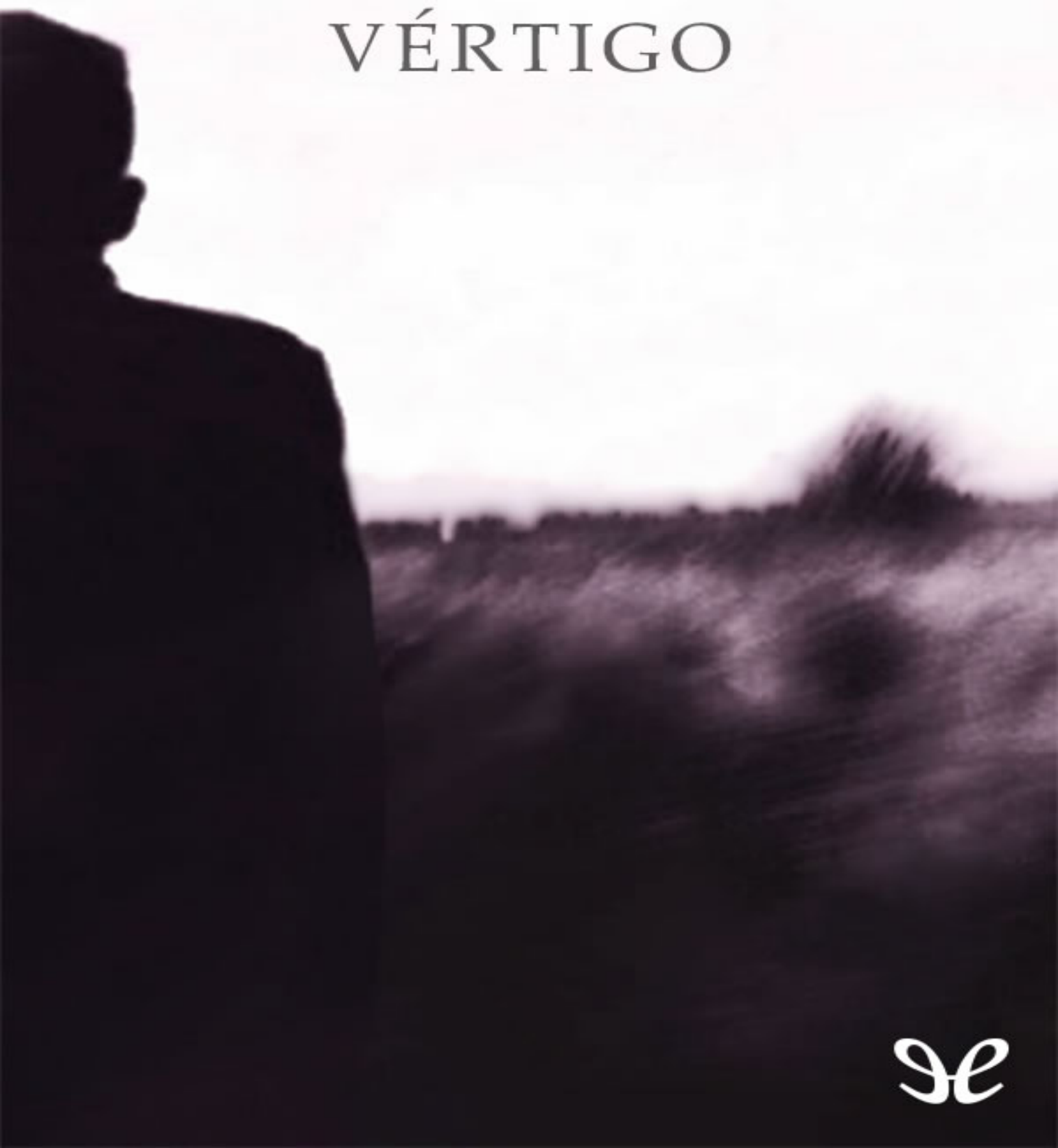


W. G. SEBALD

VÉRTIGO



se

Los psicólogos llaman «delirio de relación» al trastorno por el cual una persona porfiada y muy vulnerable cree ver coincidencias en todo lo que le sucede, como si la casualidad obedeciera a una ley desconocida. Pero ¿qué quiere decir aquí «delirio»? Es posible que sea precisamente esa coincidencia de los hechos y las imágenes lo que permite tener por primera vez una vida propia. Los relatos con orla negra de W. G. Sebald cuentan cosas cotidianas e inquietantes, son testigos minuciosos y excesivos de un desajuste pertinaz. De las grietas de la memoria asoman «hechos casuales», ya amenazadores, ya reconfortantes. Sin embargo, el leve infierno de la depresión no deja mudo al escritor, sino que parece percibir el mundo con más agudeza. Bajo el signo de la melancolía ha creado un texto de paradójica belleza.



W. G. Sebald

Vértigo

ePub r1.0

Mangeloso 20.08.14

Título original: *Schwindel. Gefühle*
W. G. Sebald, 1990
Traducción: Carmen Gómez García
Retoque de cubierta: Mangeloso

Editor digital: Mangeloso
ePub base r1.1



I

Beyle o el extraño hecho del amor



A mediados de mayo de 1800, Napoleón cruzó el Gran San Bernardo con 36.000 hombres, empresa que hasta aquel momento se había tenido casi por imposible. Durante unos catorce días, una caravana interminable de seres humanos, animales y material bélico se puso en marcha en Martigny pasando por Orsières a través del valle de Entremont, para, acto seguido, ascender en lo que parecían infinitas serpentinas hacia el alto del paso situado a dos mil quinientos metros sobre el nivel del mar, pese a lo cual hubo que arrastrar los pesados cañones de la tropa en el interior de troncos de árboles ahuecados, una parte sobre nieve y hielo, y otra sobre las superficies planas de las rocas, ya libres de nieve.

Uno de los pocos participantes de esta travesía legendaria de los Alpes que no acabaron en el anonimato fue Henri Beyle. Por aquel

entonces tenía diecisiete años, veía llegado el fin de su infancia y de su juventud que había odiado profundamente, y estaba a punto de comenzar su carrera al servicio del ejército con un cierto entusiasmo, carrera que, como sabemos, aún le habría de conducir por casi toda Europa. Las notas en las que Beyle, a la edad de cincuenta y tres años —en el momento de su redacción se hallaba en Civita Vecchia—, intenta recuperar las penurias de aquellos días del fondo de la memoria, demuestran con eficacia diversas dificultades de evocación. Unas veces su idea del pasado no consiste más que en campos grises, otras se vuelve a topar con imágenes de una precisión tan inusual que cree no poder darles crédito, por ejemplo aquella del general Marmont, a quien pretende haber visto en Martigny, a la izquierda del camino por el que avanzaba el convoy, con el atuendo azul celeste y azul real de los consejeros de Estado, cosa que, nos asegura, sigue viendo de la misma forma cuando, cerrando los ojos, evoca la escena, si bien Marmont en aquel entonces, como Beyle muy bien sabe, debía haber llevado su uniforme de general y no el traje azul de Estado.



Infancia y adolescencia



Beyle, que por aquel tiempo, afirma con propias palabras, tenía la constitución de una niña de catorce años, a causa de una educación completamente errónea únicamente dirigida a la formación de habilidades burguesas, escribe que el elevado número de caballos muertos al borde del camino y demás cachivaches de guerra que el ejército, avanzando sinuosamente, iba dejando como una huella tras de sí, le había afectado de tal forma que, entretanto, no podía tener un entendimiento más preciso de aquello que en su día le había llenado de horror. Pensaba que la violencia de la impresión había acabado con la impresión misma. Por eso el dibujo expuesto a continuación no ha de comprenderse sino como un mero recurso mediante el que Beyle intenta representar cómo la unidad con la que avanzaba empezó a arder en las inmediaciones del pueblo y de la fortaleza de Bard. B es Bard, el pueblo. Las tres C de la derecha, sobre la elevación, indican los cañones de la fortaleza que disparan los puntos L L L situados sobre el camino que discurre por la escarpada pendiente P. Donde pone la X, en el precipicio, yacen los caballos que, presos de un miedo febril, se habían precipitado irremediablemente desde el camino, y H representa a Henri, la propia posición del narrador. Por supuesto que Beyle no lo habrá visto así cuando se encontraba en este punto, pues la realidad, como sabemos, siempre es diferente a todo.



Por lo demás, Beyle advierte que hasta las escenas más cercanas a la realidad de los recuerdos de los que se dispone merecen poca confianza. De una forma no diferente a la grandiosa aparición en Martigny del general Marmont antes de iniciar la subida, el descenso de la cumbre del puerto, inmediato a la superación del tramo más difícil del camino, y el valle de San Bernardo, que se abría frente al sol de la mañana, le habían causado, en su belleza, una impresión imborrable. Cuenta que no podía dejar de mirar y que constantemente le pasaban por la cabeza las primeras palabras italianas —*quante miglia sono di qua a Ivrea y donna cattiva*— que el día anterior le había enseñado un cura en cuya casa se había hospedado. Beyle escribe que durante mucho tiempo había vivido confiando en poder recordar este trayecto a caballo en todos sus detalles, en particular la imagen en la que, a una distancia de unos tres cuartos de milla, se le ofrecía por primera vez la ciudad de Ivrea bajo una luz que se atenuaba a un ritmo lento. En el lugar en el que, paulatinamente, se abandona el valle cada vez más ancho hacia la llanura, se encontraba la ciudad más bien situada hacia la derecha, mientras que a la izquierda, adentrándose en las profundidades de la distancia, se alzaban las montañas, el Resegone di Lecco, que tanto habría de significar para él más adelante, y, al fondo del todo, el Monte Rosa.

En sus escritos, Beyle confiesa haber experimentado una gran desilusión cuando, hacía unos años, revisando papeles viejos, se tropezó de improviso con un grabado titulado *Prospetto d'Ivrea* y hubo de admitir que la imagen que había retenido en su memoria de la ciudad bañada por la luz del crepúsculo no era sino una copia de

este mismo grabado. Por eso, aconseja Beyle, no se deberían comprar grabados de hermosos panoramas ni panorámicas que se ven cuando se está de viaje, porque un grabado ocupa pronto todo el espacio de un recuerdo, incluso podría afirmarse que acaba con él. Por muchos esfuerzos que hiciera, por ejemplo, no podía acordarse de la maravillosa Madonna de San Sisto que había visto en Dresde, ya que había quedado revestida por el grabado que Müller había hecho de ella; en cambio, los detestables cuadros al pastel de Mengs que estaban en la misma galería, de los que nunca y en ninguna parte había albergado una copia, los recordaba como si los tuviese delante de los ojos.

En Ivrea, donde todas las casas y plazas públicas estaban ocupadas por el ejército que había acampado en la ciudad, Beyle consiguió encontrar para sí y para el capitán Burelvillers, en cuya compañía había hecho su entrada en la ciudad a caballo, una habitación en la que penetraba un aire singularmente agrio y estaba situada en el almacén de mercancías de una tintorería, entre todo tipo de toneles y calderas de cobre, la cual, apenas hubo descabalgado, también tuvo que defender de una cuadrilla de merodeadores que quería arrancar las contraventanas y las puertas de sus Pernios para echarlas al fuego que había atizado en el centro del patio. No sólo por este hecho, sino por todas las experiencias de los últimos días pasados, Beyle sentía haber alcanzado la mayoría de edad, y, en un asomo de espíritu emprendedor, haciendo caso omiso de su hambre y de su extremo cansancio así como de las objeciones del capitán, emprendió el camino hacia el Emporium, donde, según había visto anunciado en varios carteles, aquella noche se representaba *Il matrimonio segreto* de Cimarosa.

La imaginación de Beyle, que a causa de las irregularidades imperantes por doquier ya acusaba una agitación febril, fue excitada aún más por la música de Cimarosa. Ya en aquella parte del primer acto, en la que Paolino y Caroline, desposados en secreto, unen sus voces en el dueto angustiado *Cara, non dubitar: pietade troveremo*,

se il ciel barbaro non è, creía no sólo ser él mismo quien estaba sobre las tablas del primitivo escenario, sino que de verdad se encontraba en casa del comerciante bolonés, algo duro de oído, estrechando a su hija menor entre los brazos. Tanto se le encogió el corazón que, durante el resto de la representación, las lágrimas le asomaron varias veces a los ojos, y salió del Emporeum convencido de que la actriz que había hecho de Caroline y quien, como creía haber notado con toda seguridad, le había dirigido la mirada expresamente a él en más de una ocasión, le podría ofrecer la felicidad prometida por la música. En modo alguno le molestaba que el ojo izquierdo de la soprano se torciese un poco hacia fuera en la realización de los trinos más complicados, tampoco que le faltara el colmillo superior derecho; sus sentimientos exaltados se reafirmaban tanto más precisamente en estos defectos. Ahora sabía dónde tenía que buscar su suerte; no en París, donde la había supuesto cuando aún estaba en Grenoble, y tampoco en las montañas del Dauphiné, que alguna vez había rememorado con añoranza estando en París, sino aquí, en Italia, en esta música, en presencia de una actriz de estas características. No fueron capaces de mudar este convencimiento las bromas obscenas sobre las costumbres dudosas de las damas del teatro con las que el capitán le asedió a la mañana siguiente cuando, dejando atrás Ivrea, cabalgaban con rumbo a Milán y Beyle sentía que el desasosiego se desbordaba en su corazón hacia la amplitud del paisaje de comienzos de verano, desde el que, por todas partes, le saludaba un número inconmensurable de árboles de fresco verdor.

El 23 de septiembre de 1800, aproximadamente tres meses después de su llegada a Milán, Henri Beyle, quien hasta ese momento había desempeñado tareas de secretario en las oficinas de la embajada de la República en la Casa Bovara, es asignado al Sexto Regimiento de Dragones bajo el cargo de subteniente. Las adquisiciones necesarias para completar su uniforme hicieron que el dinero fluyese a raudales; los gastos de los pares de pantalones de

cuero de ciervo, del casco adornado con pelo cortado de crines desde la nuca hasta la coronilla, de las botas, las espuelas, las hebillas del cinturón, los correaes del pecho, las charreteras, los botones y distintivos de rango superan con mucho los gastos comunes necesarios para su manutención. Naturalmente, Beyle se siente como transformado al contemplar ahora su figura en el espejo o al creer percibir en los ojos de las milanesas el reflejo de la impresión que causa. Se siente como si por fin hubiera conseguido salir de su cuerpo rechoncho, como si el subido cuello alto bordado le hubiera estirado el suyo, demasiado corto. Incluso sus muy distantes entre sí y por cuya causa, muy a su pesar, le llaman *le Chinois*, parecen de pronto más atrevidos, dirigidos a un punto medio imaginario. Después de haber completado su vestimenta, el dragón de diecisiete años y medio pasea durante días una erección por toda la ciudad antes de osar desprenderse de la inocencia traída de París. Más adelante no es capaz de recordar el nombre o la cara de la donna cattiva que le asistiera en este negocio. La violenta sensación, escribe, había borrado en él todo recuerdo. De esta forma tan exhaustiva Beyle, durante las semanas siguientes, se adentra en la teoría de que, retrospectivamente, su entrada en el mundo se confunde con sus estancias en los burdeles de la ciudad y que, aun antes de final de año, empieza a sentir los dolores causados por una infección así como por el tratamiento de mercurio y yodo potásico. Esto, sin embargo, no le impide aplicarse al mismo tiempo al desarrollo de una pasión mucho más abstracta. El objeto de su necesidad de sentir veneración por alguien es Angela Pietragrúa, la meretriz de su compañero, Louis Joinville, quien sólo de vez en cuando dirige al feo y joven dragón una mirada de soslayo irónica y llena de compasión.





No sería sino once años más tarde, cuando Beyle, después de una larga ausencia, hiciera una visita a Milán y a Angela, la inolvidable, reuniendo el valor preciso para declararle sus elevados sentimientos hacia ella, que apenas se acuerda de él. A Angela le resulta bastante sospechosa la pasión de este extraño amante, e intenta suavizar la tensa situación proponiéndole una excursión a la Villa Simonetta, donde un eco muy popular repite un disparo de pistola hasta cincuenta veces. Mas la estrategia del aplazamiento no consigue desviar nada de su rumbo. Lady Simonetta, como Beyle llama desde este momento a Angela Pietragrua, se ve finalmente obligada a capitular ante lo que le parece ser la loca elocuencia que Beyle despliega frente a ella. Sea como fuere, consigue obtener de él la promesa de que, una vez concedidos sus favores, se alejará de Milán sin mayor demora. Beyle acepta esta condición sin protesta y aún el mismo día abandona Milán, la ciudad añorada durante tanto tiempo, no sin antes haber apuntado en los tirantes de su pantalón la fecha y el momento de su conquista, el 21 de septiembre, a las once y media de la mañana. Cuando el eterno viajero se halla de nuevo sentado en la diligencia, y fuera, a su lado, transcurre la hermosa región, se pregunta si alguna vez se llevaría consigo otras

victorias como esta recién conseguida. Al anochecer le acecha la melancolía, que entretanto le es muy familiar, inspirándole un sentimiento de inferioridad y de culpa muy parecido al que le había atormentado a finales del año 1800, por primera vez de forma duradera. A lo largo de todo el verano, la euforia general subsiguiente a la batalla de Marengo le había llevado como en volandas; con una fascinación enorme, en las gacetas había leído los continuos informes sobre la campaña del norte de Italia; había habido representaciones al aire libre, bailes e iluminaciones, pero fue el día en el que pudo estrenar su uniforme cuando sintió que definitivamente su vida había ocupado el lugar que le correspondía en un sistema perfecto o aún en vías de perfección, en el que la belleza y el horror se hallaban en una proporción exacta. Sin embargo el otoño tardío había traído consigo la melancolía. El servicio en el cuartel le oprimía en una medida creciente; Angela, en efecto, parecía no tener ojos para él; la enfermedad se desató con violencia, y una y otra vez examinaba en un espejo las inflamaciones y úlceras de la cavidad bucal y de las profundidades de la garganta, y los lugares cubiertos de manchas en la parte interna de los muslos.



Al comienzo del nuevo siglo, Beyle volvió a ver *Il matrimonio segreto* en La Scala; no obstante, aunque el marco teatral fuera perfecto y la actriz que representaba Caroline de una gran belleza, no logró, como antaño, en Ivrea, imaginarse en compañía de los actores. Más bien estaba ahora tan alejado de todo ello, que seguramente creyó sentir que la música estaría a punto de romperle el corazón. Los aplausos que tronaron por todo el edificio de la

ópera al final de la representación se le antojaron como el acto final de un aniquilamiento, como el estrépito ocasionado por un incendio enorme, y aún permaneció bastante tiempo sentado, como aturdido por la esperanza de que el fuego le consumiera. Fue uno de los últimos visitantes en abandonar el guardarropa; todavía un instante antes de salir dirigió una mirada a un lado, a su imagen reflejada en el espejo, y frente a sí mismo se planteó por primera vez aquel interrogante que le inquietaría durante los próximos decenios: ¿qué es lo que hace sucumbir a un escritor? Teniendo en cuenta estas circunstancias, le pareció especialmente significativo leer en una gaceta, pocos días después de aquella velada memorable, que a Cimarosa le había sorprendido la muerte en Venecia, el día 11 del presente mes, trabajando en *Artemisia*, su nueva ópera. El 17 de enero se estrenó *Artemisia* en el teatro La Fenice. Fue un éxito enorme. Empezaron a circular extraños rumores que apuntaban a que Cimarosa, quien había estado implicado en el movimiento revolucionario de Nápoles, había sido envenenado por orden de la reina Carolina. Otras suposiciones sostenían que Cimarosa había muerto de las secuelas de los malos tratos recibidos en las cárceles napolitanas. Estos rumores, que causaron a Beyle frecuentes pesadillas en las que de un modo terrible andaba revuelto todo lo que había vivido durante los meses anteriores, persistían con gran contumacia, y todavía no se había librado de ellas cuando el médico de cabecera del papa, tras un examen del cadáver de Cimarosa que él mismo había convocado, declaró que la causa de su muerte había sido una gangrena.

Beyle necesitó bastante tiempo para, en lo posible, intentar tranquilizarse en relación con estos acontecimientos. A lo largo de toda la primavera padeció de accesos de fiebre y convulsiones gástricas, tratados por un lado con corteza de quina, y con raíz de ipecacuana y una pasta de carbonato potásico y antimonio por otro, lo que empeoró tanto su estado que más de una vez creyó que había llegado su final. Hasta principios de verano no se fueron

apacando sus temores y con ellos la fiebre y los terribles dolores de estómago. Tan pronto como se hubo restablecido ligeramente, Beyle, quien, dejando a un lado su bautismo de fuego en Bard, no había estado nunca en una batalla, comenzó a visitar los lugares en donde habían tenido lugar las grandes contiendas de los últimos años. Una y otra vez volvía a atravesar el paisaje lombardo, al que, como él mismo se percataba, ya había cobrado cariño, y en cuya lejanía se separaban cada vez más finos listones de tonos grisáceos y azulinos, para, finalmente, diluirse en el horizonte, en una especie de calina.

De modo que Beyle, regresando de Tortone, a las tempranas horas de la mañana del 27 de septiembre de 1801, se detiene en la campiña, vasta y calma —únicamente puede oírse a las alondras, elevándose— sobre la que el 25 de Pradial del año anterior, hacía exactamente quince meses y quince días, anota, había tenido lugar la batalla de Marengo. El giro decisivo de esta batalla dirigida por el furioso ataque de la caballería de Kellermann, que, cuando ya todo parecía perdido, propició la gran potencia austríaca desde un flanco bajo la luz del sol de poniente, le era conocido por infinitas variantes narrativas, y también él mismo se lo había figurado de las formas más diversas y en todo tipo de colores. Pero ahora oteaba la llanura, veía sobresalir árboles muertos, aislados, y veía, desde donde él estaba en adelante, las osamentas de los quizá 16.000 hombres y 4.000 caballos que habían muerto en aquel mismo lugar, en parte ya completamente blanqueadas y refulgentes por el rocío de la noche. La diferencia entre las imágenes de la batalla que tenía en su cabeza y la imagen que, como prueba de que la batalla había acontecido en realidad, veía en estos momentos desplegada ante sí, le producía una sensación de ira semejante al vértigo que nunca antes había experimentado. Posiblemente por este motivo la columna conmemorativa que se había erigido en el campo de batalla le causó, escribe, una impresión de mezquindad extrema. En su ruindad no se correspondía ni con su idea de lo turbulento de la

lucha de Marengo ni con el enorme campo de cadáveres en el que ahora se encontraba, solo consigo mismo, como un moribundo.



Recapitulando aquel día de septiembre en el campo de Marengo, Beyle, a partir de entonces, tuvo a menudo la impresión de haber previsto todas las campañas y catástrofes de los años venideros, incluso la caída y el destierro de Napoleón, y de que en aquel momento se había dado cuenta de que su suerte no estaba al servicio del ejército. En cualquier caso fue durante aquellas semanas de otoño cuando tomó la decisión de convertirse en el más grande escritor de todos los tiempos. Sin embargo no emprendió pasos decididos para la realización de este sueño deseado antes de que se hubiera comenzado a perfilar la disolución del imperio, y

consiguió su verdadera irrupción en la literatura con su texto *De l'amour*, que escribió en la primavera de 1820 como una especie de resumen de la época tan esperanzadora como infeliz que había precedido a dicho trabajo.

Beyle, que en estos años, como era habitual en él, pasaba mucho tiempo de camino entre Francia e Italia, en marzo de 1818 conoció a Métilde Dembowski Viscontini en su salón milanés. Métilde, casada con un oficial polaco casi treinta años mayor que ella, tenía veintiocho años de edad y una gran belleza melancólica. Beyle, al cabo de un año, aproximadamente, en el que contaba como uno de los visitantes habituales de las casas colindantes a la Piazza delle Galline y a la Piazza Belgioioso, estaba casi a punto de ganarse el afecto de Métilde mediante su pasión ofrecida con una discreción silenciosa, cuando él mismo contrarió sus posibilidades a causa de una *gaffe* irreparable, como más adelante hubo de reconocer.

Métilde había ido a Volterra para visitar a sus dos hijos, internos en el colegio de frailes de San Michele, y Beyle, incapaz incluso de soportar siquiera unos días sin poder V E R a Métilde, partió de incógnito en pos de ella. Sencillamente no acertaba a quitarse de la cabeza la última mirada de Métilde que había atrapado al vuelo la noche anterior a su partida. Ella, al despedirse en el vestíbulo de su casa, se había inclinado para ajustar algo de su zapato, y de repente todo había desaparecido alrededor de Beyle, y había visto tras ella, en una profunda oscuridad, como por entre nubes de humo, abrirse un desierto rojizo. Esta visión le transportó a un estado semejante al trance en el que se dispuso a disfrazar su persona. Se compró una chaqueta amarilla nueva, pantalones azul oscuro, calzado de charol negro, un sombrero de terciopelo muy alto y unos cuantos anteojos verdes, y con esta facha vagaba por Volterra, intentando ver a Métilde por lo menos desde una cierta distancia tan a menudo como fuera posible. De hecho Beyle creyó en un primer momento que no se le reconocía, pero después

constató con mayor contento aún que Métilde le dirigía miradas elocuentes. Se felicitaba a sí mismo por lo bien que lo había dispuesto y durante todo este tiempo no dejó de canturrear *Je suis le compagnon secret et familier*, letra que, de algún modo, le parecía especialmente original para una melodía que él mismo había compuesto. Métilde, en cambio, quien, como fácilmente se puede imaginar, se veía comprometida por esta empresa de Beyle, le agradeció, cuando su comportamiento inexplicable acabó por parecerle demasiado molesto, con un billete muy seco que ponía un fin bastante abrupto a sus esperanzas como amante.

Beyle estaba inconsolable. Meses enteros se estuvo haciendo reproches, y hasta que no se decide a transformar su gran pasión en un memorial sobre el amor, no reencuentra su equilibrio espiritual. Sobre la superficie de su escritorio descansa, en recuerdo a Métilde, una impresión de yeso de su mano izquierda con la que felizmente había conseguido hacerse poco antes del descalabro, como a menudo piensa cuando escribe. Esta mano significa para él casi tanto como lo que Métilde le hubiera podido significar. En especial es la ligera encorvadura del dedo anular lo que le produce emociones de una intensidad que hasta ahora no había experimentado.



En el escrito *Sobre el amor* se habla de un viaje que el autor afirma haber hecho partiendo de Bolonia en compañía de una tal

Mme. Gherardi a la que en ocasiones sólo llama Ghita. Esta tal Ghita, que en el marco de la obra tardía de Beyle aún aparece en determinadas ocasiones, es una figura misteriosa, por no decir espectral. Hay motivos para suponer que Beyle introdujo su nombre a modo de clave para varias de sus amantes, como Adèle Rebuffel, Angéline Bereyter y, no en último lugar, Métilde Dembowski, y que Mme. Gherardi, cuya vida, escribe Beyle en cierta ocasión, fácilmente constituía una novela entera, no había existido en realidad pese a todos los datos documentales, no siendo más que una especie de figura fantasma, a la que Beyle, durante décadas, fue fiel. Asimismo tampoco queda claro el momento de su vida en el que Beyle emprendió el viaje con Mme. Gherardi, en el supuesto caso de que lo hiciera. No obstante, dado que justo al comienzo de la narración se habla con frecuencia del lago de Garda, parece probable que mucho de aquello que Beyle vivió en septiembre de 1813, cuando se encontraba detenido a causa de su convalecencia en los lagos de la parte superior de Italia, se haya incluido en el informe del viaje con Mme. Gherardi.

En otoño de 1813 Beyle se encontraba de un humor elegíaco prolongado. Durante el invierno anterior había participado en la terrible retirada de Rusia, y a continuación pasó algún tiempo encomendado a tareas de administración en Sagán, Silesia, donde, en verano, fue sorprendido por una grave enfermedad, en cuyo transcurso imágenes del gran incendio de Moscú y de la ascensión al Schneekopf, la cual había planeado inmediatamente antes de la irrupción de la fiebre, le confundían los sentidos de continuo. De cuando en cuando Beyle se veía en la cumbre de la montaña, separado de todo el mundo y rodeado de los estandartes de nieve que, horizontales, ondean en el temporal, y de las llamas que se propagaban desde los tejados de las casas en derredor.

Las vacaciones de reposo, que, después de su recuperación, emprendió en el norte de Italia, se caracterizaron por una sensación de debilidad y de paz, que hacía que tanto la naturaleza circundante

como el anhelo de amor que le desazonaba siempre se le aparecieran bajo una luz completamente nueva. Una ligereza singular, nunca antes sentida, tomó posesión de él, y es el recuerdo de esta ligereza el leitmotiv que recorre el informe, escrito siete años después, sobre el viaje acaso sólo imaginario con la que probablemente sólo fuera acompañante de igual modo imaginaria.

El punto de partida de la narración es Bolonia, en donde durante las primeras semanas de julio de un año, que, como se ha dicho, no se puede precisar con exactitud, reina un calor tan insoportable que Beyle y Mme. Gherardi deciden pasar unas semanas al aire más fresco de la montaña. Descansando durante el día y viajando de noche, atraviesan las tierras montañosas de la Emilia-Romagna y los pantanos de Mantua, cubiertos de vapores sulfurosos, para, a la mañana del tercer día, negar a Desenzano, a orillas del lago de Garda. Beyle escribe que jamás, en toda su vida, ha experimentado la belleza y soledad de estas aguas con más hondura que en aquel entonces. Que a causa del calor opresivo él y Mme. Gherardi habían pasado las noches en el lago, fuera, en una barca, y que con la irrupción de la oscuridad habían visto las tonalidades de color más inusitadas y vivido las horas más inolvidables de quietud. Una de esas noches, escribe Beyle, estuvieron conversando sobre la felicidad. Mme. Gherardi sostenía la afirmación de que, como la mayoría de las demás bendiciones de la civilización, el amor es una quimera que más deseamos cuanto más nos alejamos de la naturaleza. En la medida en la que aún anduviéramos buscando la naturaleza en sólo otro cuerpo distinto nos estaríamos alejando de ella, puesto que el amor, dice, es una pasión que salda sus deudas con una moneda inventada por él mismo; negocio ficticio, en definitiva, ya que para la felicidad se precisa tan poco del amor como del aparato de cortar plumas que él, Beyle, se había comprado en Módena. ¿O es que acaso cree usted, añadió ella según escribe Beyle, que Petrarca había sido infeliz sólo porque nunca se había podido tomar un café?

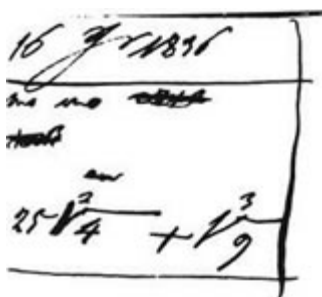
Pocos días después de esta conversación, Beyle y Mme. Gherardi reanudaron su viaje. Dado que el aire sobre el lago de Garda sopla de norte a sur alrededor de la medianoche, y de sur a norte algunas horas antes del alba, primero se dirigieron a Gargnano bordeando la orilla hasta llegar a media altura del lago; allí cogieron una barca con la que, justo al despuntar el día, arribaron al pequeño puerto de Riva, donde ya había dos muchachos jugando a los dados sobre el muro del muelle. Beyle llamó la atención de Mme. Gherardi sobre una vieja y pesada embarcación que, con un palo mayor doblado en el tercio superior y velas rugosas de un marrón amarillento, parecía, a juzgar por las apariencias, haber tomado puerto también no hacía mucho, de la cual salían dos hombres con chaquetas oscuras y botones de plata llevando una camilla a tierra, en la que, ostensiblemente, yacía un hombre bajo una gran tela de seda franjeada y adornada con flores. Mme. Gherardi se sintió conmovida por esta escena hasta tal punto adversa, que insistió en que partieran de Riva sin más tardanza.

Cuanto más se adentraban en las montañas, más fresco y más verde se volvía su entorno, cosa sobre la que Mme. Gherardi, que con tanta frecuencia había tenido que padecer los veranos polvorientos de su propio país, se mostraba completamente encantada. El lúgubre suceso de Riva, que algunas veces importunaba sus recuerdos como una sombra, pronto quedó olvidado, dando cabida a un entusiasmo tan desbordante que de puro contento se compró un sombrero tirolés de ala ancha en Innsbruck, como los que conocemos por los cuadros de los sublevados de Andreas Hofer, y Beyle, que ya entonces hubiera preferido volver, dispuso lo necesario para seguir descendiendo el valle del Inn, pasando por Schaz y Kufstein, hasta llegar a Salzburgo. Una vez allí, a lo largo de su estancia de varios días, no perdieron la ocasión de visitar las en adelante famosísimas galerías subterráneas de las minas de sal de Hallein, donde uno de los mineros obsequió a Mme. Gherardi con una rama muerta, si bien

revestida por miles de cristales, en la que, cuando hubieron regresado a la luz del día, los rayos del sol se quebraban resplandeciendo en tantas formas, escribe Beyle, como sólo resplandece la luz de una sala de baile claramente iluminada por los diamantes de las damas a las que los caballeros guían en círculo.

El duradero proceso de la cristalización, que había transformado la rama muerta en una verdadera maravilla, le parecía a Beyle, como él mismo explica, una alegoría del crecimiento del amor en las minas de sal de nuestras almas. Durante mucho tiempo estuvo intentando seducir a Mme. Gherardi en cuanto al valor de esta analogía. Mme. Gherardi, sin embargo, no estaba dispuesta a desistir de la felicidad infantil que aquellos días le impulsaba para deliberar con Beyle el sentido más profundo, observó irónicamente, de la sin duda muy bella alegoría. Esto se lo tomó Beyle como una demostración de las dificultades que, en el momento más inesperado, siempre volvían a surgir en la búsqueda de una mujer que se correspondiera con su mundo interior, y, anota, había comprendido entonces que ni su proceder más estrambótico iba a conseguir precisamente allanar el camino de tales dificultades. Con ello había llegado al tema que como escritor le fascinaría a lo largo de los años. De esta guisa está sentado hacia el 1826 —ya casi tiene cuarenta años—, solo, en un banco sombreado por dos bellos árboles y rodeado de un pequeño muro, en el jardín del monasterio de los Minori Osservanti, situado a gran altura, en la parte superior del lago de Albano y lentamente, con el bastón que ahora casi siempre lleva consigo, en la arena dibuja las iniciales de las mujeres a las que había amado, como una enigmática escritura rúnica de su vida. Las iniciales representan a Virginie Kubly, Angela Pietragnua, Adèle Rebuffel, Mélanie Guilbert, Mina de Griesheim, Alexandrine Petit, Angéline (*qui je n'ai jamais aimé*) Bereyter, Métilde Dembowski, a Clémentine, Giulia y Mme. Azur, cuyo nombre no consigue recordar. En la misma medida en la que ya no entiende los nombres de estas estrellas, declara, que se le han vuelto

desconocidas, ya cuando escribió Sobre el amor le pareció de igual modo incomprensible el motivo por el que Mme. Gherardi le obsequiaba con respuestas ora algo melancólicas, ora mordaces, siempre que se esforzaba en convencerla para que creyera en el amor. No obstante, Beyle se sentía particularmente herido cuando Mme. Gherardi, lo que sucedía con sobrada frecuencia, llegando a un momento en el que él mismo, resignado, se había convencido de las razones de su filosofía, atribuía a las ilusiones del amor, evocadas por la cristalización de la sal, un cierto valor de realidad. En estos momentos le aterraba la convicción repentina de su insuficiencia y una sensación muy honda de desidia. Beyle recuerda con una claridad meridiana que éste había sido el caso en el otoño del año que viajaron juntos a los Alpes, cuando, durante un paseo a caballo hacia la Cascata del Reno, debatían sobre las penas amorosas de Oldofredi, el pintor, a la sazón tema de conversación de la ciudad. Cuando Mme. Gherardi, gran aficionada principalmente a la ingeniosa conversación de Beyle, comenzó a hablar, en apariencia para sí, de una suerte divina a la que no había nada de la vida real que fuese equiparable, Beyle, que aún no había desistido de hacerse ilusiones con respecto a sus favores, se sintió sobrecogido por un espanto terrible, y, si bien gustaba de pensar más en sí mismo que en Oldofredi, calificaba a éste de pobre extranjero. Después hacía que su caballo se distanciase cada vez más del de Mme. Gherardi, quien así y todo, como se ha dicho, posiblemente sólo existiera en su imaginación, recorriendo las tres millas de vuelta que todavía les separaban de Bolonia sin cruzar una sola palabra más.



II

All'estero

En aquel entonces, hablo de octubre de 1980, con la esperanza de salir de una época especialmente mala mediante un cambio de lugar, había salido de Inglaterra, donde llevo viviendo desde hace casi veinticinco años en un condado casi siempre gris, cubierto de nubes, con dirección a Viena. Pero nada más llegar a Viena resultó que los días, no ocupados en tareas de escritura y del jardín, según tengo por costumbre, se me hacían extraordinariamente largos, y que en realidad ya no sabía adonde dirigirme. Todas las mañanas, temprano, me ponía en marcha, y en la Leopoldstadt, en el centro y en la Josefstadt recorría lo que parecían caminos sin meta ni rumbo, de los que no había ninguno, como quedó demostrado ante mi asombro cuando más adelante eché un vistazo al mapa, que no sobrepasara una zona exactamente contorneada con forma de hoz o incluso de media luna, cuyas aristas más externas estaban enclavadas en el Venediger Au, detrás del Praterstern, o bien junto a los grandes hospitales del Alsergrund. Si una vez recorridos se hubiesen dibujado los caminos por los que entonces anduve, se hubiera tenido la impresión de que alguien, sobre una superficie previamente dada, había estado constantemente probando atajos y rodeos nuevos para volver a llegar siempre al límite de su capacidad de razonamiento, imaginación y voluntad, y verse en la obligación

de volver. Atravesar y cruzar la ciudad en todas las direcciones, hecho que a menudo se prolongaba durante horas, tenía una limitación sumamente evidente, sin que jamás haya tenido claro qué es en realidad lo que era incomprensible de mi comportamiento de entonces, si el caminar constante o la imposibilidad de sobrepasar las invisibles y, como debo seguir suponiendo aún hoy en día, absolutamente arbitrarias líneas divisorias. Sólo sé que incluso me resultaba imposible subirme a algún medio de transporte público e ir así, sin más, por ejemplo, a Pötzleinsdorf en el 41 o en el 58 a Schönbrunn, para, como tantas veces había hecho antes, pasear durante todo el día por el parque de Pötzleinsdorf, por el bosque de Dorothee o por el jardín de los faisanes. En cambio, entrar en cafés y en restaurantes no me deparaba ninguna dificultad. Cada una de las veces que había recobrado fuerzas y había descansado un poco en uno de ellos, me sumía en una sensación provisional de normalidad tan acentuada, que a ratos, en este estado de sentirme restablecido y rodeado de un atisbo de esperanza, creí poder poner fin a mi mutismo, permanente desde hacía días, con una llamada de teléfono. Pero dio la casualidad de que de las tres o cuatro personas, a lo sumo, con las que, en determinadas circunstancias, hubiera querido hablar, ninguna se encontraba en casa y tampoco les podía hacer venir por más que dejara sonar el timbre. Es un vacío singular el que surge cuando en una ciudad extraña se prueba a llamar, en vano, a varios números de teléfono. La eventualidad de que nadie quiera coger el teléfono implica una decepción de significado trascendente, como si por lo que de verdad se estuviera apostando en este juego de números fuese la muerte o la vida. Qué otro remedio me quedaba, pues, una vez que había vuelto a guardar las monedas que salían tintineando del aparato, más que seguir deambulando por la calle, sin rumbo, hasta bien entrada la noche. Con frecuencia, probablemente a causa de mi excesivo cansancio, me parecía ver pasar a cualquier conocido delante de mí. Cuando tenía estas alucinaciones, porque no eran más que esto, se trataba

exclusivamente de personas en las que no había vuelto a pensar durante años, de personas sueltas, en cierto modo. También veía a aquellas que con seguridad no se encontraban ya con vida, como Mathild Seelos o Fürgut, el escritor manco de provincias. Una vez, en la calle Gonzaga, incluso creí reconocer a Dante, el poeta exiliado de su ciudad natal so pena de morir en la hoguera. Estuvo caminando un buen rato un poco por delante de mí, con su famosa gorra en la cabeza, bastante más alto que la mayoría de los transeúntes y sin embargo pasando por éstos completamente inadvertido, pero en el momento en el que aceleré mis pasos para darle alcance, torció al callejón Heinrich, y cuando llegué a la esquina ya no se le podía ver por ningún lado. Después de arrebatos de este tipo comenzó a aflorar en mí una preocupación difusa que se expresaba en una sensación de náusea y de mareo. Los contornos de las imágenes que intentaba retener se desenlazaban, y los pensamientos se me desintegraban aun antes de que los hubiera asido bien. Aunque algunas veces, cuando me tenía que detener junto a una pared o incluso poner a salvo en el portal de un edificio, temía el comienzo de una parálisis o enfermedad cerebral, no era capaz de impedirla de otra forma más que caminando hasta quedar completamente exhausto ya muy entrada la noche. En los aproximadamente diez días que pasé aquella vez en Viena no fui a ver nada; a excepción de cafés y restaurantes no entré en ninguna parte y, a excepción de camareros y camareras, no intercambié una palabra con nadie. Únicamente, si mal no recuerdo, hablaba un poco con las grajillas de los jardines que están delante del ayuntamiento, y también con un mirlo de cabeza blanca que venía con las grajillas a por mis uvas. Las prolongadas estancias en los bancos del parque, el vagar sin rumbo por la ciudad, la tendencia en aumento a evitar también restaurantes y, como se dio algo después, a hacer mis comidas de pie, en uno de esos locales de comida rápida que no tienen sitio para sentarse, o simplemente ingerir alguna cosa recién salida del plástico, habían

comenzado a cambiarme sin que yo mismo me pudiera dar cuenta. A los signos de una andrajosidad polvorienta que se hacían evidentes en mi aspecto se contraponía el hecho de continuar viviendo en un hotel como un contrasentido a simple vista cada vez más obvio. Había comenzado a llevar conmigo, en una bolsa de plástico que me había traído de Inglaterra, todo tipo de objetos innecesarios, objetos de los que yo, aun sin poder reconocerlo, me iba haciendo más inseparable según iban pasando los días. Al regresar de mis excursiones a una hora avanzada, cuando, apretando mi bolsa con los brazos cruzados al pecho, esperaba el ascensor en el vestíbulo del hotel, notaba la prolongada mirada inquisitiva del portero de noche que se encontraba a mis espaldas. Ya no me atrevía a encender la televisión de mi cuarto, y no sé si hubiera salido de esta decadencia si una noche, mientras sentado al borde de la cama me quitaba la ropa con lentitud, no me hubiera quedado tan horrorizado ante el aspecto que ofrecían mis zapatos, por dentro ya disueltos en jirones. Se me cortó la respiración y los ojos se me empañaron de la misma forma que ya me había sucedido aquel mismo día, cuando, después de haber recorrido un largo camino por la Leopoldstadt, que por último me había traído de vuelta al primer distrito pasando por la Ferdinandstrasse y el Schwedenbrücke, llegué a la Ruprechtplatz. En el primer piso del edificio, en el que se encuentra la sinagoga y un restaurante de comidas preparadas según el rito judío, las ventanas del centro de la comunidad judía estaban abiertas de par en par —puesto que hacía un día de otoño de una belleza insólita, incluso casi se le podría calificar de veraniego— y dentro, curiosamente, niños invisibles cantaban en inglés *Jingle Bells* y *Silent Night, Holy Night*. Los niños cantando y ahora los zapatos, deshechos y, según me dio la impresión, sin dueño. Nieve y zapatos a montones; con estas palabras en la cabeza me metí en la cama. A la mañana siguiente, cuando me desperté después de haber dormido profundamente, sin sueños, lo que ni siquiera habían podido perturbar los ruidos del

oleaje de las mareas del tráfico que desde el Ring penetraban en mi habitación, me sentía como si hubiera surcado un ancho mar durante las horas de mi ausencia nocturna. Antes de abrir los ojos me vi bajar la escalerilla desplazable de un gran transbordador, y apenas sentí tierra firme bajo mis pies, tomé la decisión de ir a Venecia con el tren nocturno, no sin antes pasar el día en Kosterneuburg con Ernst Herbeck.

Desde su vigésimo año de vida, Ernst Herbeck padece de trastornos mentales. En 1940 fue ingresado por primera vez en una clínica. Hasta ese momento había estado trabajando de peón en una fábrica de armamento. De un día para otro apenas podía comer y dormir. Por la noche yacía despierto, en la cama, contando números. Se le encogió el cuerpo. Él mismo me había dicho en una ocasión que la vida en familia, en especial la forma severa de pensar del padre, le había descompuesto los nervios. Por eso perdió el dominio de sí, al comer lanzaba el plato hacia afuera o derramaba la sopa debajo de la cama. A veces su estado mejoraba durante algún tiempo. Incluso fue llamado a filas en octubre de 1944, si bien en marzo de 1945 le volvieron a dar de baja. Un año después de finalizar la guerra se produjo su cuarta y definitiva hospitalización. Por la noche había errado por las calles de Viena, había llamado la atención por su comportamiento y dado una información descabellada en la comisaría de policía. En el otoño de 1980, tras treinta y cuatro años de vida en un internado, atormentado por la insignificancia de sus pensamientos y percibiendo las cosas como por entre una fina red delante de sus ojos, Ernst Herbeck pasó a modo de experimento del estado de enfermo al de jubilado. Ahora vivía en la ciudad, en un hogar de pensionistas, sin que destacara entre el resto de los demás internos. Cuando a eso de las nueve y media llegué delante de la residencia, ya me estaba esperando en el extremo superior de la escalera que conducía a la entrada. Le hice una seña desde el lado opuesto de la calle. Inmediatamente estiró el brazo hacia lo alto para saludarme y bajó las escaleras, con el brazo

aún extendido. Llevaba un traje de glencheck con una insignia de senderista en la solapa. En la cabeza llevaba un pequeño sombrero, una especie de trilby que más tarde, cuando tuvo demasiado calor, se quitó llevándolo junto a sí, a un lado, de la misma forma que mi abuelo solía hacer cuando en verano salía a dar un paseo. A propuesta mía fuimos en tren hasta Altenberg, unos cuantos kilómetros a la orilla del Danubio. Éramos los únicos pasajeros del vagón. Fuera, en la zona de inundación, había sauces, álamos, alisos y fresnos, pequeños jardines y huertos privados, y pequeños edificios de urbanizaciones. De vez en cuando, vistas al río. Sin proferir palabra, Ernst dejaba que todo pasara a su lado. Desde la ventana abierta el aire soplaba en torno a su frente. Tenía los párpados medio hundidos sobre los ojos grandes. Se me ocurrió la extraña palabra vacaciones. Día de vacaciones, temperatura de vacaciones. Irse de vacaciones. Estar de vacaciones. Vacaciones. Durante toda una vida. En Altenberg desanduvimos un pequeño trecho de la calle y después, torciendo a la derecha, subimos por el camino umbroso al castillo de Greifenstein, una fortaleza medieval que desempeña un papel importante no sólo en mi fantasía, sino también en la de los habitantes de Greifenstein, que continúan viviendo al pie de la roca hasta el día de hoy. La primera vez que yo había estado en el castillo de Greifenstein, contemplando el paisaje desde el mirador del local donde se podía disfrutar el panorama, la corriente luminosa y las vegas del Danubio, sobre el que entonces se hundían las sombras de la tarde, fue a finales de los años sesenta. Aquel día claro de octubre, en el que Ernst y yo, sentados el uno junto al otro, disfrutamos de esta maravillosa vista, sobre el mar de follaje flotaba un vapor azul que alcanzaba los muros del castillo. Ondas de aire se filtraban por entre las copas de los árboles y hojas aisladas, desprendidas de los árboles, encontraban la corriente de aire elevándose tan alto, que lentamente se iban ocultando a los ojos. Ernst se había marchado con ellas, muy lejos. Durante minutos enteros dejaba hincado el tenedor en su pastel, en

vertical. Sellos, dijo de repente, antes coleccionaba sellos, austríacos, suizos y argentinos. Después fumó en silencio otro cigarrillo y repitió, mientras lo apagaba y como asombrado de toda su vida pasada, la palabra «argentinos», quizá pareciéndole demasiado extranjera. Aquella mañana no hubiera faltado mucho, creo yo, para que ambos hubiéramos aprendido a volar, o yo, por lo menos, lo que se necesita para una caída decorosa. Pero siempre dejamos escapar los momentos más propicios. Sólo queda añadir que la vista de Greifenstein tampoco sigue siendo la misma. En la parte inferior del castillo se ha construido una presa, con lo que se ha rectificado el curso de la corriente, cuyo nuevo aspecto hará que el recuerdo, en poco tiempo, se desvanezca.





El camino de vuelta lo hicimos a pie. A los dos se nos hizo demasiado largo. Cabizbajos, caminábamos uno junto al otro bajo el sol otoñal. En Kritzenhof las casas parecían no tener fin. De los habitantes de Kritzenhof no había ni rastro. Todos estaban sentados a la mesa del almuerzo, haciendo ruido con sus cubiertos y con sus platos. Un perro se abalanzaba a una puerta del jardín de hierro, pintada de verde, completamente fuera de sí, como si hubiera perdido el juicio. Era un Terranova grande y negro, cuya mansedumbre innata se había echado a perder por malos tratos, una soledad prolongada o una atmósfera límpida. En la villa erigida detrás de la empalizada no se movía nada. Nadie venía a la

ventana, ni siquiera se movía una cortina. En embestidas siempre nuevas, el perro corría contra la verja. Sólo a veces se quedaba parado, dirigiendo su mirada hacia nosotros, que nos habíamos quedado quietos como clavados. Eché un chelín como ofrenda para las ánimas en el buzón de chapa colocado junto a la puerta del jardín. Al seguir caminando sentí el frío del terror en mis miembros. Ernst se volvió a parar y dio la vuelta en dirección al perro negro, ahora mudo y quieto a la luz del mediodía. Quizá no hubiésemos tenido más que dejarle suelto. Es probable que después hubiera seguido el camino a nuestro lado, en actitud obediente, y que su mal carácter se hubiera puesto a buscar un domicilio nuevo en el interior de otros habitantes de Kritzendorf, o en todos los habitantes de Kritzendorf al mismo tiempo, de forma que ninguno de ellos hubiera sido ya capaz de sostener una cuchara o un tenedor.

Por la Albrechtstrasse llegamos a Klosterneuburg. En su extremo superior se alza un edificio abandonado, levantado a base de bloques huecos de hormigón y paneles prefabricados. Las ventanas de la planta baja están clavadas con tablones. El entramado del tejado falta en su totalidad. En su lugar, introduciéndose en el cielo, sobresale una fajina herrumbrosa de apuntalamientos de hierro. Todo ello me causó la impresión de un grave delito. Ernst aceleró sus pasos y evitó echar una mirada al espantoso monumento. Un par de casas más adelante, en la escuela de primaria, había niños cantando. Quienes mejor lo hacían eran aquellos que no terminaban de conseguir mantener la curva melódica. Ernst se quedó quieto, se giró hacia mí, como si ambos estuviéramos representando una obra de teatro, y pronunció la siguiente frase en lo que me pareció una especie de alemán escénico aprendido alguna vez de memoria, hacía mucho tiempo: Suena hermoso en la brisa y a uno le ensalza el ánimo. Haría cerca de dos años que ya había estado delante de la misma escuela. En aquel entonces había ido con Olga a Klosterneuburg para visitar a su abuela que había ingresado en la residencia de ancianos, en la Martinsstrasse. En el camino de vuelta

nos internamos en la Albrechtstrasse, y Olga cedió a la tentación de entrar en el colegio al que había ido siendo niña. En una de las aulas, la misma a la que había acudido a principios de los años cincuenta, daba clase, casi treinta años más tarde y con la misma voz de entonces, la misma maestra, que amonestaba a los niños de una forma exacta a la de entonces para que se concentraran en su tarea y no se pusieran a cuchichear. Olga me contó más tarde que sola, en el gran vestíbulo, rodeada de las puertas cerradas que en su época le habían parecido elevados portones, había sido presa de un llanto convulsivo. Cuando regresó a la Albrechtstrasse, donde yo la estaba esperando, se encontraba en un estado de conmoción que nunca había notado en ella. Volvimos a Ottakring, al piso de la abuela, y durante todo el camino de ida y a lo largo de toda la tarde no pudo serenarse de la impresión sufrida por la vuelta imprevista del pasado.



El Martinsheim es un edificio sólido, alargado, del siglo XVII o XVIII. La abuela, Anna Goldsteiner, que padecía de esa extrema falta de memoria que al cabo de poco tiempo hace imposible desempeñar los quehaceres cotidianos más sencillos, había estado alojada en un dormitorio emplazado en la cuarta planta, a través de cuyas

ventanas enrejadas, muy hundidas en el muro, se podían ver, mirando hacia abajo, las copas de los árboles resistiendo el terreno, bruscamente escarpado, del lado trasero de la residencia. Desde allí arriba daba la sensación de estar mirando un mar agitado. Me parecía que la tierra firme ya se hubiera hundido tras el horizonte. Bramó una sirena de niebla. Cada vez más y más lejos el barco seguía avanzando sobre el agua. De la sala de máquinas se elevaba, penetrante, la vibración uniforme de las turbinas. Fuera, en el pasillo, pasaba un que otro pasajero solitario, alguno del brazo de su cuidador. Durante estos prolongados paseos, tardaban una eternidad en llegar al otro lado del marco de la puerta. Y es que esto es lo que sucede cuando uno se respalda en el fluir del tiempo. El suelo de parquet se movía debajo de mis pies. Un rumor quedo de conversaciones, crujidos, susurros, rezos y quejidos llenaba la habitación. Olga estaba sentada junto a su abuela y le acariciaba la mano. Repartieron el puré de sémola. La sirena de niebla volvió a sonar. Un trecho más allá, en el paisaje de aguas cual colinas verdes, pasaba otro vapor. Sobre el puente de barcas un marinero, con las piernas abiertas y las cintas de la gorra flameando al viento, hacía en el aire complicadas señales semafóricas con dos banderas de colores. Olga abrazó a su abuela en gesto de despedida y le prometió regresar pronto. Pero apenas tres semanas más tarde, Anna Goldsteiner, que en sus últimos tiempos para su propio asombro ni siquiera conseguía reunir los nombres de los tres maridos a los que había sobrevivido, murió de un leve resfriado. A veces no se necesita gran cosa. Cuando recibimos la noticia de su muerte, durante semanas no se me fue de la cabeza el paquetito azul casi vacío de sal de Ischl que guardaba en su piso de Ottakring, debajo de la pila, en el edificio de viviendas municipales de la Lorenz-Mandl-Gasse, que ella ya no iba a poder consumir.

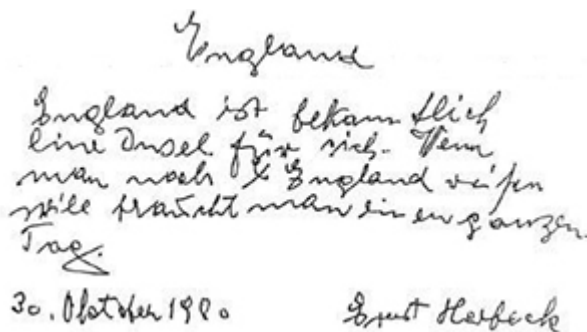
Con los pies cansados de nuestra caminata, Ernst y yo salimos de la Albrechtstrasse a la plaza mayor de la ciudad, situada en una superficie en declive. Estuvimos parados bastante tiempo bajo la luz

cegadora del mediodía, indecisos, al borde de la acera, antes de que, como dos extranjeros, intentáramos atravesar la circulación infernal de una ciudad pequeña, aunque por poco no nos metimos bajo las ruedas de un camión de grava. Una vez llegados al lado de la sombra, nos salvamos en una taberna. La oscuridad que nos envolvió al entrar resultó en un primer momento tan impenetrable a los ojos acostumbrados a la claridad del mediodía que nos tuvimos que sentar en la primera mesa que vimos delante. Sólo despacio y sólo hasta cierto punto la vista regresó después de su ceguera momentánea, emergiendo del crepúsculo los otros huéspedes, en parte profundamente inclinados sobre sus platos y en parte sentados de una forma extraña, erguidos o reclinados en sus asientos; no obstante me llamó la atención que todos, sin excepción alguna, cada uno para sí mismo, celebraban una reunión silenciosa interrumpida sólo por el espectro de la camarera, quien parecía portar de uno a otro lado misivas secretas y palabras susurradas entre los clientes aislados, y a su vez entre éstos y el propietario corpulento. Ernst rehusó comer nada, y en lugar de ello cogió un cigarrillo de los que le ofrecí. Un par de veces volteó en la mano con un cierto aprecio el pequeño paquete de inscripción inglesa. Inhalaba el humo hondamente y con aires de conocedor. El cigarrillo, había escrito en una de sus poesías,

*es un monopolio y debe
ser fumado. Paraque [sic]
se consuma en llamas.*

Y tras haber dado el primer sorbo a su vaso de cerveza, decía, mientras lo volvía a depositar, que hoy por la noche había estado soñando con *boy scouts* ingleses. Lo que, a continuación de esto, le estuve contando de Inglaterra, del condado del este de Inglaterra en el que vivo, de los vastos campos de maíz que en otoño se transforman en un inmenso erial marrón, de las corrientes de agua a

las que el mar es impulsado por la marea, y de las inundaciones que allí se suceden de continuo, de forma que, como antiguamente los egipcios, se puede ir en barca por los campos, Ernst lo escuchaba con el paciente desinterés de una persona a la que desde hace tiempo le es conocido al detalle lo que le están diciendo. También le pedí que escribiera cualquier cosa en mi cuaderno, lo que hizo sin el menor titubeo, con la mano izquierda apoyada sobre la hoja abierta y empleando el bolígrafo del bolsillo de su chaqueta. Con la cabeza ladeada, la piel de la frente severamente estirada hacia arriba y los párpados hundidos, escribió:



England
England ist bekanntlich
eine Insel für sich. Denn
man muß 24 Stunden
wille frachtet man in ein ganzes
Tag.
30. Oktober 1980 Ernst Herbeck

Inglaterra

Como es sabido, Inglaterra es una isla aparte. Si se quiere ir a Inglaterra se necesita un día entero.

30 de octubre de 1980.

ERNST HERBECK

Después nos fuimos. La residencia de St Agnes no quedaba muy lejos. Al despedirnos, Ernst levantó levemente su sombrero e hizo, erguido sobre las puntas de los pies y ligeramente inclinado hacia adelante, un movimiento en círculo, para, en el momento de salida, volver a ponerse el sombrero, todo ello como un juego de niños y una difícil obra de arte en uno. Tanto este gesto como la forma en la

que me había saludado aquella mañana me recordaba a alguien que hubiera estado durante muchos años en el circo.

El viaje en ferrocarril de Viena a Venecia apenas dejó huella en mi memoria. Quizá haya estado mirando durante una hora cómo, girando, se sucedían las luces de los barrios periféricos del suroeste de la metrópolis más o menos habitados, hasta que, calmado por el veloz desplazamiento que después de las interminables caminatas de Viena actuaba como un sedante, me hundí en un profundo sueño. Y mientras fuera hacía un buen rato que todo se había sumergido en la oscuridad, vi, en el sueño, la imagen de un paisaje que no he podido olvidar desde entonces. La parte inferior de esta imagen estaba casi cubierta por la noche cercana. En un camino vecinal, una mujer empujaba un carrito de niño hacia un par de casas; debajo del frontispicio de una de ellas, una posada deteriorada, ponía con grandes letras el nombre de JOSEF JELINEK. Sobre los tejados se elevaban, oscuras, cimas cubiertas de bosque; la curva de nivel, quebrada en zigzag, como recortada del reflejo de la luz de la tarde. Pero en lo más alto, incandesciendo, transparente, escupiendo fuego y esparciendo centellas, hacia la última claridad de un cielo por el que pasaban las más extrañas formaciones de nubes, de tonos rosa-grisáceos y entre éstas, los planetas de invierno y la guadaña de la luna, se alzaba la cumbre del Schneeberg. En mi sueño no tenía la menor duda de que el volcán era el Schneeberg, como tampoco dudaba de que las tierras adyacentes por encima de las que iba ascendiendo a través de una llovizna fulgurante eran Argentina, tierras monstruosamente vastas y muy verdes, con islas de bosques y un sinnúmero de caballos. Me desperté con la sensación de que el tren, que en todo este tiempo había estado serpenteando por entre los valles con una velocidad uniforme, salió precipitado de las montañas en aquel mismo instante, abalanzándose en dirección a la llanura. Bajé la ventanilla

de un golpe. Con un estampido me sacudieron de súbito jirones de niebla. Nos encontrábamos en un viaje trepidante. Masas de piedras de un negro azulado alcanzaban el tren en forma de cuñas empinadas. Me asomé hacia afuera buscando inútilmente sus cumbres. Valles oscuros, estrechos y desgarrados en dos partes se abrieron ante mí, arroyos de montaña y cascadas, pulverizando, blancos, espuma en la noche apenas caída, tan cerca, que el hálito de su frescor hacía estremecer mi rostro. El Friul, se me pasó por la cabeza, y con ello, evidentemente, pensé de inmediato en la destrucción que había tenido lugar en el Friul hacía tan sólo unos pocos meses. Poco a poco la aurora traía consigo terruños desplazados, fragmentos de roca, construcciones derrumbadas, escombreras y pedregales, y por aquí y por allá, esparcidos, pequeños poblados de tiendas de campaña, espectrales durante el día. Casi no ardía ninguna luz en toda la región. Las nubes bajas, procedentes de los valles alpinos que se extendían por la zona desierta, se relacionaban en mi imaginación con un cuadro de Tiépolo que con frecuencia me he quedado observando un buen rato. Muestra Este, ciudad a la que la peste había castigado, castigado, con una apariencia incólume en la llanura. El fondo lo conforma una cordillera con una cumbre humeante. La luz extendida por encima del cuadro está pintada, según parece, por entre un velo de ceniza. Casi se cree que era esta luz lo que ha expulsado a los hombres fuera de la ciudad, al campo abierto donde, después de una época de vagar sin rumbo, quedaban finalmente abatidos, muertos, tirados por el suelo a causa de la peste que ellos mismos llevaban en su interior y que pugnaba por salir hacia afuera. En la mitad delantera del cuadro yace una mujer muerta por la peste con su hijo aún vivo en los brazos. Al lado izquierdo, de rodillas, Santa Tecla intercediendo por los habitantes de la ciudad, con la cabeza inclinada hacia arriba, hacia el lugar donde transitan los ejércitos celestiales y que cuando queramos mirar nos dan una idea de cuanto acontece por encima de nuestras cabezas. Santa Tecla,

ruega por nosotros, para que seamos liberados de toda adicción contagiosa y de una muerte imprevista, y seamos misericordiosamente redimidos de todas las embestidas de la corrupción. Amén.

Cuando después de un afeitado apurado en la barbería de la estación salí a la plaza de la Ferrovia Santa Lucia, la humedad de la mañana otoñal aún se hallaba suspendida, muy densa, por entre las casas y sobre el Gran Canal. Con un cargamento muy pesado, de forma que la borda iba rozando el agua, se iba sucediendo una embarcación tras otra. Emergían de la niebla envueltas en un murmullo, rearaban el caudal verde gelatinoso y volvían a desaparecer en los vapores blancos del aire. Enhiestos e inmóviles, los timoneles se erguían en la popa. Con la mano en el timón, miraban fijamente hacia adelante, cada uno de ellos alegoría de la disposición a la verdad, me dije y, dejando atrás la Fondamenta me fui, conmovido todavía un buen rato por el significado que había asignado a los barqueros, pasando por la ancha plaza, después subí el Rio Terra Lista di Spagna y crucé el Canale di Cannaregio. Quien se introduce en el interior de esta ciudad nunca sabe qué es lo que va a ver a continuación o por quién será visto al momento siguiente. Nada más salir alguien al escenario ya lo está abandonando de nuevo por la puerta de atrás. Estas breves apariciones son de una obscenidad verdaderamente histriónica y tienen en sí mismas, al mismo tiempo, algo de conspiración en la que se es incluido sin haber sido preguntado y sin haberlo pretendido. Si se va detrás de alguien por una callejuela, por lo demás vacía, no se requiere más que de una mínima aceleración del paso para meterle el miedo en el cuerpo a aquel a quien se está siguiendo. Se alternan confusión y un temor glacial. Fue por eso por lo que, con una cierta sensación de liberación después de haber estado caminando sin rumbo durante una hora bajo los altos edificios del gueto, divisé de nuevo el Gran Canal cerca de San Marcuola. Subí a un vaporetto. Con la urgencia de un nativo de

camino al trabajo. Entretanto, se había despejado la niebla. No lejos de mí, en uno de los bancos vueltos hacia atrás, estaba sentada, pronto se hubiera podido decir tumbada, una persona con un Loden verde raído a quien inmediatamente reconocí como Luis II de Baviera. Pese a que se había vuelto algo más mayor y más enjuto y a que charlaba de una manera muy extraña con una dama enana en el inglés fuertemente nasalizado de las clases altas, todo lo demás concordaba con su persona: la palidez enfermiza del rostro, los ojos de niño muy abiertos, el cabello ondulado, los dientes cariados. Il re Ludovico, sin duda. Es probable, pensé, que haya llegado en barco a la *città inquinata Venezia merda*. Después de que nos hubiéramos bajado, le vi caminando por la Riva degli Schiavoni enfundado en su tremolante capa y volverse cada vez más pequeño, no sólo por la lejanía que se incrementaba, sino también debido a que se inclinaba cada vez más hacia su compañera, verdaderamente diminuta, en su discurso interminable. No les seguí, sino que me senté en uno de los bares a orillas del Riva, me tomé mi café de por la mañana, estudié el *Gazzettino*, tomé algunos apuntes para un tratado referente al rey Luis en Venecia y hojeé el *Diario de viaje a Italia*, de Grillparzer, del año 1819. Me lo había comprado estando todavía en Viena, porque cuando voy de viaje no es extraño que me sienta como Grillparzer. Al igual que él, no encuentro placer en nada, me quedo desmedidamente decepcionado de todos los monumentos, y, como acostumbro a decir, mejor hubiera hecho quedándome en casa con mis mapas y mis planos. Incluso al Palacio Ducal Grillparzer le tributa sólo una consideración muy limitada. Pese a toda delicadeza del arte en sus arcadas y almenas, Grillparzer escribe que el Palacio Ducal tiene un cuerpo informe y que le recuerda a un cocodrilo. No sé cómo llega a esta comparación. Sospecha que lo que se decreta en este lugar había de ser misterioso, inquebrantable y severo, y denomina al palacio un enigma pétreo. La naturaleza de este enigma es, al parecer, el terror, pues en tanto que está en Venecia, Grillparzer no se puede

desprender de la sensación de lo misterioso. El versado en leyes piensa constantemente en el palacio en el que las autoridades judiciales habían establecido su residencia y en cuyas cavernas más íntimas, términos en los que él se expresa, se incubaba el principio invisible. Los difuntos, perseguidores y perseguidos, los asesinos y los asesinados, resurgen frente al palacio con cabezas encubiertas. Escalofríos atacan por sorpresa al pobre funcionario hipersensible.

Uno de estos perseguidos, que tuvo su cruz con la jurisdicción veneciana, fue Giacomo Casanova. El escrito publicado por primera vez en Praga, en el año 1788: *Histoire de ma fuite des prisons de la République de Venise qu'on appelle Les Plombs écrite à Dux en Bohême l'année 1787* proporciona una ojeada certera sobre la riqueza inventiva de la justicia penal de aquel tiempo. Casanova describe, a modo de ejemplo, un aparato de estrangulación. Se pone a la víctima de espaldas a la pared en la que hay sujeto un estribo con forma de herradura, donde se empuja la cabeza de tal manera que el estribo rodee la mitad del cuello. Alrededor de este se pone una cinta de seda y se lleva a un torno que un siervo gira lentamente y mantiene sujeta hasta que se hayan extinguido los últimos espasmos del condenado. Tal aparato se encuentra en la cárcel situada bajo los techos de plomo del Palacio Ducal. Cuando a Casanova le conducen a esta cárcel tiene treinta años. La mañana del 26 de julio de 1755, el Gran Maestre entra en su habitación. Es conminado a levantarse sin demora, entregar todos los escritos que tenga, propios y ajenos, vestirse y seguirle. La palabra tribunal, escribe, me paralizó por completo y sólo me dejó la libertad corporal necesaria para la obediencia. Aún tiene tiempo de hacerse la toilette de una forma mecánica, y se pone su mejor camisa y la chaqueta nueva que le acababan de terminar como si fuese a una boda. Poco después se encuentra en la buhardilla del palacio, de seis brazas de largo por dos de ancho. La misma cárcel a la que es conducido mide cuatro por cuatro metros. Tiene los techos tan bajos que no puede estar de pie y no contiene ni un solo mueble. En el interior de la

pared, cumpliendo las funciones de mesa y cama al mismo tiempo, hay una tabla de madera de un pie de ancho en la que deja su precioso abrigo de seda, su chaqueta nueva tan mal estrenada y su sombrero, adornado con un encaje español y una pluma blanca de garza. Reina un calor espantoso. A través de la jaula de rejas, Casanova ve ratas tan grandes como conejos correteando por el tejado. Se acerca al pretil de la ventana por la que puede mirar hacia un trocito de cielo. En esta postura permanece inmóvil ocho horas enteras. Nunca, dice, nunca en mi vida he tenido un gusto más amargo en la boca. La melancolía no quiere abandonarle. Se acercan los días de la canícula. A lo largo de su cuerpo el sudor corre a chorros. Durante dos semanas padece de estreñimiento. Cuando llegan las heces petrificadas cree morir de dolor. Casanova reflexiona sobre los límites de la razón humana. Constata que es poco frecuente que una persona se vuelva loca, si bien la mayor parte del tiempo no falta mucho para que esto llegue a suceder. Sólo se precisa de un trastrueque insignificante para que nada vuelva a ser lo que era. En sus reflexiones, Casanova compara un entendimiento claro con un cristal que no se rompe hasta que no lo haya roto alguien. Pero con qué facilidad es destruido. Simplemente con un movimiento equivocado. Por ello toma la decisión de reponerse y de aprender a discernir su situación en la medida de lo posible. Pronto está claro lo siguiente: los reclusos de esta prisión son gente honorable que, sin embargo, por motivos que sólo son conocidos de Sus Excelencias y que no se descubren a quienes han sido detenidos, deben ser apartados de la sociedad. Cuando el tribunal procede judicialmente contra un malhechor, ya está convencido de que lo es. Al fin y al cabo, las reglas según las que procede el tribunal son conservadas por senadores escogidos de entre los más capaces y virtuosos. Casanova comprende que tendrá que avenirse con que el sistema judicial de la República y no su propio sentido del derecho es ahora el baremo correcto. Las fantasías de venganza que abrigaba al principio de su arresto —

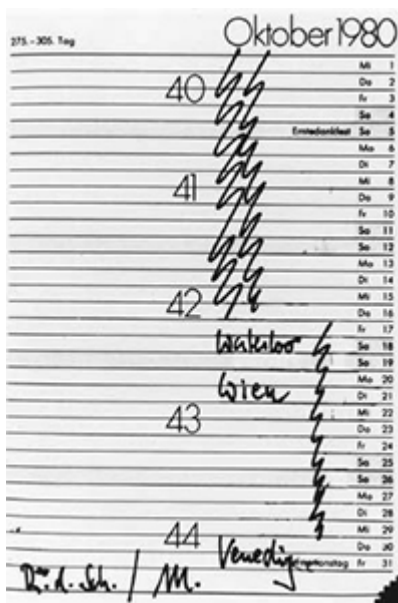
revoluciona al pueblo y, marchando a la cabeza de todos ellos, degüella al gobierno y la aristocracia— quedan prohibidas de por sí. Pronto está dispuesto a perdonar la injusticia que se había cometido para con él, siempre y cuando le pongan en libertad. También averigua que se puede llegar a un cierto acuerdo con el poder. Por cuenta propia puede hacer que le lleven a la celda artículos de primera necesidad, algunos libros y alimentos. A primeros de noviembre tiene lugar el gran terremoto de Lisboa, el cual origina olas de pleamar tan intensas que suben hasta Holanda. Casanova ve cómo delante de la ventana de su presidio una de las vigas de cubierta más pesadas realiza un giro sobre sí misma y vuelve después a su antigua posición. A partir de este momento abandona toda esperanza de liberación de su arresto, del que no puede saber si no le ha sido asignado de por vida. Todos sus pensamientos se dirigen ahora a los preparativos de la evasión de la cárcel, que, contratiempo serio inclusive, le llevarían todo un año. Como ahora tiene permiso cada día para pasear un rato por la buhardilla, donde anda dispersa toda suerte de trastos viejos, consigue hacerse con algunos útiles para su propósito. Así tropieza con una pila de cuadernos viejos con dibujos de procesos penales del último siglo. Contienen acusaciones contra confesores, que han hecho empleo indebido del ordenamiento penitencial, que describen las usanzas de maestros de escuela condenados por pederastia y rebosan de las trasgresiones más singulares, pormenorizadas con todo lujo de detalle, por así decirlo, para solaz de la jurisprudencia. Especialmente habituales, como Casanova puede juzgar sobre la base de las viejas páginas, son las cuestiones concernientes a la seducción de jóvenes vírgenes en los orfanatos de la ciudad de los que también formaba parte aquel cuyas inquilinas elevaban diariamente sus voces hacia el fresco que representa las tres virtudes cardinales en el interior de la iglesia de la Visitación de Nuestra Señora, no lejos de los Plomos, junto a la Riva degli Schiavoni, al que Tiépolo había estado dando los últimos retoques

justo después del encarcelamiento de Casanova. Sin duda alguna la jurisprudencia de entonces, al igual que la venidera, se ocupaba en su mayor parte de la regularización del impulso amoroso, y en el caso de no pocos de los arrestados que se consumían en su lento transcurso hacia al ocaso, debía de tratarse de aquellos insaciables cuyo deseo les conducía una vez tras otra a un mismo punto.

En el otoño del segundo año de su presidio, los preparativos de Casanova habían avanzado tanto que ya se podía empezar a pensar en la evasión. La época es propicia, ya que durante estas semanas los inquisidores se han marchado a tierra firme y Lorenzo, el vigilante, se emborracha en toda regla durante la ausencia de sus superiores. Para la asignación del día exacto y de la hora exacta, Casanova pregunta al *Orlando furioso* de Maese Ludovico Ariosto un sistema comparable con los *sortes virgilianae*. Primero anota la pregunta que le interesa, a partir de los números que resultan de sus palabras forma una pirámide invertida, y, en una operación triple, mediante la sustracción del número 9 por cada par de cifras, llega a la primera línea de la estrofa séptima del noveno canto del *Orlando furioso* que dice: *Tra il fin d'ottobre e il capo di novembre*. El dato, preciso hasta en la hora concreta, supone para Casanova la señal decisiva, pues tras la monstruosidad de tal coincidencia cree que existe una ley que no es accesible ni al más claro pensamiento y al que, por lo tanto, se supedita. Este intento de Casanova de sondear lo desconocido con un juego aparentemente arbitrario de palabras y de números me ha inducido a volver a mirar las páginas pasadas de mi propio calendario, y cuál no sería mi sorpresa, incluso temor, al constatar que el día del año ochenta, en el que, leyendo los apuntes de Grillparzer, estuve sentado en el bar junto a la Riva degli Schiavoni entre el Danieli y la Santa Maria della Visitazione y por consiguiente no lejos del Palacio Ducal, fue el último del mes de octubre, en consecuencia el aniversario de aquel día, o, mejor dicho, de aquella noche en la que Casanova, con su máxima *E quindi uscimmo a rimirar le stelle* en los labios, se abrió

camino por entre la coraza del cocodrilo de plomo. Por mi parte, aquella noche del 31 de octubre, en el bar de la Riva, al que había vuelto después de cenar, entablé conversación con un veneciano llamado Malachio que había estudiado astrofísica en Cambridge, de quien pronto se hizo evidente que todo, no sólo las estrellas, lo veía desde la mayor distancia posible. Hacia eso de la media noche remontábamos en su barca, que estaba fuera, en el muelle, la cola del dragón del Gran Canal pasando por la Ferrovia y Tronchetto hasta salir al mar abierto, desde donde se puede apreciar el frente de luces de las refinerías de Mestre que se extiende a lo largo de varias millas en la orilla opuesta. Malachio apagó el motor. La barca se alzaba y se hundía al ritmo de las olas, y me pareció que había pasado mucho tiempo. Ante nosotros, extinguiéndose, se hallaba el esplendor de nuestro mundo, de cuya contemplación, como en una ciudad celestial, no podemos saciarnos. Oí decir a Malachio que el milagro de la vida originada a partir del carbono se desvanece en las llamas. El motor se volvió a poner en marcha, la barca sacó la proa del agua, y esgrimindo un amplio arco nos adentramos en el Canale della Giudecca. Sin pronunciar palabra, mi guía señaló el Inceneritore Comunale que estaba en la otra orilla, en la isla sin nombre que se extendía en dirección oeste de la Giudecca. Una caja de hormigón que emanaba un silencio sepulcral bajo un penacho blanco de humo. A mi pregunta de si aquí también se seguía haciendo fuego en mitad de la noche, respondió Malachio: *Sí, di continuo. Brucia continuamente.* Se incinera de continuo. El Molino de Harina Stucky se abrió paso en la imagen, una instalación del siglo pasado construida con millones de ladrillos que con sus ventanas ciegas contempla absorta la Stazione Marittima desde la Giudecca. Este edificio es tan monstruosamente grande, que con toda certeza se podrían meter dentro unos cuantos Palacios Ducales, y uno se pregunta si es cierto que aquí era únicamente grano lo que se molía. Justo cuando estábamos pasando por delante de la fachada que sobresalía en la oscuridad, la luna salió

de detrás de las nubes, y en su reflejo resplandeció por un momento el mosaico dorado colocado bajo el frontispicio izquierdo que representa una segadora con un haz de espigas, figura en extremo ajena a este paisaje de piedra y agua. Malachio dijo que últimamente había reflexionado mucho sobre la resurrección, y que se preguntaba por el significado del versículo según el cual los ángeles conducirán algún día nuestra osamenta y nuestros cuerpos ante la presencia de Ezequiel. Todavía no había encontrado ninguna respuesta, pero lo cierto es que le bastaba con las preguntas. El molino de harina se perdía en la oscuridad, y ante nosotros emergió la torre de San Giorgio y la cúpula de Santa Maria della Salute. Malachio gobernó la barca de vuelta a mi hotel. No había nada que decir. La barca tomó puerto. Nos dimos la mano. Yo ya me hallaba en la orilla. Las olas palmoteaban en las piedras cubiertas de musgo velloso. El bote viró en el agua. Malachio hizo otra seña con la mano y gritó: *Ci vediamo a Gerusalemme*. Y ya desde una distancia mayor volvió a repetir más alto: ¡El año que viene en Jerusalén! Crucé la plaza que había delante del hotel. No se movía nada más. Todo el mundo se había acostado ya. Incluso el portero de noche había abandonado su puesto y descansaba, como amortajado, en una especie de cámara situada detrás de un mostrador, sobre un lecho angosto, de patas extrañamente elevadas. En la televisión tremolaba, silenciosa, la carta de ajuste. Únicamente las máquinas han comprendido que no se debe dormir más, pensé cuando subí a mi habitación donde también a mí me venció pronto el cansancio.



En esta ciudad hay un despertar distinto a lo que se suele estar acostumbrado. Porque el día irrumpe en un silencio sólo penetrado por gritos aislados, el sonido de una persiana de chapa que se levanta, y el aleteo de las palomas. Cuántas veces, pensaba, habré estado acostado de esta misma manera en una habitación de hotel, en Viena, en Francfort o en Bruselas, escuchando, con las manos entrecruzadas detrás de la cabeza, no el silencio como aquí, sino, con un terror vigilante, el oleaje del tráfico que ya lleva horas pasando por encima de mi cabeza. Así que esto, vuelvo a pensar, como siempre, es el nuevo océano. Sin cesar, las olas se aproximan a grandes empujones por encima de toda la extensión de las ciudades, cada vez más ruidosas, enderezándose cada vez más, se vuelcan en una especie de frenesí a la altura del nivel del ruido y cual oleaje se derraman sobre el asfalto y sobre las piedras, mientras desde las presas que se forman junto a los semáforos ya comienzan a brotar, bramando, olas nuevas. Al cabo de los años he llegado a la conclusión de que es de este estrépito de donde ahora surge la vida que viene después de nosotros y que nos destruirá paulatinamente, del mismo modo que nosotros destruimos aquello que ya llevaba ahí mucho tiempo con anterioridad a nuestra

existencia. Por ello me pareció completamente irreal, como si hubiera de ser desgarrado al instante, el silencio sobre la ciudad de Venecia de aquella temprana mañana del día de Todos los Santos, en la que el aire blanco penetraba por la ventana entreabierta de mi habitación cubriéndolo todo con su velo, de forma que yo yacía como en el centro de un mar de niebla. También W., el pueblo en el que pasé los primeros nueve años de mi vida, siempre había estado envuelto en una niebla muy espesa el día de Todos los Santos y el de las Ánimas. Y todos los habitantes, sin excepción, se ponían sus ropas negras e iban a las tumbas que días antes habían arreglado, retirando las plantas que se habían plantado en verano, arrancando las malas hierbas, rastrillando los caminos y mezclando hollín con tierra. Durante mi niñez no hubo nada que me pareciera tener más sentido que aquellos dos días de recuerdo a los sufrimientos de los santos mártires y de las pobres almas, en los que las oscuras figuras de los habitantes del pueblo deambulaban extrañamente inclinadas en la niebla, como si sus propias casas les hubieran sido denegadas. Pero lo que año tras año me causaba una impresión especial era comer los «panecillos de ánimas» que Mayrbeck hacía únicamente para este aniversario, uno sólo por cada hombre, por cada mujer y por cada niño, ni uno más y ni uno menos. Estos «panecillos de ánimas» estaban cocidos de masa de pan blanco y eran tan pequeños que se podían ocultar fácilmente en una mano cerrada. Cada cuatro formaban una fila. Se les espolvoreaba con harina y recuerdo que una vez el polvo de harina que se me había quedado pegado a los dedos después de haberme comido uno de aquellos «panecillos de ánimas» me había parecido ser una revelación, y que durante la noche del día siguiente estuve excavando con una cuchara de palo en la caja de harina, que estaba en el dormitorio de mis abuelos, en lo que me figuré sondear secretos ocultos.

Ocupado con apuntes esporádicos, pero sobre todo con mis reflexiones que discurrían en círculos en parte cada vez más

amplios y en parte cada vez más estrechos y a veces también cercado por un completo vacío, en aquel primero de noviembre de 1980 no salí de mi habitación ni un solo instante; en aquel momento pensaba que uno efectivamente se podía suicidar así, sin más, cavilando y meditando, pues si bien había cerrado las ventanas y el cuarto estaba un tanto caldeado, mis miembros, a causa de la inmovilidad, se tornaban más fríos y más rígidos, de modo que cuando por fin el camarero de la casa que había llamado entró con el vino tinto y el pan con mantequilla, me figuré que era ya un muerto enterrado o por lo menos de cuerpo presente, el cual, aunque sin pronunciar palabra, por supuesto, aún se siente agradecido por la libación que se le ha llevado pero que ya no es capaz de tomarse. Me imaginé cómo por la Laguna Verde me llevarían a la isla del cementerio, a Murano o todavía más lejos, hasta San Erasmo o hasta la Isola San Francesco del Deserto, en los pantanos de Santa Catalina. En tanto, caí en un sueño ligero, vi elevarse la niebla, la Laguna Verde extenderse a la luz de mayo e islas verdes que como coles emergían de la tranquila lontananza del agua. Veía La Grazia, la isla del hospital, con una construcción redonda y panorámica desde cuyas ventanas, como en un barco grande que zarpa, miraban hacia abajo miles de locos haciendo señas con las manos. San Francisco flotaba en un cañaveral cimbreante con la cara vuelta hacia abajo, en el agua, y sobre los pantanos caminaba santa Catalina con un pequeño modelo de rueda en la mano con la que le habían partido el cuerpo en dos. La rueda estaba amarrada a un palito y se giraba, susurrando, al viento. La aurora elevaba colores violeta sobre la laguna, y cuando me desperté yacía tendido en la oscuridad. Me pregunté qué es lo que Malachio había querido decir con las palabras *Ci vediamo a Gerusalemme*, intenté, en vano, recordar su rostro o sus ojos, considerando si no debería ir a buscarle de nuevo al bar junto a la Riva, pero cuanto más lo consideraba menos me podía mover de mi sitio. Pasó la segunda noche en Venecia, y pasaron el día de las

Ánimas y una tercera noche, de la que no volví en mí hasta la mañana del lunes en un singular estado de ingravidez. Un baño caliente, el pan con mantequilla y el vino tinto del día de antes, y el periódico que pedí que me subieran a la habitación, me restablecieron tanto que pude coger mi bolsa y ponerme de nuevo en camino.

El bufé de la Ferrovia estaba cercado por el oleaje de un alboroto verdaderamente infernal. Como una especie de isla fija, descollaba de la masa de personas que se balanceaban de un modo semejante a un campo de espigas al viento, parte del cual se mecía hacia las entradas, otra que estaba dentro hacia afuera, otra alrededor del bufé y una última en dirección a las cajeras, sentadas en un puesto elevado un poco más a lo lejos. Lo primero que había que hacer cuando, como yo, se carecía de ticket, era chillar con todas las fuerzas lo que se deseaba a una de las mujeres entronizadas que, vestidas sólo con una especie de mandil, el pelo rizado y la mirada medio hundida en el suelo, flotaban en una impasibilidad absoluta sobre las cabezas de los suplicantes, y, a lo que me pareció obedecía al capricho, seleccionaban un deseo cualquiera de los proferidos por las voces que se entreveraban y superponían, volviendo a repetirlo, en alto y con una seguridad que aniquilaba cualquier género de dudas, por encima de todo el estrépito antes de pregonar a voz en grito a la estancia el precio de lo solicitado, exactamente como si se tratara de una sentencia irrefutable, e inclinándose un poco, condescendientes y despreciativas al mismo tiempo, hacían entrega del papelito y del cambio. Una vez en posesión del ticket, que entretanto ya había adquirido visos de ser de una vital importancia, había que luchar por abrirse paso entre la multitud y hacia el centro de la cafetería, donde, tras un bufé circular, se encontraban los empleados masculinos de este ingente negocio gastronómico, con verdadero arrojo justo frente a la masa que se agolpaba a su alrededor, despachando su trabajo con una serenidad que, ante el trasfondo de un pánico generalizado,

producía el efecto de que transcurría un plazo de tiempo distendido. En sus chaquetas blancas de lino recién almidonadas, este servicio de camareros, que apenas mostraba actividad alguna, se asemejaba, de una forma no muy distinta a sus parientes, hermanas, madres e hijas de detrás de las cajas registradoras, a una singular asamblea de seres superiores que aquí, según un sistema oculto, celebraban un día de audiencia sobre una estirpe corrompida por una avidez endémica, impresión que también venía a reforzar el hecho de que a aquellos hombres vestidos de blanco y rebosantes de dignidad, obviamente encumbrados sobre una plataforma elevada en el interior del círculo, el bufé no les llegaba más que a la cadera, aproximadamente; a los profanos, en cambio, por debajo de los hombros, cuando no a la barbilla. El servicio, por lo demás tan refrenado, depositaba vasos, platitos y ceniceros sobre la superficie marmórea del bufé con una vehemencia tal que se podía creer que se esforzaban por dejarlo todo a punto de hacerse añicos. El capuccino me fue servido, y durante un momento me sentí como si con esta distinción hubiese obtenido la victoria hasta entonces más significativa de mi vida. Con un suspiro de alivio miré a la gente que estaba en torno a mí e inmediatamente reconocí mi error, pues me produjeron el efecto de ser un amplio círculo de cabezas cortadas. Si uno de los camareros de chaqueta rígida las hubiera limpiado de la superficie lisa de mármol retirándolas a un movimiento de brazo impetuoso, y todas ellas, estas cabezas cortadas, sin descontar la mía propia, hubieran caído a una fosa de desolladores, no me hubiera sorprendido; más aún, con una luz todavía crepuscular me hubiera parecido incluso justificado si hubiese sido evidente que estas cabezas iban a detentar única y exclusivamente la finalidad última de vaciar algo o introducir algo en su interior. Asaltado por este tipo de observaciones, en ningún modo positivas, y, como había de reconocer, por tales ideas abstrusas, de repente, como si me hallara en el mismo círculo de estos espectros que ingerían su colación matinal dedicados por completo a su

persona, había entrado, de improvisto, en el campo visual de alguien, y de hecho me encontré con dos pares de ojos dirigidos hacia mí. Aquellos a quienes pertenecían estaban apoyados en la barra que tenía enfrente. Uno sostenía la barbilla apoyada en la palma de la mano derecha, el otro en la izquierda. Como una sombra de nube sobre un campo, sobre mí se cernía la sospecha de que, desde mi llegada a Venecia, había coincidido varias veces con los dos jóvenes que me estaban mirando, no sólo eran figuraciones mías, y de que también habían estado entre los clientes del bar a orillas del Riva, donde había conocido a Malachio. La manecilla del reloj avanzaba hacia las diez y media. Apuré mi capuccino mirando hacia atrás por encima del hombro, me dirigí al andén y me subí al tren de Milán para ir a Verona, como tenía previsto.

En Verona cogí una habitación en la Paloma de Oro y, siguiendo una vieja costumbre, fui inmediatamente al Giardino Giusti.



Allí, durante las primeras horas de la tarde, estuve tumbado en un banco de piedra que había debajo de un cedro. Escuchaba la brisa que entraba y salía del ramaje, como en una caricia, y el ruido sutil que hacía el jardinero al rastrillar los caminos de gravilla por entre los arbustos bajos, cuyo suave aroma seguía impregnando el aire incluso ahora, en otoño. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien. No obstante acabé por incorporarme. Al salir del jardín me quedé un rato observando una pareja de blancas palomas turcas que varias veces seguidas, palmoteando algunas pocas aletadas, se elevó perpendicular por encima de las copas de los árboles, permaneció inmóvil durante una pequeña eternidad en las alturas azulinas del cielo y después, volcándose hacia adelante con un sonido gutural que apenas podía abrirse camino hacia afuera de la garganta, descendía planeando, sin que sus cuerpos se movieran, en amplios arcos alrededor de los hermosos cipreses alguno de los cuales quizá lleve en su sitio unos doscientos años. Su verde perpetuo me recordaba a los tejos que se alzan en los patios de las iglesias del condado inglés en el que vivo. Más despacio aún que los cipreses crecen los tejos. No es extraño que en una pulgada de madera de cedro haya más de cien anillos, y se dice que hay árboles que sobreviven más de un milenio y que al parecer se han olvidado por completo de morir. Salí al antepatio, me lavé la cara y las manos, como ya había hecho al entrar, en la fuente colocada en el muro del jardín recubierto de hiedra, eché una última mirada al jardín cuando me dirigía a la salida, devolví el saludo a la postura que desde su oscuro cubículo me hizo un gesto con la cabeza. Bajando por el Ponte Nuovo, la Via Nizza y la Via Stelle llegué a la Piazza Bra. Al pisar el teatro me pareció de pronto como si estuviera implicado en una historia turbia. El teatro estaba desierto a excepción de un grupo de excursionistas tardíos, a los que un cicerone seguramente cercano a los ochenta años, si no de más edad, describía el carácter único de la construcción con una voz ya débil y quebradiza. Desde las gradas superiores a las que me había

encaramado, observaba, abajo, el grupo que ahora parecía ser extraordinariamente pequeño. El anciano, que mediría poco más de cuatro pies, vestía una americana que le quedaba demasiado grande y que, al ser jorobado y caminar con una inclinación muy marcada hacia adelante, rozaba el suelo con el borde. Con una extraña claridad, tal vez con una claridad mayor que aquellos que le rodeaban, escuchaba cómo decía que en el teatro se podía advertir, *grazie a un'acustica perfetta, l'assolo più impalpabile di un violino, la mezza voce più etérea di un soprano, il gemito più intimo di una Mimi morente sulla scena*. Los excursionistas se mostraban poco impresionados por el entusiasmo arquitectónico y operístico del guía contrahecho, que, mientras se dirigía a la salida, seguía añadiendo esta o aquella observación a sus explicaciones, para lo que se detenía de continuo, se daba la vuelta, y elevaba el dedo índice de la mano derecha hacia el grupo que, asimismo, se había quedado parado, como un maestro de escuela diminuto al frente de una recua de niños que le sacaban una cabeza. La luz, muy horizontal, caía al interior por encima del borde del teatro, y después de que el viejo y su auditorio lo hubieran abandonado, aún me quedé un buen rato sentado, completamente solo, rodeado del relumbrar rojizo del mármol, o al menos así me lo figuré, pues hasta que no hubo transcurrido bastante tiempo no percibí las dos figuras sentadas en las profundas sombras de la otra mitad del teatro, en las piedras. No cabía duda, eran de nuevo los mismos jóvenes que por la mañana, temprano, habían fijado su vista en mí en la Ferrovia de Venecia. Como dos vigilantes permanecían inmóviles en sus puestos hasta que la luz se hubo extinguido por completo. Después se levantaron y me pareció que se inclinaban el uno hacia el otro antes de bajar de las gradas y desaparecer en la oscuridad de la salida. En un primer momento no fui capaz de moverme de mi sitio, tan grave era el significado que tenían para mí estos encuentros, con toda probabilidad absolutamente casuales. Ya me veía toda la noche sentado en el teatro, paralizado de miedo y de frío. Finalmente, tuve

que reunir todo mi pensamiento racional para levantarme y poderme dirigir a la salida. Cuando ya había recorrido aproximadamente la mitad del camino, me atormentó con insistencia la imagen de una flecha, surcando el espacio aéreo gris a toda velocidad, que a cada momento me atravesaría el omóplato izquierdo y que con un ruido extrañamente intenso se emplazaría en el centro de mi corazón.

Los próximos días estuve casi exclusivamente ocupado en mis investigaciones sobre Pisanello, por cuya causa había decidido ir a Verona. Ya hacía años que las imágenes de Pisanello habían despertado en mi interior el deseo de poder renunciar a todo excepto a la contemplación. Lo que me atrae no es sólo el arte realista de Pisanello, enormemente desarrollado para su época, sino la forma en la que consigue que este arte aflore en una superficie ciertamente incompatible con un modo de pintar realista, en la que a todo, a los protagonistas y a las comparsas, a los pájaros del cielo, al bosque agitado de verde y a cada una de las hojas, le es asignada la misma razón de ser sin que haya nada que la restrinja. Fue esta inclinación por el pintor Pisanello, profesada desde hacía años, la que me condujo de nuevo a la Chiesa Sant'Anastasia para ver el fresco que había elaborado sobre la entrada a la capilla de los Pellegrini, alrededor del año 1435. La capilla de los Pellegrini, situada en el lateral izquierdo de la iglesia, ya no existe hoy en día como tal. En los arcos de la entrada se ha incorporado un tabique mal pintado de color marrón y provisto de una puerta, detrás del cual se encuentra ahora la sala de descanso de la sacristana, si es que no se trata de su vivienda. Sea como fuere, la sacristana, una mujer pesarosa y ya casi consumida por los largos años de silencio y de soledad, después de abrir, al poco de haber dado las cuatro de la tarde, la pesada puerta principal guarnecida con hierro, y de acercárseme con paso vacilante, como una sombra, atravesando la nave de la iglesia que estaba frente a mí, el único visitante, desapareció sin pronunciar una palabra en el interior de este apartado. Durante el tiempo que estuve contemplando el fresco,

aparecía con la misma regularidad que si hubiera sido condenada a dar vueltas por los siglos de los siglos, y se alejaba adentrándose en la oscuridad, un trecho más adelante, para, poco después, tornando a su órbita, volver a dirigirse a su habitáculo. Apenas un rayo de luz del día traspasa la nave lateral de Sant'Anastasia. Incluso a las primeras horas de la tarde más clara impera el crepúsculo más profundo. De ahí que sólo se pueda reconocer de una forma vaga la obra de Pisanello, situada sobre el arco de la puerta a la antigua capilla. Pero introduciendo monedas de mil liras en una caja de chapa puede iluminarse durante un tiempo que a veces parece muy largo y otras muy corto. Entonces se puede ver con claridad cómo San Jorge está a punto de partir en busca del dragón y se despidе de la principessa. De la mitad izquierda de la pintura sólo se ha conservado el monstruo, algo descolorido, con dos crías de su carnada que aún no tienen alas. Algo de huesos y osamenta, y restos de animales y de seres humanos sacrificados para la satisfacción del dragón, yacen en derredor, desperdigados. El vacío al que conduce el fragmento, sin embargo, permite entrever el horror que, según la leyenda, colmaba entonces a los habitantes de la ciudad palestina de Lydda. La parte derecha del fresco, la otra parte principal, está casi íntegra. Una región, que más bien recuerda al norte, se eleva, como ha de decirse en consonancia con el tipo de la representación, hacia el cielo azul. Como único objeto de composición, un barco, con las velas hinchadas, navega hacia un brazo de mar indicando la lejanía. Por lo demás todo es presente y terrenal, el país ondulado, los campos arados, los arbustos y las colinas, la ciudad con sus tejados, torres y almenas y con los patíbulos, cuyos bamboleantes ahorcados —un recurso muy apreciado de aquella época— confieren a la escena una vivacidad propia. Matorrales, arbustos y hojas están pintados con el mayor esmero, y con amor incluso los animales, a los que Pisanello ha concedido siempre muchísima atención: la cigüeña que vuela tierra adentro, los perros, el macho cabrío y los caballos de los siete

jinetes, entre los que se encuentra un arquero calmuco con una dolorosa expresión de intensidad en el rostro. En el centro del cuadro se ve a la principessa en un traje de plumas y a San Giorgio, de cuya armadura se ha exfoliado la plata pero a quien aún circunda el brillo de su cabellera, rojiza y dorada. Es admirable cómo Pisanello ha sabido retirar la mirada masculina del caballero, que asoma con ímpetu y ya se desvía hacia un lado, hacia el arduo y sanguinario cometido, de la determinación del ojo femenino insinuada sólo por una inclinación insignificante del límite del párpado inferior. Durante el tercer de mi estancia en Verona, a la hora de la cena fui a parar a una de las pizzerías que había emplazadas en la Via Roma. No sé de qué forma escojo los locales que frecuento en las ciudades extranjeras. Por un lado soy demasiado selectivo y a lo largo de varias horas recorro calles y callejuelas antes de poder decidirme; por otro, la mayoría de las veces acabo por meterme al azar, sencillamente, en cualquier sitio, donde, en un entorno desconsolador y dominado por una gran inquietud, engullo un plato que no me agrada en absoluto. Lo mismo ocurrió aquella noche del 5 de noviembre, pues de haberlo reflexionado tan sólo un momento seguramente no hubiera sobrepasado el umbral del restaurante que ya desde fuera daba la impresión de tener una reputación no muy buena. Pero ahora ya estaba sentado en una de las sillas de cocina, tapizadas con un plástico rojo jaspeado, a una pequeña mesa coja que había apostada en el interior de una gruta recubierta con redes de pesca. El revestimiento del suelo y las paredes se había conservado en un horrendo azul marítimo que en mí frustraba toda esperanza de poder volver a ver algún día tierra firme. La sugestión de estar rodeado por todas partes de agua se perfeccionaba con una marina que colgaba frente a mí en un marco pintado al oro viejo a escasa distancia del techo. Representaba, como por regla general suele suceder en las marinas, un barco inclinándose sobre la parte superior de una ola azul turquesa, con crestas de una blancura

nivea, para precipitarse a las profundidades absolutas que se abrían bajo su proa. Era, evidentemente, el momento previo a la catástrofe. Una sensación de malestar se apoderaba de mí con una intensidad que crecía por momentos. Me vi en la imperiosa necesidad de empujar a un lado el plato con la pizza, de la que apenas había comido la mitad, y de agarrarme con ambas manos al borde de la mesa, tal y como se adhiere a la borda alguien que se marea. Sentía cómo se me iba enfriando la frente a causa del miedo, y sin embargo no era capaz de llamar al camarero y pedir la cuenta. En lugar de eso, para volver a tener la realidad delante de los ojos, del bolsillo de la chaqueta saqué el periódico que me había comprado por la tarde —era el *Gazzettino*, que se edita en Venecia— extendiéndolo sobre la mesa tanto como me era posible. En un primer momento mi mirada se quedó prendida de un artículo en el que la redacción informaba de que a lo largo del día anterior, el 4 de noviembre, habían recibido la carta de un lector escrita en extraños caracteres rúnicos, en la que un grupo hasta ahora completamente desconocido llamado

ORGANIZZAZIONE LUDWIG

se atribuía una serie de crímenes que se habían sucedido desde el año 1977 en Verona y otras ciudades del norte de Italia. El artículo traía a la memoria de los lectores los casos que habían quedado sin aclarar. En un hospital veronés, a finales de agosto de 1977, el gitano Guerrino Spinelli murió a consecuencia de las graves quemaduras sufridas cuando unos desconocidos prendieron fuego al viejo Alfa, en el que tenía por costumbre pasar la noche, en las afueras de la ciudad. Más de un año después, en Padua, el camarero Luciano Stefanato fue hallado muerto con dos cuchillos de cocina de veinticinco centímetros en la nuca, y de nuevo un año más tarde, en Venecia, Claudio Costa, heroinómano de veintidós años, fue asesinado de treinta y nueve puñaladas. Ahora estamos a

finales de otoño de 1980. El camarero me trae la cuenta. La desdoblo. Las letras y los números se desvanecen delante de mí. 5 de noviembre de 1980. Via Roma. Pizzeria Verona. Di Cadavero Carlo e Patierno Vittorio. Patierno y Cadavero.



Pizzeria VERONA

Via Roma, 13 - Telefono 045/22053 VERONA
Codice fiscale C.V. CRL 58C13 F839R

di CADAVERO CARLO e PATIERNO VITTORIO
Abitazione: S. MARTINO B.A. / Verona - Via Pieve, 61

Il 5-11-80 N. 570

1 pizza	1700
2 Liane m	1100

Suena el teléfono. El camarero seca un vaso y lo sostiene a la luz. Cuando por fin creo que no voy a poder aguantar el sonido más tiempo, lo descuelga. Después, apretando el auricular con la cabeza inclinada a un lado contra el hombro, camina de un lado a otro de la

barra tanto como se lo permite el cable. Sólo cuando habla él permanece quieto y vuelve la mirada al techo. No, dice, Vittorio no está. Que está de caza. Claro que era él, Cario. ¿Quién si no? ¿Quién si no iba a estar en este comercio además de él? No, nadie. En todo el día no. Y ahora sólo un cliente. *Un inglese*, dice mirándome con un gesto de lo que a mí me pareció cierto desdén. Que no era ningún milagro. Los días se estaban haciendo cortos. Se acercaban malos tiempos. *L'inverno è alle porte. Sí, sí, l'inverno* chilla de nuevo volviendo a mirar hacia mí. Mi corazón deja de latir por un segundo. Pongo 10.000 liras en el plato, doblo apresuradamente el periódico, me precipito hacia afuera, a la calle, corro hasta el otro lado de la piazza, allí me dirijo a un bar iluminado con mucha claridad, pido un taxi, vuelvo en taxi al hotel, hago el equipaje a toda prisa y huyo en el tren nocturno a Innsbruck. Sentado en mi compartimento, estoy preparado para lo más terrible, incapaz de leer algo, incapaz también de cerrar los ojos, escuchando el ritmo de las ruedas. En Rovereto se sube una anciana tirolesa con una bolsa de compras cosida a base de remiendos de piel. Va acompañada de su hijo, de unos cuarenta años quizá. A los dos les estoy agradecido sobremanera cuando, pese a que el vagón está completamente vacío, se sientan en el que voy yo. El hijo ha apoyado la cabeza contra la pared. Con los párpados hundidos, casi todo el tiempo sonrío bienaventurado para sus adentros. Sólo de vez en cuando es víctima de una contracción en el pecho. Entonces la madre, para tranquilizarle, le hace algunos signos en la superficie de su mano izquierda que reposa en su regazo, abierta como una hoja en blanco. El tren avanza montaña arriba. Poco a poco me encuentro mejor. Salgo al pasillo. Estamos en Bolzano. La tirolesa se apea del tren con su hijo. Cogidos de la mano, los dos se dirigen al paso subterráneo. Aún antes de que hayan desaparecido por completo, el tren se vuelve a poner en marcha. Ahora se percibe que comienza a hacer más frío. El viaje es más lento, menor la cantidad de las luces y la oscuridad más

profunda. La estación de Franzensfeste pasa flotando junto al tren. Veo imágenes de una guerra pasada. Conquista de la cumbre del puerto —Vall’Inferno— 26 de mayo de 1915. Haces de fuego en las montañas y un bosque destruido a balas y cañonazos. Trazos de lluvia esgrafían las ventanas. El tren cambia una vía. El resplandor desvaído de las lámparas de arco cae al interior del compartimento. Paramos en el paso de Brenner. Nadie se apea y nadie se sube al tren. Los aduaneros, en sus abrigo grises, caminan fuera, sobre el andén, de uno a otro lado. La parada dura por lo menos un cuarto de hora. Al otro lado, las cintas plateadas de los raíles. La lluvia da paso a la nieve. Y sobre la zona prevalece una pesada quietud, interrumpida sólo por el bramido de animales anónimos que en alguna vía de maniobras sumergida en la oscuridad esperan a proseguir su transporte. La noche de los tiempos se prolonga mucho más que su propio día, y nadie sabe cuándo ha sido el equinoccio.

En el verano de 1987, siete años después de esta huida de Verona, cediendo finalmente a una necesidad que desde hacía mucho tiempo me perturbaba, volví a recorrer el trayecto de Viena a Verona, pasando por Venecia, para examinar con mayor detenimiento los vagos recuerdos que me quedaban de aquella época llena de peligros, y así tal vez poder escribir algo de todo ello. El tren nocturno de Viena a Venecia, en el que a finales de octubre del año ochenta casi no había visto a ningún ser humano más que a una maestra de escuela neozelandesa, estaba ahora, en plenos meses vacacionales, de tal modo abarrotado que tuve que quedarme todo el viaje de pie, afuera, en el pasillo, o bien estar en cuclillas, adoptando diferentes posturas, extremadamente incómodas, entre las maletas y las mochilas que se apilaban por doquier, lo que trajo consigo que, en vez de en el sueño, me sumiera en mis recuerdos. Para ser más exactos mis pensamientos, o por lo menos así me lo parecía, se elevaban hacia el interior de

algún espacio de fuera de mí mismo cobrando más y más altura, y después, cuando ya habían alcanzado una altura determinada, fluían desde este espacio en el que se estancaban hacia mi interior, como agua por encima de una presa. El tiempo que trabajaba en mis notas transcurría más rápido de lo que yo había tenido nunca por posible, y no volví a tomar conciencia de la realidad hasta que el tren, rodando desde Mestre con lentitud sobre el dique del ferrocarril, cruzó la laguna que reposa a izquierda y a derecha en el fulgor de la noche. Fui uno de los últimos que se desmontó en Santa Lucía y, con mi bolsa de viaje de lino azul al hombro, como siempre, bajé por el andén hasta el vestíbulo, en donde acampaba una verdadera legión de turistas con sus sacos de dormir tendidos sobre esterillas de paja, echados muy juntos los unos de los otros, como sólo es habitual en un pueblo extranjero de camino por el desierto. También fuera, en la plaza que había delante, había un sinnúmero de chicos y chicas jóvenes tumbados en grupos, en parejas o solos, sobre los escalones y por todas las inmediaciones. Me senté abajo, a las orillas del Riva, y volví a sacar mis cosas de escribir, el lapicero y el bonito papel lineado. Sobre los tejados y cúpulas del este de la ciudad ya ascendía el resplandor rojizo de la mañana. Aquí y allá se movían algunos de los durmientes que habían pasado la noche en el campo raso, se incorporaban un poquito y comenzaban a sacar sus cuatro cosas, algo para comer o para beber, y lo volvían a guardar todo meticulosamente. Al cabo de poco tiempo, ya había alguno que otro inclinado bajo sus bultos que con frecuencia les rebasaban más de una cabeza, vagando por entre sus hermanos y hermanas que aún yacían en el suelo, como si tuvieran que ejercitarse en las dificultades de la siguiente etapa de un viaje infinito.

Estuve entretenido con mis apuntes durante la primera mitad de la mañana, sentado junto a los Fondamenta de Santa Lucía. El lápiz se deslizaba fácilmente sobre el papel y de vez en cuando cacareaba un gallo que estaba encerrado en una jaula en el balcón

de una casa situada al otro lado del canal. Cuando volví a levantar la vista de mi trabajo, todas las sombras de los durmientes de la plaza de la Ferrovia habían desaparecido o se habían disipado, y el tráfico matinal había dado ya comienzo. De repente, por delante de mí pasó una barca cargada con montañas de basura, a lo largo de cuyo borde corría una rata grande que se arrojó de cabeza al agua. No sé si fue esta escena lo que me hizo tomar la decisión de no quedarme en Venecia, sino seguir a Padua sin mayor demora y una vez allí ir a ver la capilla de Enrico Scrovegni, de la que hasta entonces no conocía más que una mera descripción que trata de la fuerza íntegra que ostentaban los colores de los frescos del pintor Giotto, y de la determinación aún reciente que impera en cada paso, en cada facción del rostro, de las figuras que aparecen proscritas en ellos. Cuando, recién llegado del calor de fuera que aquel día ya pesaba sobre la ciudad a horas tempranas de la mañana, estuve en el interior de la capilla delante de las pinturas murales que se extendían en cuatro hileras desde la cornisa hasta el borde del suelo, lo que más me sorprendió fue el lamento silencioso que elevan los ángeles, suspendidos, desde hace casi setecientos años, sobre la desgracia infinita. En el silencio de la sala se podía escuchar este lamento como si de un estampido se tratase. Los mismos ángeles, en su dolor, habían contraído tanto las cejas, que parecían unir los dos ojos. ¿Y acaso no son y con diferencia, pensaba, las alas blancas con los escasos vestigios verde claro de tierra de Verona lo más maravilloso de todo cuanto hayamos podido imaginarnos jamás? *Gli angeli visitano la scena della disgrazia*. Con estas palabras en mente, a través de un tráfico estrepitoso regresé a la estación, que no quedaba lejos de la capilla, para coger el próximo tren que saliera hacia Verona, donde esperaba poder averiguar algo que guardase relación tanto con mi propia estancia en esta ciudad, interrumpida hacía siete años de una forma tan brusca como con aquel mediodía inconsolable que el doctor Kafka, según cuenta el mismo, pasó en septiembre de 1913 de camino de

Venecia al lago Garda de Verona. Cuando, apenas transcurrida una hora de un viaje abundante en corrientes de aire —el paisaje resplandecía en el interior con las ventanas abiertas—, en el marco de mi campo visual ya se estaba aproximando la Porta Nuova y divisé la ciudad enclavada delante el semicírculo de las montanas, me vi en la imposibilidad de apearne del tren.



FERROVIE DELLO STATO				CI 204
TRENO N.	DATA		CARTELLA N. POSIZ. N.	
922	01 Agosto '82		-	
CLASSE	ADULTI	RAGAZZI	12100 UOMI	12100 DONNE
1	1	1	1	1
Da <u>Verona</u>				
a <u>Desenzano d.G.</u>				
Via _____ Km. <u>32</u>				
Note _____				
Deposito Personale Viaggiante				
VERONA P. N. N° 05623 H ¹				
Docum. di rich.	Moneta biglietti L. <u>200</u>			
N. _____	Passaggio di classe »			
In appoggio al _____	Completamento di tariffa »			
In resto del _____	S. R. - Differenza supplementi _____			
Scaduto il _____	Privat. perc. - Suppl. in speciale _____			
biglietto _____	Modifica - Agg. e completamento _____			
N. <u>10539</u>	Riduzione per trasposizione _____			
emesso da _____	A.R. - addiz. - reg. pub. ser. _____			
In data _____	Supplementi a possib. _____			
per L. _____	Ridotte per servizi supplementari _____			
TOTALE LIRE				<u>310</u>

Incapaz de moverme, permanecí, ante mi propio asombro, que no era poco, en mi asiento, y cuando el tren hubo abandonado Verona y el revisor vino de nuevo por el pasillo le pedí que me expidiera un billete adicional para Desenzano, donde, como bien

sabía, el doctor Kafka, el domingo 21 de septiembre de 1913, si bien henchido de la sola felicidad de que en aquel preciso momento nadie podía imaginarse dónde estaba, por lo demás profundamente afligido, estuvo solo, tumbado en la orilla del lago, en la hierba, mirando las ondulaciones del cañaveral. Cuando, al alejarse, el tren, después de lo que me pareció una eternidad, quedó contraído hasta alcanzar el tamaño del punto de fuga occidental, la estación de Desenzano, que aún en 1913 distaba mucho de estar finalizada y en la que, desde entonces, por lo menos en lo que concierne a su imagen externa, no se habían hecho grandes cambios, se hallaba abandonada a la claridad del mediodía. Sobre las vías que, tanto como alcanzaba la vista, discurrían en línea recta al encuentro del horizonte, vibraba el aire. Los campos abiertos se extendían hacia el sur. El mismo edificio de la estación, pese a su abandono, causaba la impresión de estar adecuado a sus fines. Por encima de las puertas que daban al andén estaban escritas las designaciones de cargo del personal de la estación en hermosos caracteres grabados en el cristal de las claraboyas. *Capo stazione titolare. Capo di stazione superiore. Capi stazione aggiunti. Manovratori manuali.* Estuve esperando a que por lo menos un representante de esta jerarquía ya acabada saliera por una de las puertas y me saludara: el jefe de la estación con un monóculo fulgurante, o un mozo de equipaje con mostacho y mandil hasta los pies, pero no se movió nada. También el interior del edificio estaba vacío. Anduve un buen rato por su interior, subiendo y bajando escaleras, hasta que encontré el urinario público, en el cual, como en el resto del edificio, desde comienzos de siglo no se había acometido transformación alguna. Las cabinas de madera, de color verde militar, los pesados lavabos de loza y los azulejos blancos habían envejecido, se habían desprendido y estaban surcados de fisuras grisáceas, pero por lo demás habían permanecido inalterados a excepción de los numerosos grafitos, en su totalidad procedentes de los últimos veinte años. Al lavarme las manos me miré en el espejo y me

pregunté si el doctor Kafka, que viniendo de Verona tenía que haberse bajado también en esta estación, no se habría contemplado el rostro en la luna de este mismo espejo. Lo cierto es que no hubiera sido nada extraño. Y me parecía que uno de los grafitos que había junto al espejo aparentaba precisamente indicar esto mismo. En una letra torpe ponía *// cacciatore*. Después de haberme secado las manos, quise añadir aún las palabras *nella selva nera*.

Estuve una media hora sentado en un banco de la plaza de la estación tomándome un café solo y un vaso de agua. Era muy agradable estar sentado tranquilamente en la sombra, al mediodía. Menos unos cuantos taxistas que escuchaban la radio y dormitaban en sus taxis no se veía a nadie. De pronto pasó un *carabiniere*, aparcó en la prohibición de estacionamiento justo delante de la entrada, y desapareció en el interior de la estación. Cuando poco después apareció de nuevo, todos los taxistas, como a una señal, se bajaron de sus coches y rodearon al policía enjuto y de bastante poca talla al que quizá conocieran de la escuela, recriminándole la forma ilegal en la que había aparcado su coche. Apenas acababa de decir algo uno de ellos cuando ya estaba terciando el siguiente. El *carabiniere* no podía tomar la palabra, y si lo conseguía le cortaban de inmediato. Desvalido, incluso con un cierto temor en los ojos, miraba fijamente a los índices acusadores que señalaban su pecho. Pero como la totalidad del episodio había sido ideada por parte de los taxistas únicamente como una especie de comedia para combatir el aburrimiento, el afectado no podía replicar nada serio contra este interrogatorio que, evidentemente, no convenía a su persona en lo más mínimo, tampoco cuando empezaron a poner reparos a su porte, a andarle arreglando el uniforme, limpiándole cuidadosamente el polvo del cuello, y poniéndole bien la corbata, la gorra e incluso la pretina del pantalón. Por último, uno de los taxistas le abrió la portezuela del coche de policía, y al vigilante de la ley, gravemente mermado en su dignidad, no le quedó más remedio que sentarse en el interior del vehículo y girar alrededor de

la rotonda para bajar después por la Via Cavour con los neumáticos rechinando. Los taxistas le seguían haciendo señales de despedida aún cuando ya se habían quedado atrás, e incluso permanecieron juntos cuando ya hacía tiempo que había desaparecido del alcance de su vista, ahora para recordarse, haciendo aspavientos, esta o aquella parte de la comedia, sin poder apenas contenerse de pura risa.

Conforme al horario previsto, a la una y cuarto llegó el autobús azul con el que quería ir a Riva. Me monté inmediatamente y me senté en una de las plazas traseras. También se sumaron unos cuantos pasajeros más. Unos eran de la región, otros, como yo, turistas. Poco antes de salir, a la una y veinticinco, se subió un joven de unos quince años, que se parecía a las fotos que muestran a Kafka de escolar ya adolescente de un modo tan inquietante como uno apenas se pueda imaginar. Y por si esto no hubiera sido suficiente, tenía además un hermano gemelo que, como pude constatar para mi espanto, no se diferenciaba de éste en lo más mínimo. Los dos tenían el comienzo del cabello muy adentrado en la frente, los mismos ojos oscuros y cejas pobladas, las mismas orejas grandes, desiguales y los lóbulos pegados a la cara. Iban en compañía de sus padres y se sentaron en una plaza que estaba aún más atrás que la mía. El autobús arrancó y bajó por la Via Cavour. Las ramas de los árboles de la avenida rozaban el techo. Mi corazón palpitaba y una sensación de mareo se apoderó de mí como antes, cuando era niño, cuando me ponía mal cada vez que viajaba en coche. Apoyé la cabeza a un lado, en el marco de la ventanilla, junto a la corriente de aire, y durante un buen rato no me atreví a mirar tras de mí. Hasta que no hubo pasado mucho tiempo desde que dejáramos Saló atrás y nos íbamos acercando a Gargnano, no fui capaz de recobrarme del sobresalto que paralizaba mis miembros ni de mirar por encima del hombro. Los dos muchachos no habían desaparecido, como había temido por un lado y esperado por el otro, sino que se mantenían semiocultos detrás de un periódico

abierto, el *Siciliano*. Cuando, algo más tarde, haciendo acopio de todo mi valor, traté de entablar conversación con ellos, no reaccionaron más que mirándose el uno al otro con una sonrisa estúpida. Y tampoco cuando me dirigí al matrimonio, extremadamente reservado, grabado en mi memoria como los «señores padres», quienes habían seguido mis singulares esfuerzos por acercarme a sus hijos con una creciente preocupación, conseguí aclararles ni siquiera de una forma aproximada de qué clase era mi interés por ambos muchachos que no cesaban de reírse disimuladamente. La historia que les conté de un *scrittore ebreo* de la ciudad de Praga, que en septiembre de 1913 había estado en un sanatorio de Riva y que en su juventud era exactamente igual — *esatto, esatto* me oigo repetir con desesperación una y otra vez— a sus dos chicos que de cuando en cuando miraban con malicia desde detrás del *Siciliano*, esta historia, pues, les parecía, según podía inferir de sus gestos, algo así como lo más incomprensible y extravagante cuanto les había acontecido jamás. Cuando, por último, para disipar toda sospecha que pudieran abrigar en lo concerniente a mi persona, acabé por decirles que me bastaría si tan pronto estuvieran en casa, en Sicilia, de vuelta de sus vacaciones, me enviaran a Inglaterra, sin especificar ni su nombre ni su dirección, una foto de sus hijos, me di perfecta cuenta de que para ellos era obvio que no se podía tratar más que de un pederasta inglés de viaje por Italia, digamos que por placer. Me dieron a entender con absoluta claridad que bajo ningún concepto accederían a mi insolente pretensión y que debía volver a hacer uso de mi asiento sin mayor demora. Me percaté de que en caso contrario hubieran sido capaces de detener el autobús en la siguiente localidad y entregar a sus autoridades el importuno viajero. A partir de entonces permanecí en mi sitio, inmóvil, agradecido por cada uno de los túneles que teníamos que atravesar en la empinada orilla occidental del lago de Garda, colmado de las sensaciones del bochorno más absoluto así como de una rabia impotente por no

tener ningún tipo de justificante que pudiera enseñar de este encuentro en extremo improbable. Oír continuamente las risas tontas de los dos muchachos a mis espaldas me irritaba cada vez más, de modo que, cuando nos detuvimos en Limone sul Garda, bajé mi bolsa de la rejilla de equipajes y me apeé del autobús.

Serían las cuatro de la tarde cuando, abatido y cansado por el largo trecho que, pasando por Venecia y por Padua, había recorrido de Viena a Limone sin cerrar los ojos, entré en el hotel Sole, el cual, construido a la orilla del lago, estaba vacío y abandonado a aquella hora del día. En la terraza, sentado bajo una sombrilla, había un huésped solitario, y dentro, en la oscuridad, detrás de la barra, la dueña, Luciana Michelotti, también sola, escarbando en la taza del café que se acababa de tomar con una pequeña cucharilla de plata, abismada en sus pensamientos. La mujer que siempre he recordado con aire resolute y alegre y que aquel día, como más tarde supe, cumplía cuarenta y cuatro años, causaba una impresión de melancolía, por no decir desconsuelo. Acometió las tareas de registro con una lentitud que resultaba chocante; hojeó mi pasaporte, tal vez asombrada por nuestra coetaneidad, comparó varias veces mi cara con la que aparecía en la fotografía, para lo que me dirigió una larga mirada a los ojos, y por último, circunspecta, guardó el documento en un cajón y me entregó la llave del dormitorio. Me dispuse a quedarme allí varios días, escribir un poco y descansar. Una vez que, con ayuda de Mauro, el hijo de Luciana, me hube provisto de una barca apropiada, salí a remar un buen trecho hacia el interior del lago durante las primeras horas de la tarde. En la parte occidental ya todo estaba hundido en las sombras que, como estandartes oscuros, tremolaban sobre la pared escarpada de piedra del Dosso dei Róveri, y también en la orilla oriental, al otro lado, se izaba el resplandor de la tarde, cada vez más alto, hasta que pronto sólo se podía ver una débil luminosidad que, en tonos rosáceos, llameaba sobre la cumbre del Monte Altissimo. Todo el lago, fulgurando en coloraciones oscuras, yacía

calmo a mi alrededor. El ruido nocturno de los altavoces en las terrazas de los hoteles, en bares y discotecas de Limone, que entretanto se había hecho más intenso, no llegaba hasta mis oídos más que como un sonido sordo, palpitante, y me parecía ser una molestia de menor importancia comparado con la violencia de la pared de sombras, monstruosa y callada, que tras el tembloroso montoncito de luces del pueblo se alzaba tan escarpada y tan alta, que pensé que se inclinaba hacia mí y que de un momento a otro podía precipitarse en el interior del lago. Encendí la lámpara del bote y remé tanto en dirección a la orilla como hacia la brisa que por la noche sopla desde el norte acariciando la superficie del lago. Una vez llegado a las sombras más profundas de las paredes de piedra, recogí los remos. Lentamente retrocedí ahora en dirección al puerto. Apagué la lámpara de proa, me tumbé en el fondo de la barca y miré hacia el cielo, donde las estrellas aparecían sobre las rocas en una demasía tal como si no pudieran encontrar sitio y se rozasen entre sí. De tanto remar sentía la sangre en las manos. El bote se deslizó junto a los jardines abandonados en forma de terrazas que habían dejado sin cerrar, en los que una vez se cultivaron limoneros. Los postes cuadrados de piedra aún se elevaban en la oscuridad avanzando, en escalones, hacia la pendiente. En aquella época, cuando era invierno, se ponían fuertes varas de hierro o de madera sobre los postes, y entre las varas se tensaban lonas que protegieran del frío a aquellos bosquecillos cubiertos de verde.

Cuando regresé al puerto y volví al hotel, en Limone era alrededor de la medianoche y todos los veraneantes estaban por las calles, en parejas o en familia. Una única masa de seres humanos de muchos colores se empujaba como una especie de tren o de procesión por las estrechas callejuelas del pueblo constreñido entre el lago y la pared de piedra. No eran sino rostros de lémures que, quemados y pintados, se tambaleaban sobre los cuerpos enlazados entre sí. Todos ellos parecían desdichados, obligados a vagar por aquellas calles, noche tras noche. En el hotel me tumbé encima de

la cama y crucé los brazos debajo de la cabeza. Quedarme dormido era algo imposible. Desde la terraza subía el ruido de la música y la algarabía de los huéspedes, en su mayor parte ya achispados, de los que, como constaté a mi pesar, se trataba casi sin excepción de antiguos compatriotas. Escuché a suabios, francos y bávaros hablando de las cosas más indecibles, y si ya me resultaban desagradables estos dialectos arrellanándose en el idioma alemán de la forma más desvergonzada, el tener que escuchar las opiniones formuladas a voz en grito y los chistes de un grupo de hombres jóvenes de mi patria chica me resultaba un verdadero suplicio. Y de hecho, durante estas horas de insomnio, no había nada que deseara más fervientemente que pertenecer a otra nación, o mejor aún, no pertenecer a ninguna. A eso de las dos de la madrugada se apagó la música, sin embargo los últimos retazos de conversaciones y gritos no se disiparon hasta que sobre las elevaciones de la otra ribera no se mostró la primera franja gris del día. Tomé un par de pastillas y me quedé dormido cuando los dolores de detrás de mi frente comenzaban a retirarse como se retira la humedad oscura de la arena paulatinamente más clara después de la marea.

El 2 de agosto fue un día pacífico. Estuve sentado en una mesa próxima a la puerta abierta de la terraza, con papeles y apuntes extendidos a mi alrededor, haciendo líneas de conexión entre sucesos que distaban mucho entre sí y que a mí me parecían formar parte del mismo orden. Escribía con una facilidad que a mí mismo me sorprendía. Una línea tras otra iba llenando las hojas del cuaderno rayado de escritura que me había traído de casa. Luciana, que atendía a los clientes detrás de la barra, no dejaba de mirarme con el rabillo del ojo como si quisiera cerciorarse de que no se me había cortado la inspiración. Tal y como se lo había pedido, me traía, a intervalos regulares, un café solo y un vaso de agua. Y también, de cuando en cuando, una tostada envuelta en una servilleta de papel. La mayoría de las veces se quedaba un rato de pie, a mi

lado, y entablaba una pequeña conversación, en cuyo transcurso hacía que sus ojos se deslizaran constantemente sobre las hojas escritas. Una vez me preguntó si era periodista o escritor. Cuando le dije que ni lo uno ni lo otro era completamente cierto, quiso saber qué es lo que estaba apuntando en esos momentos, a lo que le repliqué, conforme a la realidad, que tampoco yo lo tenía muy claro, pero que cada vez más tenía la sensación de que se trataba de una novela policiaca. La historia transcurriría en la Alta Italia, en Venecia, Verona y Riva, y en ella se trataba de una serie crímenes sin resolver y de la reaparición de una persona a la que se había dado por desaparecida hacía mucho tiempo. Luciana me preguntó si Limone también aparecería en la historia, y le dije que no sólo Limone, sino también el hotel e incluso ella misma. Acto seguido regresó detrás de la barra a toda velocidad, donde siguió despachando su trabajo con la precisión abstraída que le era propia. Tan pronto hacía un capuccino o un chocolate como servía una cerveza, un vaso de vino o una granadina a uno de los pocos huéspedes que se sentaban en la terraza durante el día. Entre medias hacía anotaciones en un gran libro de cuentas, manteniendo la cabeza inclinada a un lado de forma que uno podía imaginarla sentada en un pupitre del colegio. No podía evitar mirar hacia ella con una frecuencia que iba en aumento, y cada vez que nuestras miradas se encontraban, ella reía como por un despiste tonto. Detrás de la barra, entre las filas resplandecientes, de muchos colores, de bebidas alcohólicas, había un gran espejo de pared empotrado, y así es como podía observar tanto a Luciana como a su imagen, lo que me colmaba de una satisfacción especial.

Al mediodía los huéspedes desaparecieron de la terraza y también Luciana abandonó su puesto. Ahora escribir se me hacía cada vez más difícil y pronto me pareció que todo cuanto había apuntado no era sino un garabateo completamente absurdo, vacío y falaz. Por eso me sentí aliviado cuando Mauro apareció y me trajo los periódicos que le había pedido comprar. Se trataba, sobre todo,

de periódicos ingleses y franceses, pero entre los que le había encargado también había dos italianos, el Gazzettino y el Alto Adigio. Cuando terminé de echar un vistazo a todos los periódicos y estudiar por último el Alto Adigio, ya comenzaba a declinar la tarde. Una brisa movía las sombrillas de la terraza, lentamente empezaban a regresar los huéspedes y también Luciana volvía a trajinar detrás del mostrador. Estuve un buen rato intentando descifrar una noticia, cuyo titular, Fedeli a Riva, parecía indicarme un misterio, no obstante no trataba más que de un matrimonio llamado Hilse, de Lünen, cerca de Dortmund, el cual pasaba todos los años sus vacaciones en el lago de Garda desde 1957. En la sección cultural del periódico, sin embargo, sí había una noticia para mí. Era un breve avance de una obra de teatro que, según el texto, se iba a representar en Bolzano al día siguiente. Acababa de terminar de leer el pequeño artículo y de subrayar alguna que otra cosa cuando Luciana me trajo un Fernet. De nuevo volvió a quedarse unos minutos a mi lado, mirando el periódico que estaba extendido delante de mí. *Una fantesca*, le oí decir en voz baja, y me sentí como si advirtiera su mano en mi hombro. En aquel momento pensé que a lo largo de mi vida han sido raras las ocasiones en las que me ha tocado una mujer que me fuera extraña de por sí, y este hecho imprevisto de ser tocado siempre ha tenido algo de ingravidez, algo de espectral que recorre mi cuerpo de la cabeza hasta los pies. Recuerdo, a modo de ejemplo, que en cierta ocasión, hace años, estuve en la sala de consulta oscurecida de una óptica de Manchester, dirigiendo mi mirada a través de las lentes de esas extrañas gafas de prueba al tablero de letras unas veces más nítido, otras absolutamente borroso, que había en una caja luminosa frente a mí. A mi lado se encontraba una oftalmóloga china que, como indicaba una pequeña placa prendida en su bata de trabajo, atendía al extraño nombre de Susi Ahoi. Era extremadamente parca en palabras, pero percibía el frío esmero que exhalaba cada vez que se inclinaba hacia mí para cambiarme las lentes. Varias veces

enderezó el pesado armazón de las gafas y una de ellas con las yemas de sus dedos llegó incluso a tocar mis sienes, que palpitaban con vehemencia como tan a menudo sucede por el dolor, mucho más tiempo del que hubiera sido necesario, aunque esto, probablemente, no haya sido más que para centrarme algo mejor la cabeza. La mano de Luciana, que con toda certeza vino a descansar en mi hombro más por descuido que intencionadamente, ejerció sobre mí un efecto parecido cuando se inclinó hacia adelante para retirar la taza del café solo y el cenicero de la mesa, y, como entonces en Manchester, también aquella tarde en Limone lo vi todo borroso de repente, como a través de unos cristales que no se adaptan a mis ojos.



A la mañana del día siguiente —al final había decidido que sí iba a ir a Verona— resultó que mi pasaporte, que Luciana a mi llegada había metido en un cajón de debajo de la mesa de recepcionista, se había perdido. La muchacha que me había hecho la cuenta y que, como subrayaba sin cesar, únicamente ayudaba en el hotel por las mañanas, anduvo revolviendo en vano todos los compartimentos y cajones. Por último se fue a despertar a Mauro, quien después de haber estado cuarto de hora poniéndolo todo patas arriba de varias maneras y hojeando una vez tras otra los diferentes pasaportes custodiados en recepción sin poder encontrar el mío, fue a buscar a su madre. Luciana, cuando apareció detrás del mostrador, me dirigió una larga mirada que parecía darme a entender que aquello era una

bonita forma de despedirme. Mientras acometía la búsqueda del pasaporte perdido, dijo que los pasaportes de todos los huéspedes se habían guardado siempre en el mismo cajón, y que desde que existía el hotel no se había traspapelado ni uno. De modo que el pasaporte, decía, tenía que estar aquí, en el cajón, y no había más que fijarse bien en las cosas, pero él, decía a Mauro, nunca había sabido fijarse en nada, probablemente porque ella, Luciana, siempre se había estado fijando por él. Desde que era pequeño, cuando no podía encontrar algo al instante, afirmaba sencillamente que no estaba —un libro del colegio, las cosas de escribir, la raqueta de tenis, las llaves de la moto— y cuando ella, Luciana, venía y miraba otra vez, claro que estaba en su sitio. Mauro replicó que podía decir lo que quisiera, pero el pasaporte se había esfumado; *spa-ri-to* dijo recalcando las sílabas una por una, como para una persona dura de oído. *Il passaporto scomparso*, se burló Luciana. Una palabra producía la siguiente y ya la discusión en torno a mi pasaporte se había convertido en un drama familiar en toda regla. También el *padrone*, al que no había visto nunca hasta aquel momento y que era media cabeza más bajo que Luciana, se había sumado al encuentro. Mauro explicó toda la historia, ya por tercera vez, desde el principio. La asistenta también se encontraba allí sin pronunciar palabra, alisándose continuamente el delantal, abochornada, como si fuera ella la causa de toda esta confusión. Luciana se había apartado y decía una y otra vez, sacudiendo la cabeza y pasando la mano por su pelo rizado *strano, strano*, como si la desaparición del pasaporte, que entretanto ya no podía seguir poniéndose en duda, fuese el suceso más extraño de toda su vida. El *padrone*, que de inmediato había emprendido una investigación sistemática poniendo juntos todos los pasaportes austríacos, todos los holandeses y todos los alemanes, había separado los austríacos y holandeses con un gesto inapelable, y examinado minuciosamente los alemanes, había llegado a la conclusión, sobre la base de este procedimiento, de que mi pasaporte, efectivamente, no figuraba entre ellos, pero que en su

lugar estaba el de un tal señor Dolí quien, si no recordaba mal, se había marchado ayer, de lo que podía deducir que a este tal Sr. Doll se le había entregado por equivocación mi pasaporte — *inavvertitamente*, todavía le oigo proclamar, golpeándose con la palma de la mano en la frente como por desesperación ante tamaño descuido—, y que este señor Dolí se había guardado mi pasaporte sin más, sin cerciorarse de si era el suyo o el de otra persona. Los alemanes, dijo el *padrone* rematando así su recapitulación de los inauditos sucesos acaecidos, siempre tienen demasiada prisa. Era incuestionable, dijo, que en ese mismo momento el señor Dolí estaría con mi pasaporte en el bolsillo en cualquier parte de la autopista y por eso se tendría que pensar cómo, a falta de mi pasaporte, se me proveería de un documento que provisionalmente garantizara mi identidad y me permitiese continuar mi viaje y abandonar el país. Mauro, quien al parecer era el único responsable de la confusión de pasaportes, me pidió disculpas con una gran sinceridad en tanto que Luciana, que ahora intervenía en su favor, decía que aún no era más que un niño. Un niño, gritó el *padrone* tornando los ojos al cielo, como si necesitase auxilio llegada la hora de poner a prueba su paciencia, un niño, volvió a gritar pero esta vez dirigiéndose a Mauro, qué va a ser un niño, lo que le pasa es que es un atolondrado de quien, en su insensatez, es propio poner el buen nombre del hotel en juego así, por las buenas. Con qué impresión se marcharía ahora el *signore* de Limone y de Italia, dijo el *padrone* a Mauro, señalándome, y añadió, dejando esta cuestión sin resolver poco más o menos como una prueba irrefutable, que tenían que ir conmigo a la comisaría de policía inmediatamente, donde el comandante, Dalmazio Orgiu, me expediría un documento válido por lo menos para salir de Italia. Yo pretexté que podría conseguir un nuevo pasaporte en el consulado alemán de Milán y que no hacía falta que se preocuparan más por mí, pero el *padrone* ya le había puesto las llaves del coche a su mujer en la mano, había levantado del suelo mi bolsa de viaje y me había cogido del brazo.

Antes de que me diera cuenta, ya estaba sentado junto a Luciana en el Alfa azul, subiendo las empinadas callejuelas hasta llegar a la calle principal, donde estaba la comisaría de policía, algo apartada detrás de una alta verja recibida en un cimiento de hormigón. El *brigadiere*, que llevaba un rólex enorme en la muñeca izquierda y en la derecha una pesada pulsera de oro, escuchó nuestra historia, se sentó frente a una máquina de escribir pasada de moda e hiperdimensional, y con un carro de casi un metro de ancho sujetó un pliego de papel en el que sin el más mínimo titubeo confeccionó, medio canturreando el texto entre dientes, el documento expuesto a continuación que, cuando hubo escrito la última línea y volvió a revisar todo de nuevo para asegurarse de que estaba en su debido orden, arrancó del rodillo con un ímpetu ostentoso poniéndolo primero delante de mí, que había seguido sin pronunciar palabra aquel acto del funcionamiento de la administración, y después de Luciana, para que lo firmase antes de que él mismo añadiera su rúbrica y para completar la obra lo proveyera de un sello cuadrado y otro redondo. Cuando pregunté al *brigadiere* si estaba seguro de que podría salir del país con aquel escrito, solamente dijo, algo irritado por la incertidumbre que resonaba en mi pregunta: *Non siamo in Russia, signore*.

confeccionada a base de muchos remiendos de colores. La muchacha se había subido en Brescia, la hermana franciscana ya estaba en el tren en la parada de Desenzano. La hermana leía su breviario; la muchacha, no menos enfrascada en su lectura, una fotonovela. Las dos eran de una belleza perfecta, pensé, ausente y presente a un tiempo, y yo admiraba la profunda seriedad con la que ambas pasaban las páginas. De pronto la hermana pasaba la página, luego la chica joven de la chaqueta de colores, a continuación la chica joven de nuevo y justo después la franciscana. Así siguieron todo el rato sin conseguir siquiera una vez cambiar una mirada con la una o con la otra. De modo que yo mismo intenté ejercitarme en un comedimiento similar y saqué el «Italiano elocuente», un glosario práctico que se publicó en el año 1878, en Berna, para todos aquellos que quisieran hacer avances rápidos y seguros en el italiano coloquial. En este librito, que había pertenecido a un tío-abuelo por parte de madre que en los años noventa del pasado siglo había trabajado un tiempo como tenedor de libros en Alta Italia, todo está tan perfectamente organizado, como si el mundo efectivamente no estuviese compuesto más que de palabras, como si por ello también lo terrible se hubiera puesto a salvo, como si cada parte tuviese un contrario, de algo malo algo bueno, de cada disgusto una alegría, de cada desgracia un golpe de suerte y de cada mentira un fragmento de verdad.

Fuera emergía el recinto de Milán. Algunas urbanizaciones satélite con torres de viviendas de veinte pisos. Después, los suburbios, patios de fábricas y fortalezas de alquiler algo más antiguas. El tren cambió de vía. Los rayos horizontales del sol poniente atravesaban el capó. La chica de la chaqueta de colores puso una señal de lectura en su novela, y también la franciscana puso una cinta verde en su breviario. Ahora las dos estaban recostadas en medio del resplandor luminiscente de la tarde, a la una me la imaginaba recortada debajo de su toca, a la otra rodeada de un cabello maravillosamente rizado. Ya nos estábamos

adentrando en la oscuridad de la estación y todos fuimos transformados en sombras. El tren iba parando con lentitud, cada vez más despacio; el chirrido de los frenos aumentó hasta lo insoportable, y, cuando hubo alcanzado su apogeo, se interrumpió mudándose de inmediato en una quietud absoluta en la que, al cabo de un par de segundos, revertía el estruendo que oscilaba bajo la bóveda de hierro. Perdido, sin esperanza de salvación, ésa es la impresión que me parecía causar en el andén. La chica de la chaqueta de muchos colores y la franciscana habían desaparecido ya hacía mucho tiempo. Recuerdo que me pregunté entonces y ahora me vuelvo a preguntar el tipo de vínculo que habría entre ambas bellas lectoras y la enorme construcción de este edificio de estación de ferrocarril del año 1932, el cual excedía a todo lo que había en Europa hasta la fecha, la relación existente entre los que se podrían denominar testigos pétreos del pasado y aquello que se propaga por nuestros cuerpos, como una nostalgia imprecisa de poblar las comarcas polvorientas y los campos anegados del futuro. Siendo el último de los pasajeros, caminé a lo largo del andén con la bolsa sobre los hombros y me compré un plano de la ciudad. ¿Cuántos planos me habré comprado ya? Siempre he intentado hacerme una idea fiable al menos del espacio. En todo caso, con el plano de Milán me parecía haber hecho la selección correcta, pues mientras delante del fotomatón que me había retratado emitiendo un ligero ronroneo esperaba a que éste soltara las fotos, advertí en el anverso de la cartulina, en la que se encontraba este plano de Milán, la imagen de un laberinto, pero en el reverso, para todo aquel que sabe que frecuenta caminos falsos, un seguro muy prometedor, verdaderamente alentador:

Tracce del

Giuseppe Burgir.

— 33 —

tutti i santi	Mittheilung	l'onore (meno	die Ehre
il Camerale	Reichthum	l'onda, la vor-	die Schenke,
la quarantina	die Hefen	gogna	Eden
		la verità	die Wahrheit
		la bugia, la	die Lüge
		menzogna	
Gesù-Cristo	Jesus Christus	la bontà	die Güte
lo spirito santo	der heilige Geist	la malizia, la	die Bosheit
il creatore	der Schöpfer	maliguità	
l'angelo	der Engel	l'amore	die Liebe
il diavolo	der Teufel	l'odio	der Haß
il paradiso	das Paradies	la gioia	die Freude
il purgatorio	das Purgatorium	il piacere	das Vergnügen
l'inferno	die Hölle	il fastidio	der Verdruss
la virtù	die Tugend	il dolore	der Schmerz
il male	das Böse	la fortuna	das Glück
il bene	das Gute	la disgrazia	das Unglück
il peccato	die Sünde	la speranza	die Hoffnung
il fallo, l'er-	der Fehler	la sanità, la	die Gesundheit
rore		salute	
l'orgoglio	der Stolz	la malattia	die Krankheit
l'avarizia	der Geiz		
l'invidia	der Neid		
la collera	der Zorn		
la pigrizia, l'in-	die Faulheit		
giardag-		La conascul-	die Mutter-
gine		nità	menscheit
l'ozio	der Müßiggang	la parentela	die Verwandt-
il coraggio	der Mut		schaft
la patria	die Vaterland	i genitori	die Eltern
il terrore, lo	der Schrecken	il padre	der Vater
spavento		la madre	die Mutter
la forza	die Kraft	il nonno, l'avo	der Großvater
la debolezza	die Schwäche	la nonna, l'ava	die Großmutter

MM3 1987
☆ RISTORANTI
☆ ALBERGHI



UNA GUIDA SICURA PER
L'ORGANIZZAZIONE DEL VOSTRO LAVORO.

PIANTA GENERALE
MILANO

Salí del vestíbulo de la estación hacia el aire plomizo de la tarde. Los taxis de color amarillo regresaban a su parada, etéreos, procedentes de todas las direcciones, y se volvían a disipar con viajeros cansados que regresan a casa en su interior. Caminaba por entre las columnatas hacia la parte Este, la parte equivocada de la estación. Debajo de los arcos, a través de los que se accede a la Piazza Savoia, colgaba un anuncio de Hertz con el rótulo LA PROSSIMA COINCIDENZA. Aún seguía mirando este mensaje del que pensé que probablemente también se refería a mí, cuando dos hombres jóvenes, que hablaban con viveza entre sí, se dirigieron hacia mí en línea recta. No cabía la posibilidad de esquivarlos. Ya

tenía su aliento en mi cara, vi, muy de cerca, la cicatriz nudosa en la mejilla de uno y el jaspeado en el ojo del otro, sentí sus manos debajo de mi chaqueta, palpar, sacudir y arrancar. Conseguí por fin liberarme de ellos y colocarme de espaldas a uno de los pilares del arco de la puerta cuando, girándome sobre los talones, blandí la bolsa que llevaba al hombro y les golpeé con ella. LA PROSSIMA COINCIDENZA. Ninguno de los transeúntes se había percatado del incidente. Pero yo vi a ambos agresores, agitando brazos y piernas de una forma muy extraña, como si se hubieran escapado de una de las primeras películas, desaparecer en la penumbra de entre las columnatas. Sentado en el taxi, me aferré a mi bolsa con ambas manos. A la observación que hice con la mayor indolencia que me era posible sobre lo peligrosas que eran las calles de Milán, el conductor respondió con un gesto de desamparo. Llevaba una reja en la ventana lateral y un abigarrado medallón de Nuestra Señora en el salpicadero. Atravesamos la Via N. Torriani pasando por la Piazza Cincinnato, giramos a la izquierda en dirección a la Via San Gregorio y otra vez más a la izquierda por la Via Ludovico S., en la que nos detuvimos frente al hotel Boston, un edificio de aspecto no muy bueno y contrahecho. El conductor cogió su dinero en silencio. Por ninguna parte de la Via Ludovico S. se veía un alma. El taxi se perdió en la oscuridad. Subí el par de escalones que conducían al extraño hospicio y estuve esperando dentro, en el vestíbulo apenas iluminado, hasta que la *signora*, un ser casi completamente reseco de sesenta o setenta años, salió del cuarto de la televisión. Mantuvo su mirada de pájaro fija en mí, con escepticismo, mientras en mi italiano chapurreado le explicaba que no podía probar mi identidad porque había sufrido la pérdida de mi pasaporte y que estaba en Milán para que el consulado me expidiera uno nuevo. Nada más hube terminado mi historia llamó a su marido que atendía por el nombre de Orlando y que de igual forma salía balanceándose del cuarto de la televisión, donde, como la *signora*, había estado sumido en una honda penumbra. Me pareció que transcurría un tiempo

increíblemente largo hasta que cruzó la pequeña antesala y se alineó en formación junto a su mujer detrás del alto mostrador de recepcionista que a ambos les llegaba casi a los hombros. Volví a comenzar mi historia desde el principio, e incluso a mí me parecía ahora increíble. Con una actitud a caballo entre la compasión y el desprecio, acabaron por entregarme una vieja llave de hierro con el número 513. La habitación estaba en el piso más alto. El ascensor, una cápsula estrecha, cerrada por una verja de metal chacoloteante, sólo llegaba hasta el cuarto, desde donde tuve que subir un poco más por dos escaleras traseras. Un pasillo demasiado largo para un edificio tan estrecho conducía, ligeramente escarpado, al lado de puertas de habitaciones que se sucedían en espacios de apenas más de dos metros. Pobres viajeros, se me pasó por la cabeza sin exceptuarme. Siempre en la dirección contraria. La llave giró en la cerradura. Un calor pesado, acumulado desde hacía días cuando no desde hacía semanas, me recibió con una sacudida. Subí las persianas. Tejados tanto como alcanzaba la vista en la noche incipiente, y un bosque de antenas a las que en ese momento mecía un soplo de aire. En la parte inferior se abría el abismo de los patios traseros. Me volví a la habitación y me tumbé, tal como estaba, sobre la cama cubierta con una colcha de flecos adamascada y pintada de flores, crucé los brazos debajo de la cabeza, a los que pronto se extendió la inmovilidad, y permanecí absorto, contemplando el techo que se me antojaba alejado unas cuantas millas. Voces aisladas penetraban en mi habitación a través de la ventana abierta, subiendo por el pozo. Un grito como en alta mar, una risa en un teatro vacío. Cada vez oscurecía más y se hacía más tarde. Todo enmudecía y se apagaba paulatinamente. Horas, horas interminables se sucedieron sin poder descansar. A la mitad de la noche o ya hacia el amanecer me levanté, me desvestí y me metí en el plato de la ducha, que, escondido detrás de una cortina de plástico manchada por la humedad, se ensartaba, perpendicular, en el dormitorio. Durante un buen rato dejé que el agua bajara por mi

cuerpo. Y mojado, como estaba, me volví a recostar en la colcha de flecos esperando a que el crepúsculo rozara las puntas de las antenas. Por fin creí poder percibir el primer resplandor del día, escuché el canto de un mirlo y cerré los ojos. Bajo mis párpados cerrados comenzó a clarear. *Ecco l'arcobaleno*. Mirad, el arco iris se arquea en el cielo. *Ecco l'arco celeste*. De los telares del escenario cae el telón del sueño. Soñé con un campo de maíz ancho y verde, sobre el que una monja de clausura, la hermana Mauritia, a la que conocía de la infancia, flotaba con los brazos extendidos como si fuera lo más natural del mundo.

Por la mañana, a las nueve ya estaba sentado en la sala de espera del consulado alemán en la Via Solferino. A esta temprana hora de la mañana se había congregado un buen número de viajeros desvalijados y demás peticionarios, entre los que también se encontraba una familia de artistas que aparentaban haber salido de un tiempo que se remonta por lo menos a medio siglo y haber venido a parar a ese cuarto. El cabecilla de la pequeña compañía — pues de una compañía se trataba, sin lugar a dudas— vestía un traje blanco de verano y unos zapatos extremadamente elegantes de lino rígido con un ribete de piel. En las manos giraba, una vuelta a la izquierda, otra a la derecha, un sombrero de paja de ala ancha realmente magnífico, con una forma perfecta. En sus pocos movimientos se advertía que la preparación de una tortilla sobre la cuerda floja, igual que Blondel había hecho en sus actuaciones de un modo sensacional, hubiera sido para él un juego de niños. Al lado del hijo del aire estaba sentada una mujer joven, que tenía el aspecto de proceder de un país del norte, con un traje hecho a medida —también ella como una aparición de los años treinta—. Allí estaba sentada, inmóvil, muy erguida y durante todo ese tiempo con los ojos cerrados. Ni siquiera noté en ella un parpadeo, una contracción de la comisura de sus labios, el giro más leve de su cabeza, ningún cambio, por pequeño que este fuese, en su peinado, ondulado con gran esmero. A estos dos sonámbulos que, como

supe después, se llamaban Giorgio y Rosa Santini, les pertenecían tres muchachas de casi la misma edad y muy parecidas entre sí, ataviadas con sus vestidos veraniegos, de batista muy fina, que tan pronto se estaban quietas, sentadas todas ellas juntas, como al poco ya volvían a deambular por la sala de espera entre las mesas y las sillas, como si las hubieran dispuesto para hacer de sus caminos un hermoso lazo. La una llevaba consigo un pequeño molinillo de colores, la otra un telescopio extensible que casi siempre se ponía en el ojo al revés y la tercera una sombrilla. A veces las tres se ponían junto a la ventana con sus diferentes distintivos y miraban hacia afuera, a la mañana milanese, donde la luz del día, centelleando, intentaba penetrar la pesada atmósfera gris. Apartada de los Santinis, pero ostensiblemente encariñada y emparentada con ellos, se sentaba la *nonna* en su vestido negro de seda. Estaba atareada con una labor de ganchillo de la que sólo de vez en cuando levantaba la mirada para —llena de preocupación, según creo haberme apercibido—, mirar a la silenciosa pareja o a las tres hermanas. El tiempo transcurría sin dificultad en compañía de esta gente, si bien pasaron horas hasta que, después de varias conversaciones telefónicas con oficinas de Alemania y de Londres, por fin fuera asegurada mi identidad, y un funcionario del consulado, muy pequeño, del que incluso se podría decir que era enano, se sentó en una especie de taburete de bar detrás de una máquina de escribir enorme y comenzó a transcribir en mi pasaporte los datos que había hecho de mi persona con letras punteadas.

Saliendo del edificio del consulado, con el documento de mi libertad de movimientos recién expedido en la cartera, decidí caminar un par de horas por las calles de Milán antes de seguir viajando, aunque por supuesto hubiera podido pensar que un proyecto de semejantes características en una ciudad tal, atestada del tráfico más espantoso, no suele conducir a nada más que a un vagar desaborido y una tortura interminable. Aquel 4 de agosto de 1987, bajé la Via Moscova pasando por S. Angelo, atravesé los

Giardini Pubblici recorriendo la Via Palestro hasta adentrarme en la Via Marina; por la Via Senato y la Via della Spiga a través de la Via Gesù, anduve un trecho a lo largo de la Via Monte Napoleone, de la Via Alessandro Manzoni, por la que finalmente llegué a la Piazza della Scala, desde donde me dirigí a la plaza de la Catedral. En el interior de la catedral, permanecí un tiempo sentado, me desaté los cordones de los zapatos y recuerdo con una claridad aún intacta que de golpe ya no sabía dónde estaba. Pese a un esfuerzo ímprobo por rendirme cuentas sobre el transcurso de los últimos días que me habían traído hasta aquí, de repente ya no era capaz de decir si seguía formando parte del mundo de los vivos o ya me hallaba detenido en algún otro lugar. Esta parálisis de mi memoria tampoco cambió cuando subí a la galería más alta de la catedral, desde donde, bajo una sensación periódica de vértigo, examiné el panorama oscurecido por el vapor que pesaba sobre la ciudad que se me había vuelto extraña por completo. Donde la palabra Milán hubiese tenido que aparecer no despertaba sino un reflejo doloroso de incapacidad. Como una alegoría amenazante de la oscuridad que se expandía en mi interior, una pared inmensa de nubes al oeste ya usurpaba la mitad del cielo, extendiendo sus sombras sobre lo que parecía un interminable mar de casas. Se levantó un fuerte viento y tuve que detenerme para poder mirar hacia abajo, donde la gente se movía sobre la piazza con una extraña inclinación, como si cada uno de ellos se precipitara en pos de su fin. Corred presurosos ante el viento, se me pasó por la cabeza, y al mismo tiempo me sobrevino el pensamiento salvador de que las ajetreadas figuras que allí abajo cruzaban el pavimento en todas las direcciones no podían ser sino auténticos milaneses y milanesas.



Al anochecer me volví a poner de camino a Verona. El tren atravesaba velozmente el oscuro país en un tiempo brevísimo. Sin titubear esta vez me apeé en mi meta y, después de tomarme otro Kretzer en la cafetería de la estación y haber leído con atención los periódicos veroneses, pedí un taxi que me llevara a la Paloma de Oro, donde, contra todo pronóstico, era posible tener una habitación que en todos los sentidos fuese de mi máximo agrado y donde, acostumbrado a estar mal atendido, un portero que me recordaba a Ferdinand Bruckner y la gerente del hotel, que al parecer se encontraba ex profeso en el vestíbulo, me trataron con la gentileza más exquisita, de una forma no muy distinta a si ante ellos tuvieran el huésped de honor que desde hace mucho tiempo les había sido prometido y que ahora por fin acaba de llegar. No necesité presentar mi pasaporte sino que, sin más, me dieron el registro en el que me inscribí como Jakob Philipp Fallmerayer, historiador de Landeck. El portero cogió mi bolsa del suelo y me precedió por el camino que subía a mi habitación donde, después de que le hubiera dado una propina que con mucho excedía lo que mi situación económica me permite, se despidió con una reverencia. La quietud de la noche, que disfruté debajo del tejado de la Paloma de Oro, la cual me

imaginaba cubierta de plumas como un ala coloreada en los más bellos tonos pardos y teja, rayaba, como el desayuno que le subsiguíó y que recuerdo como algo majestuoso, el milagro. Lleno de confianza, como si a partir de ahora no pudiera dar un mal paso, a eso de las diez ya estaba recorriendo las callejuelas de la ciudad e inmediatamente me encontré delante de la Biblioteca Cívica, donde quería trabajar durante el día. Pese a que una nota en el portal avisaba al público de que la biblioteca estaría cerrada durante los meses de vacaciones, la puerta de entrada estaba medio abierta. Dentro se hallaba todo sumido en una penumbra tan honda que al principio sólo podía avanzar a tientas. Después de haber estado probando inútilmente unos cuantos picaportes que me parecieron demasiado altos, en la sala de lectura, inundada por una suave luz matinal, conseguí dar por fin con un bibliotecario. Era un señor mayor con cabello y barba cuidadosamente recortados que ya había empezado a desempeñar sus tareas cotidianas en el escritorio. Llevaba mangotes de satén negro y unas gafas de media luna de borde dorado, y en aquel momento hacía renglones sobre una carpeta verde en sucesivos pliegos de papel. Cuando ya había reunido una cierta provisión, levantó la mirada de su quehacer y me preguntó cuál era mi deseo. La declaración de mis deseos llena de preámbulos llevó mucho más tiempo que la tarea de procurar los medios para su realización. Así que pronto estaba sentado cerca de una ventana, hojeando los infolios en los que se habían encuadrado los periódicos veroneses de las semanas de agosto y septiembre del año 1913. Los bordes se habían tornado tan quebradizos que había que pasar las hojas con cuidado. Todo tipo de escenas de cine mudo empezaron a desarrollarse delante de mí. En la Via Alberto Mario vi caminar a diversos señores de un lado a otro, y a cada uno de ellos, en el momento en el que se creían observados desaparecer, dando un salto meteórico hacia un lado, en el portal del edificio donde se había instalado la consulta del doctor Ringger, formado en París y en Viena. En todas las

habitaciones de la casa ya estaba sentado uno de estos señores vestidos, todos ellos, con la máxima corrección, que, a intervalos regulares, entraban en el portal de un salto, mientras el doctor Ringger, por su parte, en una habitación a modo de sala situada en el entresuelo, se preparaba ostensiblemente para la consulta estudiando las imágenes hiperdimensionales de enfermedades cutáneas semejantes a cuadros de flores que, como abigarrados mapas de Estado Mayor, tenía extendidos ante sí sobre una enorme mesa. Después volví a ver al dottore Pesavento, que ejercía en la Via Stella, cerca de la Biblioteca Cívica, llevando a cabo una de sus extracciones indoloras. Y pese a que la pálida faz de una paciente que el dottore Pesavento tenía bajo su rostro causaba la impresión de una laxitud absoluta, su cuerpo, sin embargo, se curvaba y se torcía en el sillón de tratamiento de una forma casi agónica. También había revelaciones de otra índole, como por ejemplo la pirámide, que como una promesa de vida eterna brillaba y resplandecía al sol, integrada por diez millones de botellas de agua de mesa Ferro-China para la reconstitución de la sangre, que, a consecuencia de un repentino rugido silencioso de león, saltó, sigilosa, en miles de millones de fragmentos, derrumbándose sobre sí misma como una cascada susurrante de cristal. Silenciosas e ingravidas, pues así eran las imágenes y las noticias de aquella época, despedían un breve resplandor transitorio y de inmediato se volvían a extinguir, todas y cada una de ellas como un propio misterio hueco. Se decía que en Ondurman, en Sudán, según una noticia de Khartoum, el misionero tirolés Giuseppe Ohrwalder llevaba varias semanas desaparecido. Y según telegramas de Danzig, en esta ciudad se había arrestado a un tal Colonello Stern, del sexto regimiento de artillería de campaña, bajo sospecha de espionaje. Historias sin principio ni final a las que alguna vez habría que seguirles el rastro, pensé entonces. 1913 fue un año singular. El tiempo se transformaba y cual culebra serpenteando por entre la espesura, la chispa iba recorriendo la mecha. Por doquier se comparecía a una

efervescencia de los sentimientos. El pueblo ensayaba un nuevo papel. Se conjuró la legítima y sagrada ira de la nación. Los informes de los periódicos veroneses de los primeros festivales en el Anfiteatro Romano rivalizaban por sobrepasarse en entusiasmo. *Apoteosi dei titani*, ponía en caracteres góticos sobre uno de los artículos del *Fedele* según una de mis anotaciones. Concluía asegurando que este título en ningún momento había surgido de la nada, sino que el anfiteatro era un ejemplo titánico de arquitectura romana y Giuseppe Verdi el titán de la *melopoea italiana*. Mas el verdadero titán de todo arte y de toda belleza, anunciaba el escritor tomando impulso por última vez, era, sin embargo, *il popolo nostro*, y todos los demás no eran más que pigmeos. Mis ojos permanecieron un buen rato sujetos a las seis letras de la palabra *pigmei*, al previo aviso de una destrucción que ya había tenido lugar. Creí escuchar cómo la voz del pueblo se alzaba y medía las sílabas. *Pig-me-i, pig-me-i, pig-me-i*. El grito retumbaba en el interior de mi oído, en realidad no sería más que el flujo de mi propia sangre, distorsionado y fortalecido por mi imaginación. En cualquier caso, parecía no hallar ningún eco en el empleado de la biblioteca. Estaba tranquilamente sentado, encorvado sobre su trabajo, rellenando con trazos regulares las líneas que había dibujado. Por el modo en el que se detenía brevemente al final de cada línea se podía reconocer que aquello que estaba escribiendo tenía que tratarse de una lista. Y parece que todos los detalles que precisaba para la confección de este listado, a ojos vistas cada vez más extenso, los tenía en su cabeza, pues escribía de corrido, sin titubear o consultar jamás un modelo. Nuestras miradas se encontraron cuando una vez, después de haber vuelto a llenar la hoja, levantó la vista de su trabajo y cogió una lata de arena para secar la tinta. Aquel gesto, que no me extrañó poco, me pareció tan absolutamente correcto y evidente en aquel momento que pude reanudar mi lectura interrumpida. Conforme iba leyendo y pasando páginas, hecho que se había prolongado hasta la tarde, descubrí algunas cosas que habrían de

contarse llegada la ocasión, entre ellas el artículo titulado UCCISO SUL BANCO ANATOMICO, que comenzaba con las palabras verdaderamente novelísticas *Ieri sera nella cella mortuaria de cimitero di Nogara* y trataba del asesinato de un *carabiniere* llamado Muzio. La historia, que no carecía de detalles crueles, se ha asentado en mi memoria, no en último lugar porque en uno de los infolios que estuve hojeando encontré una antigua postal que reproducía el Cimitero di Staglieno in Genoa. Me llevé la postal a escondidas, y más adelante, a través de una lente de aumento, la he contemplado, a menudo mucho tiempo, observando hasta el último detalle. La luz mortecina sobre las oscuras montañas, el viaducto que conduce hacia afuera de la imagen y que, en mi opinión, lleva al interior de un túnel, las anejas profundidades de las sombras, las numerosas construcciones sepulcrales en forma de torres y pagodas a la derecha, el cipresal, los puntos de fuga de los muros, el campo negro en un primer plano y el edificio claro en el extremo izquierdo de la enorme galería de la columnata; todo ello, pero en especial el edificio claro, me es tan familiar que fácilmente podría deambular por este espacio con los ojos cerrados.

Hacia el final de la tarde me di un paseo bajo los árboles de la vereda que transcurre a orillas del Adigio hasta el Castelveccchio. Un perro de tonos claros con una mancha negra sobre el ojo izquierdo similar a un parche y que, como todos los perros sin dueño, parecía caminar en diagonal respecto a la dirección en la que se mueve, se me había unido en la plaza de la Catedral, andando siempre, a partir de entonces, un trecho por delante de mí. Si me paraba a mirar un poco el río, también él se detenía y, meditabundo, contemplaba el fluir del agua. Si reanudaba la marcha, también él se volvía a poner en camino. Pero cuando crucé el Corso Cavour, junto al Castelveccchio, se quedó atrás, al borde de la acera, y cuando en medio del Corso me di la vuelta para ver si venía, no me atropellaron por los pelos. Una vez llegado al otro lado del Corso, consideré la posibilidad de ir directamente por la Via Roma hasta la

Piazza Bra, donde había quedado con Salvatore Altamura, o si debía tener en cuenta la posibilidad de dar el pequeño rodeo que supondría ir por la Via San Silvestro y la Via dei Mutilati. El perro, que durante todo este tiempo me había estado siguiendo con la mirada desde el otro lado del Corso, había desaparecido de una forma repentina, y sin realmente haber tomado una decisión cualquiera me adentré en la Via Roma. Me tomé mi tiempo, entré en este o aquel comercio, me dejé llevar por la corriente de los demás viandantes, y por fin me encontré enfrente de la Pizzeria Verona, de donde me había dado a la fuga aquella noche de noviembre de hacía siete años. Las letras que había sobre el restaurante de Carlo Cadavero seguían siendo las mismas, sin embargo la puerta de la entrada estaba cerrada con un tablero clavado de virutas, y cerradas todas las tiendas de los pisos superiores del edificio, después de todo, me dije al momento, tal y como había esperado. La imagen que entonces, cuando salí precipitadamente de Verona, se había asentado en mi memoria sin que la hubiera podido olvidar, muy al contrario, que recordaba siempre con una claridad meridiana, volvía a emerger ante mí ahora surcada por extrañas estrías: dos hombres con chaquetas negras de botones plateados sacando del edificio trasero una camilla en la que, ostensiblemente, yacía un hombre bajo una tela de flores. No hubiera podido decir si, a partir de esta visión lóbrega, la realidad se había desvanecido sólo por unos instantes o por un tiempo más prolongado, cuando de pronto volví a ver la luz y a los transeúntes pasando por delante de la pizzería, cerrada ya desde hacía años, sin ningún signo de perturbación aparente. El fotógrafo de la tienda de al lado, a quien pregunté por los motivos de cierre del negocio, no estaba dispuesto a darme información ni pude convencerle para que me hiciera una fotografía de la fachada del edificio. A mis preguntas y a mis ruegos sólo meneaba la cabeza sin pronunciar palabra, como si no me comprendiera o no dominara el idioma. Conmovido por una imagen, que iba adquiriendo forma en mi imaginación, de un fotógrafo

sordomudo trajinando en su laboratorio, me dispuse a abandonar la tienda, cuando le oí a mis espaldas desatarse en una retahila de rudos improperios, los cuales parecían estar destinados más a aquello que antaño había ocurrido en el local contiguo que a mí. Fuera, en la acera de enfrente, donde, indeciso, anduve un tiempo deambulando de un lado a otro, acabé pidiendo a un viandante que me pareció apropiado para mi propósito, como supe después un joven turista de la zona de Erlangen, que fotografiara la pizzería para mí, cosa que llevó a cabo tras una cierta indecisión y después de haberle dado un billete de diez marcos para saldar los gastos del posterior envío de la foto a Inglaterra. No obstante, el joven de Erlangen, que, como entretanto supuse, se encontraba de luna de miel, ya no estaba dispuesto a satisfacer mi encarecido ruego de que también fotografiara la bandada de palomas que, en cuanto se hubo tomado la foto, entró en la Via Roma volando desde la piazza, posándose una parte en la verja del balcón y otra sobre el tejado del edificio, lo cual, según mis propias sospechas, se debía a que su recién desposada novia, quien durante todo ese tiempo me había estado inspeccionando con desconfianza por no decir hostilidad y ni siquiera un momento, tampoco cuando hizo la foto, había dejado de seguirle como una sombra, se lo impidió tirándole de la manga con impaciencia.

D. V. A. Ringger
delle Cliniche di Vienna e Parigi
Malattie della Pelle
CUTICHE ED URINARIE
Uretroscopia — Elettrolisi — Raggi Röntgen ed Alta frequenza — Massaggi — Galvanizzazione e Faradizzazione — Ultramicroscopia.
Via Alberto Mario (già V. dietro V. Nuova) 11 tutti i giorni non festivi dalle ore 10 alle 12 e dalle 15 alle 18.
Gratuitamente per soli poveri, lunedì, giovedì, dalle 9 alle 10.

Dott. PESAVENTO
SPECIALISTA



**Bocca
Denti**

Estrazioni senza dolore - Dentiere
senza palato. PREZZI MITI.
VIA STELLA 13

**FERRO - CHINA
BISLERI**

TONICO

RICOSTITUENTE

DEL

BANGUE



ACQUA DA TAVOLA

NOCERA-UMBRA

(SORGENTE ANGELICA)

VENDITA ANNUA

10.000.000 di bottiglie





Cuando llegué al otro lado de la piazza, Salvatore ya estaba sentado delante del bar con toldo y sillas verdes, leyendo, con las gafas sobre la frente, un libro que sostenía tan cerca de su rostro que resultaba inimaginable cómo era capaz de descifrar algo de esta guisa. Con cuidado, para no molestarle, me senté junto a él. La cubierta del libro que estaba leyendo era de color rosa y mostraba el retrato de una mujer en colores oscuros. Bajo el retrato, en el lugar del título, figuraba la constelación numérica $1912+I$. Un camarero se acercó a la mesa. Llevaba un mandil largo de color verde. Pedí un Fernet doble con hielo. Entretanto Salvatore había dejado su libro a un lado y se había vuelto a colocar las gafas correctamente. Que no podía evitar, decía disculpándose, ponerse a leer un libro durante las primeras horas de la tarde, tras haber acabado la jornada, cuando por fin se había escapado del ajetreo del día, tampoco los días en los que, como hoy, se había dejado las gafas en la redacción. Es cierto que, a causa de su extrema miopía, sin gafas de leer apenas podía descifrar palabras sueltas más rápido que un parvulito, pero, siguió, a estas horas del día no sabía oponer

resistencia alguna a su necesidad de leer. En mis horas libres, decía Salvatore, me pongo a salvo en la prosa como si fuera una isla. A lo largo de todo el día estoy sentado en medio de esa marea de estruendo que es la redacción, pero por la tarde me traslado a una isla y cada vez que comienzo a leer las primeras líneas me siento como si estuviera remando, adentrándome en las aguas. Gracias únicamente a estas lecturas vespertinas aún sigo gozando en lo posible de mis facultades mentales. Salvatore dijo que sentía no haberse dado cuenta enseguida de mi presencia, pero que tanto su miopía como su concentración en la historia contada por Sciascia le habían apartado por completo de todo cuanto acontecía a su alrededor. De hecho, prosiguió tras regresar sólo hasta cierto punto a la vida real, la historia que contaba Sciascia era una sinopsis fascinante de los años inmediatamente anteriores a la Primera Guerra Mundial. En el centro de la narración, desarrollada de un modo próximo al ensayo, se situaba una cierta Maria Oggioni, *nata* Tiepolo, esposa de un tal Capitano Ferruccio Oggioni, que, el 8 de noviembre de 1912, conforme declara ella misma en defensa propia, mató de un disparo al criado de su marido, un bersagliere llamado Quintilio Polimanti. Evidentemente, continuó Salvatore, los periódicos de antaño hicieron su agosto con la historia, y el proceso que había mantenido entretenida la fantasía de la nación durante semanas —la acusada descendía, como la prensa no se cansaba de destacar constantemente, de la estirpe del famoso pintor veneciano— este proceso, pues, que, como ya se ha dicho, había tenido en vilo a toda la nación, no vino a demostrar nada más que la verdad, en el fondo conocida por todos, de que la ley no es igualitaria y la justicia no es justa. A los jueces, puesto que Polimanti no podía seguir representando su propia causa, les había resultado fácil dejarse embaucar por la misteriosa sonrisa de la *signora* Oggioni, a quien en poco tiempo todo el mundo llamó Contessa Tiepolo a partir de entonces, sonrisa que, como se podía imaginar, a los periodistas de aquel momento les recordó inmediatamente a la

de la Gioconda, tanto más cuanto que entonces, en 1913, también la Gioconda erraba por los titulares de los periódicos después de haber sido descubierta bajo la cama de un obrero florentino, el cual, dos años antes, la había liberado de su exilio en el Louvre y se la había traído de vuelta a su hogar. Es curioso, dijo Salvatore, cómo durante este año todo converge hacia un único punto en el que, costara lo que costase, tenía que suceder algo. Pero a usted, continuó, terminando de salir de su ensimismamiento y de su lectura, le interesa una historia muy distinta. Y esta historia, por ir anticipándolo ya mismo, casi ha llegado a su fin. El proceso se ha llevado a cabo. Han sido condenados a treinta años de prisión. El juicio de apelación será en otoño, en Venecia. No creo que podamos contar con ningún tipo de puntualización novedosa, pero me estoy adelantando. Hace poco usted me dijo por teléfono que más o menos estaba familiarizado con la historia hasta el otoño de 1980. Las consecuencias de estos terribles acontecimientos tampoco se detuvieron a partir de entonces. Aún ese mismo otoño, en Vicenza, una prostituta llamada Maria Alice Beretta fue asesinada a golpes de hacha y martillo. Medio año después fallecía Luca Martinotti, estudiante veronés, a causa de las heridas contraídas en el incendio de una casamata austríaca que los drogadictos empleaban como alojamiento provisional a orillas del río Adigio. En julio de 1982, a dos monjes, Mario Lovato y Giovanni Pigato —ambos ya en una edad avanzada—, les golpearon el cráneo con pesados martillos durante su paseo habitual, que a últimas horas de la tarde les conducía por calles tranquilas próximas a su convento. Una agencia de noticias milanese recibió poco después una carta del GRUPO LUDWIG, que, como usted ya sabe, ya una vez, en otoño de 1980, se había declarado culpable de estos actos. Si no me falla la memoria, el GRUPO, en su segunda carta, afirmaba que la finalidad de su existencia era la muerte de aquellos que habían traicionado a Dios. En Trento, en el mes de febrero, fue hallado el cuerpo del cura Armando Bison. Yacía, asesinado a golpes, envuelto en su sangre,

con un crucifijo que le habían clavado en la nuca desde detrás. El poder de LUDWIG, decía otro mensaje, no tiene límites. A mediados de mayo de aquel mismo año, en Milán, un cine porno se consumió en llamas. En él perdieron la vida seis hombres. *Lyla, profumo di femmina*, éste es el título que llevaban las últimas imágenes que vieron. El GRUPO asumió la responsabilidad de la que ellos llamaron pira de rabos. A comienzos de 1984, un día después de la festividad de los Reyes, tuvo lugar otro caso de incendio en una discoteca del barrio de la estación de trenes muniquesa, que también quedaría sin resolver. Por fin, dos semanas más tarde, Furlan y Abel fueron capturados en su siguiente intento incendiario cuando, disfrazados de payaso, llevaban sendas bolsas de deporte agujereadas, cada una con un bidón de gasolina abierto, por toda la discoteca Melamare, en Castiglione delle Stiviere, no lejos de la orilla sur del lago de Garda, donde aquella noche celebraban el carnaval cuatrocientos jóvenes. No hubiera faltado mucho para que la multitud les linchara allí mismo. Eso era todo en cuanto a las estaciones de la historia. El sumario, sin contar con la aportación de una carga aprobatoria irrefutable, no ha acreditado nada que posibilite una comprensión de estos hechos que ya se habrán prolongado durante más de siete años. Tampoco se encontró en los informes psiquiátricos apenas una explicación sobre el mundo interior de los dos chicos. Ambos provenían de buena familia. El padre de Furlan es un conocido especialista en quemaduras y médico jefe de cirugía plástica en el hospital de la ciudad. El padre de Abel un abogado retirado de origen alemán que durante años ha dirigido la sucursal de una compañía de seguros de Dusseldorf. Ambos hijos estudiaron en el liceo Girolamo Fracastro. Ambos muy inteligentes. Después de la selectividad, Abel estudió matemáticas, Furlan química. Además de esto no se puede decir gran cosa. Creo que eran como hermanos y que no sabían qué hacer para salir de su inocencia. Una vez vi a Abel, que era un excelente guitarrista, en un programa de televisión. Creo que fue a mediados de los años

setenta. Por aquel entonces quizá tuviera quince o dieciséis años. Y recuerdo haberme quedado impresionado por él como persona y por su maravillosa forma de tocar.

Salvatore había llegado al final de su informe y la noche se había abierto. En tropel, de la misma forma en la que se los había hecho salir de los autobuses, los visitantes del festival se apiñaban delante del teatro. Tampoco la ópera, dijo Salvatore, es lo que era. El público ha desaprendido lo que es actuar. En tiempos, a la hora del anochecer, los carruajes bajaban por aquí, pasando por la calle ancha, hasta llegar a la Porta Nuova, salían por la puerta de la ciudad y se dirigían en dirección oeste, bajo los árboles de la explanada contigua, hasta que se hacía de noche. Entonces todo se volvía del revés. Una parte iba a las iglesias, para rezar el Ave María della Sera, y otra se detenía aquí, en la Piazza Bra, donde los caballeros se acercaban a los carruajes para hablar con las damas, a menudo hasta bien avanzada la oscuridad. Eso de acercarse a los carruajes se ha acabado. Lo mismo sucede con la ópera. Los festivales son una parodia. Por eso me siento incapaz de ir al teatro una noche así, aunque para mí la ópera, como usted bien sabe, lo significa todo. Llevo trabajando en esta ciudad ya más de treinta años, dijo Salvatore, y ni siquiera una vez he ido al teatro a ver una representación. Me quedo sentado aquí fuera, en la Piazza Bra, donde es imposible oír tan sólo una nota de la ópera. Ningún eco de la orquesta, del coro, de las voces de los cantantes. Ni un solo sonido. En cierto modo escucho una ópera silenciosa. *La spettabile Aida*, una noche fantástica en el Nilo, como si fuera una película de cine mudo de la época anterior a la Gran Guerra. ¿Sabía usted, continuó Salvatore, que los decorados y los trajes para la Aida que hoy ponen en el teatro son imitaciones exactas de la decoración que diseñaron Ettore Fagioli y Auguste Mariette en el año 1913 para la inauguración de los festivales? Uno puede figurarse que el tiempo no ha transcurrido, aunque la historia se apresure al encuentro de su final. De hecho a veces me siento como

si toda la sociedad continuase aún sentada en la ópera de El Cairo para conmemorar el progreso incontenible. Nochebuena de 1871. Por vez primera resuena la obertura de Aida. Con cada uno de los compases se inclina un poco más el plano en declive del patio de butacas. Por el canal de Suez se desliza el primer barco. De pie, en el puente, se yergue una figura inmóvil, con uniforme blanco de almirante, que sostiene un catalejo orientado al desierto. Volverás a ver los bosques, reza la promesa de Amanoroso. ¿Y sabía usted que en tiempos de Escipión el Africano se podía ir caminando desde Egipto a Marruecos a la sombra de los árboles? ¡A la sombra de los árboles! Y ahora estalla un incendio en la ópera. Un fuego fragoroso. La sillería de la platea desaparece crepitando en el foso de la orquesta junto a la totalidad de los oyentes. A través de las nubes de humo que flotan bajo el techo, desciende una figura desconocida. *Di morte l'angelo a noi s'appressa. Già veggo il ciel discindersi.* Pero me estoy desviando del asunto. Diciendo estas palabras Salvatore se había levantado. Usted ya conoce mi forma de ser, dijo despidiéndose a una hora ya avanzada. Yo todavía me quedé un buen rato sentado en la plaza, con la imagen que me había dejado Salvatore de un ángel haciendo su aparición en la tierra, y ocupado en anotar cuanto había contado. Seguramente sería pasada la medianoche y el camarero cobrador del mandil verde acababa de hacer su última ronda, cuando creí escuchar el ruido de los cascos de un caballo y los giros de las ruedas de un carruaje en el pavimento de la plaza. Pero no divisé el vehículo. Antes que ese vehículo, en mí emergió una representación de *Aida* al aire libre que vi de niño en compañía de mi madre, en Augsburgo, de la que no he retenido ni el más mínimo recuerdo. La entrada triunfal, conformada por un miserable contingente de caballería además de algunos camellos y elefantes agobiados por el sufrimiento que, como entretanto he podido averiguar, se habían tomado prestados al circo Krone expresamente para aquella representación, dio varias vueltas delante de mí como si no lo

hubiera olvidado nunca, e igual que entonces me sumió en un profundo sueño del que, todavía no he conseguido explicarme cómo, no me volví a despertar hasta la mañana siguiente en mi habitación de la Paloma de Oro.



Como nota final sólo quisiera añadir que, en abril del año 1924, el escritor Franz Werfel visitó a su amigo Franz Kafka, que se encontraba en la clínica laringológica de Hajek, en Viena, con un ramo de rosas y un ejemplar dedicado de su último libro, publicado hacía poco tiempo y acogido en todas partes con gran entusiasmo. Es probable que el paciente, que entonces no pesaba más de 45 kilos y estaba a punto de ser trasladado por última vez a Klosterneuburg, no pudiera ya leer el libro, lo que quizá no le haya supuesto la mayor pérdida que habría de soportar. En todo caso esa fue mi impresión cuando, hace unos meses, estuve hojeando esta novela basada en una ópera de la que, en mi parecer, lo único notable consistía precisamente en que el ejemplar, que después de haber dado muchas vueltas había ido a parar a mis manos, contenía el exlibris de un tal doctor Hermann Samson, quien tuvo que haber

amado tanto a Aida que escogió como su insignia el símbolo mortuorio de las pirámides.





14414798
Dr. H. Gamson
1924

III

Viaje del Dr. K. a un sanatorio de Riva

El sábado 6 de septiembre de 1913, el Dr. K., vicesecretario del Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo de Praga, se encontraba de camino hacia Viena para participar en un congreso sobre salvamento e higiene. En un periódico que ha comprado en Gmünd va leyendo sobre la medida en la que el destino del herido en el campo de batalla depende de la calidad del vendaje; también en los accidentes cotidianos son los primeros auxilios de suma importancia para el pronóstico. Esta frase intranquiliza al Dr. K. casi tanto como la alusión al lazo de acontecimientos sociales que se va a tender en torno al congreso. Fuera, ya la estación de trenes de Heiligenstadt. Ominosa, vacía, con trenes vacíos. Nada más que las últimas paradas. El Dr. K. sabe que hubiera tenido que pedir de rodillas al director que no le llevara consigo. Pero ahora es demasiado tarde, evidentemente.

En Viena, el Dr. K. alquila una habitación en el hotel Matschakerhof por simpatía hacia Grillparzer, quien siempre había tomado allí su almuerzo. Un gesto piadoso, pero que, lamentablemente, resulta ineficaz. La mayor parte del tiempo el Dr. K. se siente indispuesto en extremo. Sufre opresión y trastornos visuales. Aunque él se disculpa donde le es posible, le parece estar constantemente acompañado de un aterrador sinnúmero de gente.

Como un fantasma, sentado con todos, a la mesa, padece una grave agorafobia y a cada mirada que le roza de soslayo se cree descubierto. A su lado, codo con codo, como se suele decir, un Grillparzer casi completamente senil. Hace chistes malos e incluso le llega a poner la mano sobre la rodilla. Por la noche, el Dr. K. tiene accesos de malestar. La historia berlinesa no le deja tranquilo. En la cama se mueve en vano de un lado a otro, se pone compresas frías en la cabeza, se queda de pie, junto a la ventana, mirando largo tiempo a la pequeña calle, con el anhelo de yacer unos cuantos pisos más abajo, en la tierra. Es imposible, anota al día siguiente, llevar la única vida posible, vivir junto a una mujer, cada uno de ellos libre, cada uno para sí, imposible no estar casado ni externamente ni en la realidad, sólo ya el hecho de estar juntos es imposible, imposible dar el único paso posible más allá de la amistad entre hombres, pues allí, justo al otro lado del límite impuesto, ya se está enderezando el pie apisonador.

Quizá lo más embarazoso sea que, sin embargo, todo continúe de una u otra forma. Por ejemplo el Dr. K. deja que, a lo largo de la mañana, Otto Pick le convenza para que vaya con él a Ottakring a visitar a Albert Ehrenstein, cuyos versos a él, al Dr. K., no le dicen nada pese a toda su buena voluntad. Pero vosotros os alegráis con el barco, hacéis el lago repugnante con tantas velas. Yo quiero ir a lo profundo. Precipitarme, fundirme, cegarme convirtiéndome en hielo. En el tranvía, el Dr. K. sufre de repente una violenta aversión hacia Pick porque éste tiene en su ser un pequeño e incómodo hueco por el que, según percibe el Dr. K., a veces emana toda su personalidad. La irritación del Dr. K. continúa en aumento cuando comprueba que Ehrenstein lleva, al igual que Pick, un bigote negro, y que los dos podrían ser casi hermanos gemelos. Como dos gotas de agua, no podía dejar de pensar el Dr. K. De camino al Prater, aprecia la compañía de los dos como algo cada vez más monstruoso, y en el estanque de góndolas ya se siente por entero prisionero suyo. Que le lleven de nuevo a tierra firme es un consuelo

ínfimo; también hubieran podido acabar con él con suma facilidad asestándole un golpe de remo. En ese momento, Lise Kaznelson, que se les había sumado, recorre en tiovivo la selva virgen durante un día. El Dr. K. se percata de lo desamparada que está sentada ahí arriba, en su holgado vestido, bien confeccionado pero mal puesto. Frente a ella, como tan a menudo frente a las mujeres, siente una ebullición de su tacto social, por lo demás, sin embargo, sufre ininterrumpidamente dolores de cabeza. Cuando todos juntos, en tono de burla, se hacen una fotografía como pasajeros de un aeroplano que se ha elevado sobre la noria y sobre las torres afiladas de la iglesia votiva, es el Dr. K., ante su propio asombro, el único que a esta altura es aún capaz de esbozar una especie de sonrisa.

El 14 de febrero, el Dr. K. viaja a Trieste. Pasa más de doce horas solo, en el ferrocarril del sur, en un rincón del compartimento. Una parálisis se propaga por su interior. Las imágenes del paisaje se hilvanan fuera, sin costura, unas junto a otras, deslumbradas por el brillo falso de una luz otoñal completamente improbable. Aunque casi no se mueve del sitio, por la noche, a las nueve y diez, el Dr. K. se encuentra verdadera e incomprensiblemente en Trieste. La ciudad ya está tendida en la oscuridad. El Dr. K. pide que le lleven de inmediato a un hotel junto al puerto. El modo en que él mismo está sentado en el coche de caballos, detrás de las anchas espaldas del cochero, le produce una impresión muy misteriosa. Le parece que la gente, en la calle, se queda parada, siguiéndole con la mirada, como si quisiera decir, por fin ha llegado ya.



En el hotel se tumba en la cama, con las manos cruzadas detrás de la cabeza, mirando el techo. Desde fuera, por entre las cortinas agitadas por una corriente de aire, en la habitación se introducen gritos aislados, mecidos por el viento. El Dr. K. sabe que en esta ciudad hay un ángel de bronce que acaba con la vida de los viajeros procedentes del norte y ansia marcharse con todas sus fuerzas. En el límite entre un cansancio rumoroso y la somnolencia, vaga por las callejuelas del barrio del puerto sintiendo bajo la piel qué sucede cuando él, un hombre libre, esperando en el borde de la acera, se queda suspendido un palmo por encima del suelo. Los reflejos de luz que giran en el techo de la habitación denotan que a cada momento éste va a ser atravesado por una brecha, que algo se va a abrir de forma repentina. Ya va cayendo el enfoscado y en una nube de polvo de escayola, relumbrando en la penumbra con lentitud, desciende, en telas azulinas y violáceas, una figura envuelta en cordones dorados sobre unas alas grandes, blancas, de brillo sedoso, y con la espada extendida, empuñada en un brazo alzado. Así que es un ángel de verdad, pensó el Dr. K. cuando volvió a recobrar el aliento, durante todo el día vuela a mi encuentro y yo, en mi incredulidad, no me doy cuenta. Ahora mismo me va a hablar, pensó bajando la mirada. Cuando la volvió a elevar, el ángel aún seguía allí, suspendido a bastante distancia del techo que se había

vuelto a cerrar, sin embargo no era un ángel vivo sino solamente una figura de madera pintada de un espolón, como las que cuelgan de los techos en las tabernas de los marineros. La empuñadura de la espada estaba dispuesta de forma que pudiera sostener velas y recoger el sebo que se deslizara.

A la mañana siguiente el Dr. K. cruzó el Adriático con un tiempo ligeramente tormentoso y mortificado por una leve sensación de mareo. Aún mucho tiempo después de haber llegado a Venecia, de haber arribado a tierra firme, si se puede llamar así, las olas continúan derramándose por su cuerpo. En el hotel Sandwirth, donde se hospeda, en un acceso optimista que posiblemente corresponda a que su malestar se va aplacando, escribe a Felice, en Berlín, que sin conceder importancia a los temblores que sentía en su cabeza quería lanzarse de lleno a la ciudad y a todo aquello que ésta pudiera ofrecerle a un viajero como él. Que ni la lluvia torrencial que recubría las siluetas con un barniz uniforme, gris verduzco, iba a hacerle desistir de su propósito, no, muy al contrario, mucho mejor así, escribe, así se le lavaría el rastro de los días pasados en Viena. Sin embargo, casi no hay nada que hable en favor de que aún aquel 15 de septiembre el Dr. K. haya abandonado el hotel. Si ya en el fondo era imposible el mero hecho de estar en Venecia, cuánto más imposible sería para él, que así y todo se encontraba al borde de la disolución, atreverse a salir con ese cielo acuoso, bajo el que incluso las piedras se deshacían. De modo que el Dr. K. permanece en el hotel. Al anochecer, en el crepúsculo del vestíbulo, vuelve a escribir a Felice. Ya no se menciona que quería ir a dar una vuelta por la ciudad. En lugar de eso, bajo el membrete del hotel que ostenta unos hermosos veleros, sólo hay anotaciones sobre su desesperación presurosamente engarzadas. Que estaba solo y que exceptuando al personal no hablaba con nadie, que la pena en él casi se desborda y que todo lo que podía decir con seguridad es que se encontraba en el estado que le correspondía, el cual le había sido imputado por una justicia supraterrrenal que no

podría transgredir y habría de seguir soportando hasta el fin de sus días.



Desconocemos la manera en la que transcurrieron los pocos días que el Dr. K. pasó en Venecia. En todo caso, parece que su sombría disposición de ánimo no le abandonó. Sí, él mismo suponía que sólo ella era la que le había hecho posible mantenerse en pie en esta ciudad, esta Venecia que, pese a los que viajaban de luna de miel, de quienes se imaginaba aparecían por todas partes con la intención expresa del escarnio, le debe de haber impresionado en lo más hondo. Qué hermosa es, escribe con un signo de admiración y en uno de aquellos giros un tanto dislocados en los que el lenguaje consiente que, por un instante, se viertan los sentimientos. ¡Qué hermosa es y cómo la minusvaloramos en Praga! Pero el Dr. K. silencia los detalles. De modo que no sabemos, como ya se ha dicho, qué es lo que vio en realidad. Ni siquiera hay una indicación manifiesta de que hubiera visitado el Palacio Ducal, cuyos Plomos, meses más tarde, ocuparían un lugar tan importante en sus fantasías procesales o penales. Solamente sabemos que pasó cuatro días en Venecia y que, acto seguido, se fue de Santa Lucía en dirección a Verona.

En Verona, la tarde de su llegada, recorrió a pie el trayecto de la estación a la ciudad pasando por el Corso, y anduvo por las

callejuelas, de un lado a otro, tanto tiempo hasta que, de cansancio, volvió a meterse en la iglesia de Santa Anastasia. Después de que, con una sensación de agradecimiento y repulsión mezclados, hubiera descansado un rato en aquel espacio fresco, en penumbra, se puso de nuevo en camino y aún al salir condujo sus dedos, como a un hijo o a un hermano pequeño, por los rizos de mármol del enano que desde hacía cientos de años perseveraba bajo la pesada carga de una pila de agua bendita al pie de una de las poderosas columnas. En ninguna parte hay un indicio que sustente la suposición de que estuvo contemplando el hermoso mural de San Jorge de Pisanello, situado sobre la entrada a la capilla de los Pellegrini. Lo que sí se podría demostrar, sin embargo, es que, por un instante, cuando el Dr. K. volvió a estar fuera, bajo el portal, junto al umbral pendido entre la claridad y el oscuro espacio interior, le pareció que allí se erigía la misma iglesia, construida puerta con puerta con aquella por la que acababa de salir, una duplicación semejante a aquellas que ya le eran conocidas por sus sueños, donde todo se hendía más y más de un modo espantoso.

Al caer la noche, al Dr. K. le empezó a llamar la atención que cada vez había más personas en la calle, evidentemente no por otro motivo que no fuera el placer, y que todas ellas iban agarradas del brazo por parejas, de tres en tres o incluso en grupos de más. Tal vez fueran los carteles de los *spettacoli lirici all'Arena*, que desde el mes de agosto todavía se podían ver por todas las esquinas de la ciudad, y las mayúsculas, que sus ojos siempre volvían a descifrar como AIDA, lo que hizo que la demostración de estar libre de preocupaciones y de formar parte del grupo de los habitantes de Verona se le apeteciera como una representación teatral expresamente escenificada para remitirle a su aislamiento y a su condición de ser anómalo, pensamiento que ya no le abandonaría y del que sólo sería capaz de salvaguardarse huyendo a un cinematógrafo, probablemente al Cinema Pathé di San Sebastiano. Días después, en Desenzano, el Dr. K. apuntó que había estado

llorando en la oscuridad de este cinematógrafo, donde había presenciado la transformación en imágenes de las partículas de polvo que centelleaban en el cono de luz. No obstante, la nota de Desenzano no contiene indicación alguna de lo que el Dr. K. vio en Verona aquel 20 de septiembre; de sí, en efecto, según confirmaban mis pesquisas en la Biblioteca Cívica, fue el programa de actualidades con la revista de caballería en presencia de su majestad Vittorio Manuele III y la cinta que no se ha vuelto a encontrar de *La Lezione dell'abisso* lo que aquel día pusieron en el Tathè, o acaso, como supuse en un primer momento, fuera la historia que con cierto éxito se exhibía en 1913 en los cinematógrafos austriacos del desafortunado estudiante de Praga que se privó de amor y de vida cuando, el 13 de mayo de 1820, vendió su alma a un tal señor Scapinelli. Ya sólo las inusuales tomas de exteriores que contiene esta película, o las siluetas de su ciudad natal centelleando en la pantalla, habrán dejado bastante afectado al Dr. K., y completamente, por supuesto, el drama de Balduino, la figura protagonista, en quien sin duda habrá reconocido su otro yo, tal y como éste lo reconoce en el hermano irrecusable, vestido con un traje oscuro, del que no puede escapar. En una de las primeras escenas, Balduino, el mejor esgrimidor de Praga, desafía a su propio reflejo, el cual, ante su asombro, sale poco después del marco para de aquí en adelante acompañarle como fantasma de su inquietud. Quizá esto le pareciera al Dr. K. la descripción de una lucha, en la que, como en aquella otra que tiene lugar en la Laurenziberg, el protagonista mantiene una relación autodestructiva con su enemigo hasta tal punto íntima que aquél que es acorralado por su acompañante se ve obligado a hacer profesión de fe a última hora: Estoy prometido, lo confieso. Y qué otro remedio le queda a quien ha sido acorralado hasta este punto más que intentar desprenderse de su silencioso compañero mediante un disparo de pistola que, por cierto, la película muda hace visible como una pequeña nube de humo. En el instante de algún modo dispensado

del transcurso de tiempo en el que éste mismo se diluye, Balduino queda liberado de su locura. Toma aire, sintiendo a la vez cómo la bala le ha atravesado el propio pecho, y muere, en la parte inferior de la imagen, de una muerte ostensible, con lo que toda la escena, que flamea como una luz que se apaga, pasa a ser el aria muda del héroe agonizante.

El Dr. K. escribió que en absoluto percibía como algo ridículo tales espasmos agónicos frecuentes en la ópera o ese vagar sin rumbo de la voz en la melodía, sino que le parecían expresión, por decirlo de alguna manera, de nuestra desgracia natural, pues a lo largo de toda nuestra vida, observa en otro punto, yacemos sobre el escenario y morimos.



El 21 de septiembre el Dr. K. se detiene en Desenzano, situado en la orilla sur del lago de Garda. La mayoría de los habitantes del lugar se ha reunido en la plaza mayor para recibir al vicesecretario del Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo de Praga.

Pero el Dr. K. se encuentra más al sur, tumbado en la hierba a orillas del lago, ante sí las ondulaciones del cañaveral, a mano derecha la lengua de tierra de Sirmione, a la izquierda la orilla que llega hasta Manerba. Simplemente estar tumbado en la hierba. En los buenos tiempos del Dr. K. esto pasaba por ser una de sus aficiones favoritas. En esos momentos disfruta de las alegrías (en

cualquier caso, escribe, sólo las alegrías), de pertenecer a una clase social inferior, como cuando en Praga, a modo de ejemplo, un caballero bastante distinguido, con quien de vez en cuando tiene trato oficial, pasa de largo delante de él con un tiro de dos caballos. Pero en Desenzano tampoco quiere comparecer esta modesta dicha siquiera. Quizá esté enfermo, enfermo en el más amplio sentido de la palabra. Y el único consuelo que le queda es que nadie sepa dónde está. En cuanto a los habitantes de Desenzano, se desconoce el tiempo que habrán estado esperando ansiosamente al vicesecretario que venía de Praga aquella tarde, y cuándo, decepcionados, se habrán vuelto a separar para ir a sus casas. Uno de ellos emitiría el juicio de que aquellos en los que ponemos nuestras esperanzas siempre llegan cuando ya nadie los necesita.



A continuación de este día no menos en exceso deprimente para el Dr. K. que para los ciudadanos de Desenzano, pasa tres semanas

en Riva, en el sanatorio hidroterápico del doctor von Hartungen, adonde llega en un barco de vapor aún antes de que se hubiera hecho de noche. Un criado, provisto de un largo mandil verde que anuda a la espalda con una pequeña cadena de latón, conduce al Dr. K. a su dormitorio, desde cuyo balcón ve el lago, en perfecta quietud, sumido en la oscuridad incipiente. Ahora todo es azul sobre azul, y nada parece ya moverse, ni siquiera el vapor de nuevo un buen trecho alejado en las aguas. Ya mañana comienza la rutina en el sanatorio. Tanto como le sea posible, el Dr. K. quiere intentar, entre diferentes tipos de baños de agua fría y el tratamiento eléctrico que le ha sido prescrito, sumergirse de pleno en el silencio, pero el pesar que tiene con Felice, y Felice con él, le agrede sin descanso, como concentrado en algo vivo, en torno a él, sobre todo al despertar pero también durante las comidas. Sucede que entonces cree estar paralizado y no saber ya cómo manejar los cubiertos.

Por cierto que a la mesa, a la derecha del Dr. K., se sienta un viejo general que, a pesar de mantenerse callado la mayor parte del tiempo, de cuando en cuando hace comentarios profundamente inteligentes. Así, por ejemplo, una vez dice, levantando de forma súbita la mirada del libro que siempre tiene abierto a un lado, que, pensándolo bien, entre la lógica del arenillero y la lógica del parte militar, resultándole ambas más familiares que apenas otra cosa en el mundo, se extendía un amplio campo de hechos ininteligibles. ¡Las menudencias que se escapan a nuestro entendimiento son las que deciden todo! Esto es exactamente lo que ha ocurrido en las más grandes batallas de la historia mundial. Pequeñeces, no obstante, cuyo peso es tan grave como el de los 50.000 soldados y caballos muertos en Waterloo. El general afirmaba que, en definitiva, todo es una cuestión de peso específico. Que Stendhal se había hecho una idea más concreta que todos los Estados Mayores, y que ahora, a su edad, volvía a él sus ojos como a su maestro para no morir privado del entendimiento más mínimo. Esta idea, en el fondo descabellada, radica en el hecho de que con un giro de timón, con la

voluntad, se puede influir sobre la marcha de las cosas, mientras que estas se hallan determinadas por las relaciones más diversas establecidas entre sí.





Al escuchar las máximas de su vecino de mesa, el Dr. K., aun sabedor de que estas apreciaciones no están dirigidas a él en absoluto, comprueba en su interior un ligero arranque de esperanza y una especie de solidaridad muda. Especialmente interesante le resulta que ahora la joven sentada a su izquierda, a quien supone infeliz a causa del hombre sentado a su derecha, esto es, por él mismo, comienza a tomar forma. Es de cuerpo más bien pequeño, procede de Genova, tiene un aspecto muy italiano aunque en realidad sea de Suiza, y, como apreciaría más tarde, un color de voz extrañamente sombrío. Al Dr. K., las pocas ocasiones en las que ella le dirige la palabra con esa voz, le parecen muestras extraordinarias de confianza. En su enfermedad se le revela como un ser muy valioso, y pronto comienzan a salir juntos por las tardes a pasear en barca por el lago. Las paredes de piedra se yerguen desde el agua en la hermosa luz otoñal, parcialmente verdosa, como si toda la zona fuese un álbum y las montañas el dibujo de un diletante de espíritu delicado sobre una hoja en blanco como recuerdo para su dueña.

Allí fuera se cuentan las historias de sus enfermedades, los dos, podría decirse, llevados por una buena mejoría provisional y una sensación de letargo pacífico. El Dr. K. desarrolla una teoría fragmentaria de amor incorpóreo según la cual no cabe diferenciar entre acercamiento y lejanía. Dice que si abriéramos los ojos

sabríamos que la naturaleza es nuestra felicidad y no nuestro cuerpo, el cual hace tiempo ya no pertenece a la naturaleza. Por ello, continúa, todos los falsos amantes, y casi sólo los hay de este tipo, mantienen los ojos cerrados mientras están amando, o, lo que es lo mismo, los mantienen abiertos con la brusquedad que ha provocado el ansia. Los seres humanos, afirma, nunca están más desamparados y son más irracionales que en este estado. Ya no se puede gobernar la imaginación. Se subyace a un imperativo de variación y repetición en el que, como él mismo había experimentado con suficiente frecuencia, todo, incluso la imagen de la persona amada a la que uno se intenta aferrar, se dispersa. En cualquier caso es extraño, dice, que él sólo haya sabido remediar un estado semejante, en su opinión rayano en la locura, cubriendo su conciencia con un imaginario sombrero negro de general napoleónico. Pero por el momento, concluye, nada le era menos necesario que uno de estos sombreros napoleónicos, pues aquí afuera, en el lago, eran casi incorpóreos, y disfrutaban de un entendimiento natural de la futilidad de su propio significado.

En consonancia con estas exposiciones resultantes de los deseos del Dr. K., ambos acordaron que ninguno daría a conocer el nombre del otro, que no se intercambiarían ninguna foto, ningún jirón del papel, ni una sola palabra escrita, y que, cuando hubieran transcurrido los pocos días que les quedaban para estar juntos, el uno tendría que dejar marchar al otro sin más. Por supuesto que no fue nada fácil y el Dr. K., cuando hubo llegado la hora de la despedida, tuvo que representar toda suerte de actos cómicos para que la joven de Genova no empezara a sollozar delante de todos cuantos se habían congregado. En el último momento, cuando el Dr. K. la acompañó al pequeño embarcadero del vapor y ella, con pasos inseguros, pasó a bordo del barco por la pequeña escalera, se acordó de cuando, hacía un par de tardes, habían estado sentados con unas cuantas personas más, y una joven rusa, muy rica y muy elegante, por aburrimiento y desesperación —porque lo que es

cierto es que la gente elegante siempre está más perdida entre gente que no lo es que al contrario— les había echado las cartas. Como la mayoría de las veces suele suceder, lo que se dijo no era significativo, sino más bien cosas nada serias e irrisorias. Pero cuando le tocó el turno a la joven de Genova, se produjo una constelación por vez primera absolutamente inequívoca, según la cual, le explicó la dama rusa, nunca adoptaría lo que se ha dado en llamar estado civil de casada. En ese momento, al Dr. K. le resultó en extremo inquietante que precisamente la muchacha que le valía todo su afecto y a la que, debido a sus ojos verdes como el agua, llamaba sirena para sí desde que la vio por primera vez, precisamente a ella, pues, las cartas le predijeran una vida de soltera, aunque en la muchacha no hubiera nada que provocase la impresión de solterona, a excepción tal vez del peinado, se confesaba ahora, viéndola por última vez, cuando, con la mano izquierda, la derecha reposando con serenidad sobre la borda, le dibujó en el aire, con cierta impericia, la señal del fin.

El barco de vapor zarpó y, casi de soslayo, se deslizó hacia el interior del lago entre varios toques de sirena. La ondina seguía de pie junto a la borda. Apenas se la podía reconocer. Por último ya casi tampoco se podía ver el barco, solamente la estela blanca que dejaba tras de sí en el agua, que había comenzado a apaciguarse con lentitud. En lo que a las cartas se refiere, ponía en claro el Dr. K. en el camino de vuelta al sanatorio, también para él se había producido una constelación inequívoca en tanto que todas las que no eran meras cifras sino que mostraban figuras humanas siempre se alejaban de él hacia el borde tanto como fuera posible. Sí, e incluso una vez no hubo más que dos figuras, y ninguna en otra vez siguiente, lo que suponía una distribución tan inusual que la dama rusa le miró a los ojos desde abajo y le aseguró que era el huésped más extraño de Riva desde hacía mucho tiempo.

Durante las primeras horas de la tarde del día posterior a la marcha de la mujer de agua, mientras se había acostado un rato

según preveía el reglamento interno, el Dr. K. escuchó unos pasos inquietos por el pasillo delante de la puerta de su habitación que, apenas se hubo restituido la calma habitual, volvieron a comenzar, esta vez en dirección contraria. Cuando el Dr. K. salió y miró hacia afuera para averiguar el motivo de este vaivén que contravenía todas las costumbres de la casa, aún pudo ver cómo el doctor von Hartungen doblaba la esquina con una bata blanca al vuelo y seguido de dos enfermeras. Por la tarde reinaba una atmósfera singularmente contenida en todos los salones de reunión, y durante el té el personal se comportó con una parquedad inusitada. Los huéspedes del sanatorio se miraban unos a otros con una cierta turbación, como niños castigados por sus padres a permanecer en silencio. A la cena faltó el vecino de mesa de la derecha del Dr. K., Ludwig von Koch, oficial de húsares retirado, que para él, entretanto, se había convertido en una especie de estimada institución con quien había esperado consolarse por la pérdida de la chica de Genova. Ahora ya no tiene ni un solo compañero de mesa, a la que se sienta completamente solo, como un afectado por una enfermedad contagiosa. A la mañana siguiente, la dirección del sanatorio divulga la noticia de que el general de división Ludwig von Koch, natural de Neusiedl, en Hungría, había fallecido durante las primeras horas de la tarde del día anterior. Como respuesta a las insistentes preguntas formuladas al doctor von Hartungen, el Dr. K. logra enterarse de que el señor Koch se había suicidado, precisamente con su vieja pistola del ejército. El doctor von Hartungen continúa diciéndole con un gesto inquieto que no acertaba a comprender cómo había conseguido dispararse al unísono al corazón y a la cabeza. Lo habían encontrado, desplomado en su sillón, con la novela que siempre había estado leyendo abierta sobre el regazo.

El entierro, que tuvo lugar en Riva, el 6 de octubre, fue desconsolador. El único familiar del general von Koch, quien no tenía ni mujer ni hijos, no pudo ser avisado a tiempo. El doctor von

Hartungen, una de las enfermeras y el Dr. K. fueron los únicos asistentes al sepelio. El cura, que enterraba a un suicida a regañadientes, desempeñó su cargo de carrerilla. El sermón fúnebre consistió exclusivamente en el único ruego de que Dios, en su infinita bondad, concediese a esta alma callada y oprimida — *quest'uomo più taciturno e mesto*—, la paz eterna, dijo el cura entornando los ojos en un gesto cargado de reproche. El Dr. K. se unió a este sobrio deseo, y después de que un par de palabras murmuradas hubieran puesto fin a la ceremonia, regresó al sanatorio a cierta distancia del doctor von Hartungen. Los rayos del sol de octubre calentaban tanto aquel día que el Dr. K. tuvo que quitarse el sombrero y llevarlo en la mano, a un lado del cuerpo.

En el transcurso de los años venideros, largas sombras se cernieron sobre los días de otoño en Riva, hermosos a la par de terribles, solía decir el Dr. K., y de las sombras, con lentitud, fueron emergiendo los contornos de una barca con mástiles incomprensiblemente elevados y sombrías velas plegadas.

Se suceden tres años hasta que la embarcación, sin hacer el menor ruido, como si fuese transportada por encima del agua, flotara suavemente hacia el pequeño puerto de Riva. Toma puerto durante las primeras horas de la mañana. Un hombre con bata azul pone pie en tierra y tira de las amarras a través de las anillas. Otros dos hombres con chaqueta oscura de botones plateados llevan una camilla detrás del contramaestre en la que, bajo una tela grande, de flores, yace un hombre. Es Gracchus, el cazador. A Salvatore, el podestá de Riva, ya le ha sido anunciada su llegada, a medianoche, mediante una paloma del tamaño de un gallo que había volado hasta la ventana de su dormitorio acercándose después a su oído. Mañana, dijo, llega Gracchus, el cazador muerto, recíbele en nombre de la ciudad. Salvatore, tras una breve reflexión, se levantó y dispuso todos los preparativos necesarios. Cuando entonces, al alba, con el bastón y el sombrero de copa con la cinta de luto en la mano derecha, cubierta con un guante negro, entra en el

ayuntamiento, constata para su satisfacción que se han seguido correctamente sus instrucciones. Los cincuenta muchachos aguardan en el largo pasillo formando una calle en dos filas, y en una de las habitaciones traseras de la planta superior yace, como le indica el barquero que le recibe en la entrada, ya amortajado, el cazador Gracchus, un hombre ahora con cabello y barba crecidos en un desorden desenfrenado y con una piel bronceada, por no decir curtida.



No es mucho lo que llegamos a saber nosotros, los lectores, únicos testigos de la entrevista entre el cazador y el jefe de la comunidad de Riva, sobre el destino de Gracchus, excepto que hace muchos, muchísimos años, en la Selva Negra, donde le habían designado para combatir a los lobos que entonces seguían rondando por allí, persiguiendo una gamuza —¿no es ésta una de las falsas noticias más singulares de todas las narraciones que se han contado jamás?—, persiguiendo a una gamuza, pues, murió despeñado, y que, a causa de un giro en falso del timón, de un momento de descuido del barquero, de una distracción por la hermosa y verde oscura tierra natal del cazador, la barca, que

hubiera tenido que llevarle a la otra orilla, malogró el viaje, por lo que él, Gracchus, desde entonces sin reposo, como él mismo cuenta, cruza las aguas terrenales intentando ora a este, ora a aquel otro lado, llegar a tierra firme. Queda sin aclarar la cuestión de quién tiene la culpa de esta sin duda alguna gran desgracia, e incluso la pregunta de en qué consiste, de haberla, esta culpa, la causa evidente de la desgracia. Pero como es el Dr. K. quien se ha inventado la historia, me temo que el sentido de los incesantes viajes de Gracchus, el cazador, reside en la expiación de un anhelo de amor que siempre apresa al Dr. K., como escribe en una de sus numerosas cartas de murciélago a Felice, justo allí donde, en apariencia y lícitamente, no se puede disfrutar. Para mayor esclarecimiento de esta observación un tanto confusa, el Dr. K. menciona un episodio de «antes de ayer», en el que el hijo del propietario de una librería judía de Praga, que ya se andaría por más de los cuarenta años, se convierte en la cristalización de la emoción ilegítima de la que se habla en la carta. Este ser, carente de todo atractivo, cuando no repugnante, a quien todo en su vida se le ha desviado por el sendero de la fatalidad y se pasa el día entero en la diminuta tienda del padre, desempolvando las telas de la oración expuestas o mirando a la calle por entre los huecos de los libros, en su mayoría, comenta el Dr. K. a propósito, indecentes, este pobre hombre que, como bien sabe el Dr. K., se siente alemán y por ello todas las noches, después de haber cenado, se va a la Casa Alemana para allí, en calidad de miembro del Club Casino Alemán, abandonarse durante las últimas horas del día a esta su ilusión, en el episodio que, como el Dr. K. cuenta a Felice, se había sucedido antes de ayer, se torna en objeto de su fascinación de una forma que tampoco él es capaz de explicar. Casualmente, escribe el Dr. K., le descubrí antes de ayer por la noche, cuando salía de su casa. Caminaba delante de mí, en la figura del hombre joven que he preservado en mi memoria. Sus espaldas son llamativamente anchas, camina con una marcialidad tan peculiar que no se sabe si

es marcial o contrahecho; en cualquier caso es muy huesudo y, por ejemplo, tiene una mandíbula poderosa. ¿Comprendes ahora, querida, escribe el Dr. K., puedes entender (¡*dímelo!*) por qué con franca codicia seguí a este hombre por la callejuela Zeltner, doblé detrás de él en el Graben y con un placer infinito le vi desaparecer por la puerta de la Casa Alemana?

No faltó mucho para que el Dr. K. confesara un deseo que, como ha de suponerse, ha quedado sin satisfacer. Muy al contrario, termina la carta presurosamente, empleando el giro de que se ha hecho tarde, carta, por cierto, que comienza haciendo alusión a una fotografía de una sobrina de Felice, de la que comenta: Sí, esta niña merece ser amada. Esta mirada temerosa, como si en el estudio se exhibiera todo el horror del mundo. Pero ¿qué clase de amor no hubiera sido preciso para ahorrarle a la niña los horrores del amor que para el Dr. K. constituían, más que ningún otro, los horrores de la tierra? Y cómo ha de hacerse para que, al final, incapaz de abandonar la vida, no yazgamos ante el podestá con una enfermedad que sólo se puede curar en el lecho y para que a éste, quien en definitiva ha de salvarnos, no le pongamos sonriendo la mano sobre la rodilla, en un momento de ensimismamiento, del mismo modo que Gracchus, el cazador.

IV

Il ritorno in patria

Después de haber estado durante los últimos meses de verano en Verona ocupado en mis diferentes quehaceres, si bien, como ya no podía seguir aguardando al invierno, las semanas de octubre estuve alojado en un hotel emplazado mucho más allá de Bruneck, al final de la vegetación, una tarde de noviembre de 1987, cuando el monte Grossvenediger emergió de una nube gris de nieve de un modo especialmente misterioso, decidí volver a Inglaterra, no sin antes pasar un tiempo en W., adonde no había vuelto desde niño. Puesto que de Innsbruck sólo sale un único autobús que, además, según averigüé, parte a las siete de la mañana con dirección a Schattwald, no tenía otra opción que coger el expreso nocturno, para mí asociado a un mal recuerdo, que pasa por el Brenner y llega a Innsbruck a eso de las cuatro y media. En Innsbruck, como cada vez que llego, independientemente de la estación del año, reinaba un tiempo horrible. Seguramente no haría más de cinco o seis grados, y las nubes pendían tan profundas que las casas desaparecían en su interior y el crepúsculo del amanecer no podía elevarse. A ello se le añadía que llovía sin interrupción. De modo que ir al centro de la ciudad o pasear un trecho a orillas del Inn quedaba descartado. Miré hacia afuera, a la plaza de la estación abandonada. De cuando en cuando, algún vehículo se movía con lentitud por las calles que

relucían en tonos negros. Últimos ejemplares de una especie anfibia en vías de extinción ahora replegada a las profundidades del agua. También la sala de la estación estaba vacía menos una persona de corta estatura y con bocio envuelta en una capa de lluvia. El paraguas empapado, plegado, con la punta hacia arriba, como sujetando una carabina apoyada contra los hombros, caminaba a paso solemne de arriba abajo y ejecutaba unos giros hasta tal punto precisos que parecía estar custodiando la tumba del soldado desconocido. Uno tras otro iban apareciendo los vagabundos; apenas se hubiera podido decir por dónde. Al final en total había una docena de vagabundos y una vagabunda. Formaban un grupo animado alrededor de una caja de cerveza Gösser que, como por arte de magia, y hasta cierto punto surgida de la nada por encantamiento, de pronto se encontraba en el centro de todos ellos. Unidos por el alcoholismo tirolés conocido mucho más allá de las fronteras del país por su extremosidad, se han propagado estos vagabundos de Innsbruck, unos apenas recién separados de la vida burguesa y otros completamente perturbados, todos ellos con un cierto toque filosófico e incluso teológico que trataba tanto los acontecimientos del día como la razón de todas las cosas, a pesar de que justo a quienes tomaban la palabra a voz en grito se les solía atascar el discurso a mitad de la oración. Con la mayor teatralidad y determinación de las que eran capaces, los vagabundos acentuaban sus aclaraciones de turno en cuanto a lo que en ese preciso momento constituyera un tema de debate, e incluso cuando uno de ellos denegaba algo que se había dicho, gesticulando con la cabeza rebosante de desprecio porque la idea que tenía en ese preciso instante no podía expresarla con palabras, parecían proceder sus gestos del repertorio de un arte de representación particular, completamente desconocido en nuestros escenarios. Es posible que esto se debiera a que los vagabundos, quienes, en su totalidad, sostenían una botella de cerveza en la mano derecha, actuaran mancos y con la izquierda. Y posiblemente, deduje sobre la base de

esta observación, fuese oportuno que a todos los estudiantes de arte dramático, al inicio de su carrera, a lo largo de un año se les atara la mano derecha a la espalda. El tiempo se me pasó con este tipo de observaciones hasta que un grupo de aquellos que se desplazan a otra ciudad para acudir a sus puestos de trabajo empezó a atravesar el vestíbulo en número creciente y los vagabundos se disiparon. A las seis en punto abrían lo que se conoce como bares tiroleses. Me senté en el interior de la cafetería de la estación, que en desconsuelo superaba con mucho a todos los otros locales de estaciones de trenes que conozco, me pedí mi café de por la mañana y estuve hojeando el *Noticias del Tirol*. Ambos, tanto el café tirolés como el *Noticias del Tirol*, tuvieron consecuencias en mi estado de ánimo más bien desfavorables. Por eso no me sorprendió en absoluto que las cosas tomaran un giro a peor cuando la camarera, a la que había dejado caer una observación, a mi modo de ver en absoluto desagradable, sobre el café de achicoria tirolés, empezó a insultarme de la forma más malvada que uno se pueda imaginar.

Aterido y trasnochado, como estaba, la desvergüenza de esta camarera de Innsbruck me afectó como una neurotoxina. Las letras temblaban y se volvían borrosas ante mis ojos, y varias veces tuve la sensación de que todo iba a paralizarse en el interior de mi cuerpo. No comencé a sentirme algo mejor hasta que el autobús no rodaba ya fuera de la ciudad. La lluvia seguía cayendo de un modo torrencial, de tal forma que incluso las casas que no quedaban lejos de la carretera sólo podían reconocerse vagamente y las montañas ni siquiera intuirse. De vez en cuando el autobús se detenía, permitiendo montarse a una de las mujeres ya mayores que a ciertos intervalos aguardaban junto a la carretera bajo sus paraguas negros. Así se reunió pronto un buen número de este tipo de mujeres tirolesas. En un dialecto que me era conocido desde la niñez y que se articula en la parte posterior de la garganta, como si fuera una lengua de pájaros, conversaban sobre todo o casi

exclusivamente sobre la lluvia que parecía no querer cesar y que en muchos lugares había movido faldas enteras de montañas. Del heno que se pudría en los campos, y de las patatas que se pudrían en el suelo, y de las grosellas de las que por tercer año consecutivo no habían podido sacar nada, del saúco que este año no había florecido hasta principios de agosto y que estando aún en flor se había echado a perder por la lluvia, y de que, en muchos kilómetros a la redonda, no se había podido cosechar una sola manzana comestible. Conforme seguían discutiendo los efectos de un clima evidentemente menos favorable con el paso del tiempo, sobre la falta de calor y la falta de luz, fuera empezaba a clarear, primero un poco, luego cada vez más. Se podía ver el Inn, sus aguas formando meandros a través de vastos pedregales, y al poco se veían también hermosas praderas verdes. Apareció el sol, el paisaje entero resplandecía, las tirolesas fueron enmudeciendo una por una, solamente observando lo que se sucedía afuera, como un milagro. A mí también me sucedía algo parecido. La comarca, recién barnizada—ahora salíamos del valle del Inn con dirección al puerto del Fernpass—, los bosques vaporosos, la bóveda celeste azul, incluso para mí, que venía del sur y no había tenido que soportar la oscuridad tirolesa más de un par de horas, eran como una revelación. De pronto me sorprendió la presencia de un par de gallinas en medio de un campo verde, que, aunque todavía no había dejado de llover, se habían alejado de la casa a la que pertenecían en lo que me pareció ser un trecho interminable para aquellos diminutos animales blancos. Por un motivo que todavía no he podido comprender, la imagen que ofrecía ese pequeño grupo de gallinas que se había atrevido a salir tan lejos, al campo abierto, conmovió mi corazón. En términos generales, no sé qué es lo que a veces me conmueve tanto de determinadas cosas o seres vivos. Poco a poco íbamos alcanzando más altura. Los espacios de rojo encendido en los que se erguían los alerces brillaban en las laderas de las montañas, y se veía que la nieve había alcanzado cotas muy

bajas. Atravesamos el Fernpass. Me quedé maravillado con el espectáculo que ofrecían los escoriales que, bajando de las montañas, se introducían en los bosques como dedos en el cabello, y de nuevo me volvió a sorprender la velada ralentización de los arroyos que, inalterables, por lo menos en tanto alcanza mi memoria, se precipitan sobre las peñas. En uno de los recodos del camino, dirigí la mirada hacia el abismo desde el autobús que no hacía sino girar, y divisé las superficies de oscuro verde turquesa de los lagos Ferstein y Samaranger, que, ya en mi infancia, cuando hicimos la primera excursión al Tirol en el diesel 170 de Göhl, el chófer, me parecieron quintaesencia de toda belleza imaginable.

Hacia eso del mediodía, ya hacía tiempo que las mujeres tirolesas se habían apeado en Reutte, en Weißenbach, en Haller, Tannheim y Schattwald, el autobús llegó conmigo como último pasajero a la aduana de Oberjoch. Entretanto, el tiempo había vuelto a dar un cambio brusco. Una capa de nubes que transformaba en negro su tonalidad oscura se recostaba sobre todo el valle de Tannheimer, causando un efecto de opresión, lóbreguez y abandono absoluto. Por ninguna parte se percibía el más mínimo movimiento. Ni siquiera se podía ver un solo automóvil en el trayecto que se perdía mucho más atrás, en las profundidades del valle. A un lado se alzaban las montañas adentrándose en la niebla, al otro se extendía una húmeda pradera encenagada, y, en la parte posterior, desde el valle del Vilsgründ, se elevaba el bosque conoidal de Pfrontner, compuesto únicamente por abetos negroazulados. El aduanero que estaba de guardia y que, me dijo, vivía en María Rain, prometió descargar mi bolsa de viaje en el Engelwirt, cuando, una vez concluida la jornada, pasara de vuelta a casa por W. De modo que, después de haber intercambiado un par de palabras más con él sobre aquella estación infernal del año, podía, con sólo la pequeña mochila de piel sobre los hombros, atravesar las húmedas praderas encenagadas que lindaban con tierra de nadie y bajar por la ladera del cañón hacia Krummenbach, y desde allí salir a W. pasando por

Unterjoch, por el molino de Pfeiffer y por el Enge Plätt. El cañón rebosaba de una oscuridad como yo no la hubiera tenido por posible a mitad del día. Sólo a mi izquierda, por encima del curso del arroyo que no se veía desde el camino, oscilaba un poco de luz esparcida. Abetos sin ramas, de más de setenta u ochenta años, se erguían en la pendiente. Incluso aquellos que se enderezaban desde la parte más baja del cañón no lucían copas de un color negro verdoso hasta, como poco, haber superado con creces la parte superior del nivel en el que discurría el camino. Cada vez que el aire ponía algo en movimiento en las zonas más altas, gotas de agua llovían a chorros. Esporádicamente, donde la claridad era mayor, crecían hayas solitarias, deshojadas desde hacía ya tiempo con ramaje y troncos ennegrecidos a causa de la humedad constante. En el cañón no se escuchaba ningún sonido más que el del agua fluyendo por el valle, ningún canto de pájaro, nada. Tenía una sensación de angustia en mi pecho que se iba intensificando, y también sentía como si hiciera más frío y más oscuro se tornase todo cuanto más bajaba. En uno de los pocos trechos algo más claros, desde una especie de púlpito donde se podía mirar tanto hacia abajo, a una cascada y a una poza, como también hacia arriba, hacia el cielo, sin que se hubiera podido decir cuál de ambas perspectivas era más misteriosa, vi, a través de los árboles que parecían querer sobresalir infinitamente hacia el firmamento, que en las alturas plomizas se había desencadenado un torbellino de nieve, del que, no obstante, no llegaba nada al cañón. Cuando tras media hora más de camino el cañón se iba acercando a su fin y se abría la pradera de Krummenbach, permanecí un buen rato bajo los últimos árboles, contemplando, desde la oscuridad, cuan maravillosamente cae la nieve gris blanquecina, con qué mutismo el poco color macilento se diluía en los campos húmedos y abandonados. No lejos de la linde del bosque se erige la capilla de Krummenbach, tan pequeña, que seguramente más de una docena de personas al mismo tiempo no habrían podido cumplir con sus oficios divinos o ejercer su devoción.

Me senté unos minutos en el interior de aquel estuche amurallado. Fuera, por delante de una ventana diminuta, se deslizaban los copos de nieve, y pronto tuve la impresión de encontrarme viajando en una balsa, cruzando un gran océano. El olor a cal húmeda se transformó en brisa marina, sentía el empuje del viento favorable en la frente y el balanceo del suelo bajo mis pies, y me abandoné a la ilusión de un viaje en barco saliendo de montañas anegadas por las aguas. Pero lo que mejor se me ha grabado en la memoria, además de la transformación del muro en una pequeña embarcación de madera, son las estaciones del viacrucis que debieron de haber sido pintadas por una mano torpe a mitad del siglo XVIII y de las cuales la mitad ya está recubierta de moho y carcomida. Incluso en los que presentaban cierto grado de conservación era imposible reconocer más que poca cosa con alguna exactitud —rostros deformados por el dolor y por la rabia, partes del cuerpo contusionadas, un brazo levantado para asestar un golpe—. Las ropas que se habían conservado en tonos oscuros se habían transformado hasta la desfiguración sobre un fondo igualmente desfigurado. De forma que de todo aquello que se podía ver aún uno podía imaginarse tener ante sí una especie de lucha espiritual protagonizada por diferentes rostros y manos que pendían libres en la lobreguez de la desintegración. En aquel momento fui incapaz de recordar y sigo sin poder acordarme de si yo, cuando era niño, había estado alguna vez en la capilla de Krummenbach con mi abuelo, que me llevaba a todas partes. Pero en los alrededores de W. había numerosas capillas como la de Krummenbach, y supongo que mucho de aquello que entonces vi o sentí en su interior habrá permanecido en mí, como el temor a las atrocidades que allí se representan, o el deseo imposible de que la perfecta quietud que reina en su interior se produzca de nuevo. Cuando la nevada hubo amainado me volví a poner en camino a través de la Brante, a lo largo del arroyo Krummenbach, hasta llegar a Unterjoch, donde en Hirschwirt, el restaurante, para entrar en calor y pertrecharme para el próximo

trayecto, que era el doble de largo, me tomé unas sopas de pan y me bebí medio litro de vino tirolés. Mientras, probablemente suscitado por las infortunadas imágenes de la capilla de Krummenbach, me volvió a venir Tiépolo a la memoria y la idea que había abrigado hacía tiempo de que, cuando, desde Venecia, cruzó el Brenner con sus hijos Doménico y Lorenzo en otoño de 1750, decidió en Zirl no salir del Tirol por Seefeld, como le habían aconsejado, sino, hacia el oeste, más allá de Telfs, coger el camino que discurre por detrás de los carros de sal y por los puertos del Fernpass, Gaichtpass, atravesando los valles de Tannheim, Oberjoch e Iller para adentrarse en la parte baja. Y yo me imaginaba a Tiépolo, que en esa época debía de andarse por los sesenta y ya padecía gravemente de gota, tumbado, en el frío de los meses de invierno, en lo más alto del andamiaje, a medio metro debajo del techo de la escalera del palacio de Wurzburg, con la cara salpicada de cal y de pintura, y pese a los dolores en el brazo derecho, aplicar esmalte con mano segura en la octava maravilla del mundo, y el enorme cuadro surgía poco a poco del revoque húmedo. Con este tipo de fantasías en la cabeza y recordando también al pintor de Krummenbach, quien quizá en la época de invierno del mismo año no se esforzaba menos en sus catorce pequeñas estaciones del viacrucis que Tiépolo en su gran mural, caminaba, serían eso de las tres, a través de las praderas al pie del Sorgschrofen y del Sorgalpe, hasta alcanzar la carretera poco antes del molino de Pfeiffer. Desde aquí todavía quedaba una hora para W. La última luz del día estaba a punto de desaparecer cuando llegué a Enge Plätt. A mano izquierda el río, a la derecha las pendientes escarpadas que habían volado alrededor del cambio de siglo para construir la carretera. Encima, delante, y, al cabo de poco tiempo, también detrás de mí no había sino abetales negros, inmóviles. El último trecho del camino se prolongaba en la realidad con la misma infinitud que recordaba. En Enge Plätt se había producido una de las batallas llamadas definitivas en abril de 1945, en la que Alois Thimet, de Rosenheim,

24 años; Erich Daimler, 41 años, de Stuttgart; Rudolf Leitenstorfer, de 17 años, origen desconocido y Werner Hempel, de Borneke (año de nacimiento desconocido), cayeron por la patria, como reza la cruz de hierro de la tumba que sigue existiendo en W. hasta el día de hoy.



En el transcurso de mi corta infancia en W. he oído hablar de formas muy diversas sobre esta última batalla, y me había imaginado a los combatientes, con las caras ennegrecidas por el hollín y fusil preparado, en cuclillas, agachados detrás de un tronco o, saltando de roca en roca sobre los abismos más profundos, suspendidos en el aire, inmóviles, por lo menos durante los instantes en los que contenía el aliento o no abría los ojos.

Cuando salí del cañón del Enge Plätt, también afuera se había hecho casi de noche. De los prados ascendían la nieblas blanquecinas y por debajo, a las orillas del cauce del río que en adelante se alejaba un buen trecho, se erigía el aserradero negro que en los años cincuenta, justo después de mi escolarización, había ardido con todo su almacenaje de maderas en un gran fuego que iluminó todo el valle. Ahora también la oscuridad había caído

sobre la carretera. Se me pasó por la cabeza la idea de que antes, cuando sólo estaba pavimentada con fino macadán blanco, era más fácil caminar por ella. Como una cinta blanca, así se extendía incluso en la oscuridad de una noche sin estrellas, pensé, y de pronto me di cuenta de que apenas podía levantar más los pies de cansancio. Además me afectaba de un modo extraño que en todo el camino, desde que había salido de Unterjoch, no me había rebasado ni un solo vehículo y ninguno me había salido al encuentro. Sobre el puente de piedra, poco antes de las primeras casas de W., me quedé detenido un buen rato, escuchando el murmullo uniforme del río Ach y mirando hacia el interior de una oscuridad que ahora envolvía todo. Sobre un escorial que se extendía junto al puente en el que crecían sauces, arbustos de belladonas, candelarias, verbenas y artemisas, siempre hubo aquí, en los meses de verano de posguerra, un campamento de gitanos. Cuando íbamos a la piscina que la comunidad había construido en el año 36 con el propósito de fomentar la salud pública, teníamos que pasar por delante de su campamento, y cada vez que llegábamos a este mismo sitio mi madre me cogía en brazos. Por encima de sus hombros los veía levantar brevemente la mirada de las diferentes tareas que siempre estaban desempeñando, para y después volver a hundirla rápidamente, como si les diera asco. Dudo que ningún vecino les haya dirigido alguna vez la palabra y, por lo que sé, tampoco los gitanos venían al pueblo a vender baratijas o predecir la buena ventura. De dónde eran, de qué forma habían conseguido resistir la guerra y por qué habían escogido precisamente este lugar desierto junto al puente del Ach como residencia de verano, eran preguntas que no se me ocurrieron hasta el momento en el que estuve hojeando el álbum de fotos que mi padre había traído de regalo a mi madre en las llamadas primeras Navidades de guerra. Contiene imágenes de la llamada campaña de Polonia, todas pulcramente rotuladas con tinta blanca. En algunas de las fotografías pueden verse gitanos que han sido hechos

prisioneros. Miran con amabilidad a través de la alambrada de púas, en algún lugar muy alejado de Eslovaquia, donde padre ya estaba estacionado en su tren-taller semanas antes del llamado estallido de la guerra.



Hacía más de treinta años que no había estado en W. A pesar de que durante este largo tiempo —en mi caso no había una extensión de tiempo más larga— muchas de las localidades vinculadas a W. tales como Altachmoos, el bosque parroquial, la avenida que sale con dirección a Haslach, el servicio de distribución de aguas, el cementerio para los muertos de peste en Petershal, o la casa de Dopfer, el jorobado, en Schray, volvían constantemente a mis sueños de día y de noche y me resultaban ahora más familiares de cuanto me habían sido nunca, el pueblo, para mí, pensé a mi llegada a horas algo tardías, seguía emplazado en el extranjero más que cualquier otro lugar imaginable. Hasta cierto punto me tranquilizaba que ahora, durante mi primer paseo por las calles envueltas en una luz pálida, lo encontraba todo transformado de raíz. La casa del administrador forestal, una pequeña villa cubierta con ripias y adornada con una cornamenta de ciervo y número del año 1913 sobre la entrada, había procurado, junto con su pequeño huerto, el espacio necesario para una colonia de vacaciones; ya no

existía la Casa del Servicio Voluntario de Bomberos, con su torre bellamente decorada, en donde las mangueras colgaban a la espera silenciosa del próximo incendio; todas las granjas, sin excepción, habían sido reformadas y en todas se había levantado un piso más; la casa del cura, la del capellán, la escuela, la alcaldía, en la que Fürgut, el escribiente manco, entraba y salía con una regularidad tal que el abuelo podía poner los relojes en hora, la quesería, la casa de los pobres, las tiendas de mercería y de ultramarinos de Michael Meyer, todo ello se había renovado a conciencia, cuando no desaparecido por completo. Ni siquiera al entrar en el Engelwirt tuve la sensación de conocer el lugar en el que estaba, puesto que también en el Engelwirt, en cuyo primer piso habíamos estado viviendo de alquiler varios años, habían reconstruido el interior desde los cimientos hasta el entramado del tejado, por no mencionar, evidentemente, la decoración. Lo que ahora, pulcramente engalanado al estilo alpino de la nueva Alemania que se había extendido por toda la república, se ofrecía en calidad de lo que denominaban un lugar de hospitalidad esmerada, fue en su época una taberna de mala reputación donde los campesinos permanecían hasta muy entrada la noche y, sobre todo en invierno, a menudo bebían hasta perder el sentido. El Engelwirt debía su posición en el pueblo, a pesar de todo inquebrantable, al hecho de que, además de la taberna velada por el humo bajo cuyo techo corría el tubo de calefacción más entrelazado que he visto nunca en ninguna parte, disponía de una enorme sala en la que se podían poner largas mesas para bodas y banquetes de funeral en las que cabía medio pueblo. También en la sala del Engelwirt se echaban sonoros noticieros semanales y películas como *Amor de piratas*, *Niccolò Paganini*, *Tomahawk o Monjes*, *mujeres y panduros* cada catorce días. Se veía a estos panduros galopar a toda velocidad a través de un luminoso bosque de abedules y a los indios cazar en una llanura infinita, se veía al violinista mutilado arrancando una cadencia a su instrumento al pie del muro de la prisión mientras su

compañero segaba los barrotes de hierro de su celda, al general Eisenhower, regresando de Corea, bajar de un avión cuyas hélices aún continuaban girando lentamente, al cazador del convento, a quien un oso había desgarrado el pecho de un zarpazo, caminar a trompicones hacia el valle, y se veía a políticos, delante del edificio del parlamento, apearse con torpeza del asiento trasero de un Volkswagen, y en casi todos los noticieros semanales se veían también los montones de ruinas de ciudades como Berlín y Hamburgo, a los que durante mucho tiempo no pude relacionar con la destrucción que se había sucedido en los últimos años de una guerra de la que no sabía nada, muy al contrario, era algo que tenía por una peculiaridad natural, por decirlo de alguna manera, propia de todas las ciudades más grandes. Pero de todas las actividades de la sala del Engelwirt, la impresión más profunda me la dejó la representación de *Los bandidos* de Schiller que debió de tener lugar en el año 48 o 49 y que fue repetida varias veces a lo largo de todo el invierno. Con toda seguridad habré estado sentado media docena de veces entre el auditorio de la sala oscurecida del Engelwirt, en parte venida incluso de pueblos vecinos. Apenas algo de lo que más tarde vería en el teatro desataría en mí una conmoción parecida a *Los bandidos*, a saber, la imagen del viejo Moor en su desierto gélido, el espantoso Franz, deambulando con sus hombros tan altos, el retorno del hijo pródigo a los bosques de Bohemia o el extraño e ínfimo giro del cuerpo, que cada vez me producía una sensación de desasosiego tan intensa, con el que Amalia, lívida como la muerte, decía: ¡Escucha!



¿Acaso no ha chirriado la puerta? Y ya había aparecido delante de ella Moor, el bandido, y él podía hablarle de cómo su amor hacía reverdecer el ardiente desierto de arena y florecer los arbustos silvestres, pero sin reconocer a aquel que en persona estaba frente a ella y del que aún se creía separada por montañas, mares y horizontes. En este momento siempre quise intervenir en la acción y explicar a Amalia con una sola palabra que para trasladarse de la cárcel polvorienta al paraíso del amor, tal y como deseaba, no hubiese tenido más que extender la mano. Pero como no me resolvía a intervenir de esta manera, el otro giro que posiblemente hubieran podido tomar los acontecimientos del escenario permaneció oculto para mí. Una vez, hacia el final de la temporada artística, a principios del mes de febrero, representaron *Los bandidos* al aire libre, en el césped que crecía junto a la casa del jefe de correos, sobre todo para que se pudiera hacer una serie de tomas fotográficas. El cuento de Navidad, que se realizó de esta guisa, no fue digno de verse sólo a causa de la nieve que cubría el suelo durante esta representación al aire libre incluso en las escenas que se desarrollaban en el interior, sino sobre todo porque el bandido Moor aparecía montado a caballo, lo cual no hubiera sido posible en la sala del Engelwirt. Creo que en esta ocasión me llamó la atención por vez primera la frecuencia con la que los caballos tienen una expresión de cierta locura.

Por lo demás, la representación de *Los bandidos* en el prado del jefe de correos fue la última, incluso creo que fue la última representación teatral en W. Sólo por carnaval los actores se volvieron a poner sus trajes, al parecer para acompañar a las comparsas de carnaval y posar junto con los bomberos y los bufones para la foto de grupo.

Detrás de la recepción del Engelwirt, después de que, durante un buen rato, no se hubiera producido ningún movimiento a mi llamada, apareció una dama muy parca en palabras. No había oído por ninguna parte que se abriera ninguna puerta y por ninguna parte la

había visto entrar; sin embargo, ahí estaba de pronto. Me examinaba con franca reprobación, ya fuera por mi apariencia externa, que después de larga marcha movía a la conmiseración, ya por el hecho de que mi actitud distraída le hubiera podido parecer incomprensible. Pedí una habitación del primer piso que diese a la calle, en principio por un tiempo indefinido. Aunque debía de ser posible corresponder a mis deseos sin la menor dificultad dado que también para la industria hotelera noviembre es un mes muerto en el que el reducido personal que se había quedado en la casa vacía ahora a los huéspedes que se habían marchado como si en efecto se hubieran marchado para siempre, aunque, entonces, sin duda tenía disponible una habitación del primer piso que diese a la calle, la señora de la recepción estuvo hojeando en su registro hacia adelante y hacia atrás antes de hacerme entrega de la llave. Mientras, como si tuviese frío, juntaba con la mano izquierda las dos partes delanteras de su chaqueta de punto, despachando de un modo complicado y torpe sólo con la otra mano, con lo que, me pareció, quería ganarse un tiempo de reflexión frente a este singular huésped de noviembre. Atentamente y con las cejas arqueadas, estudió el papel de inscripción ya relleno, en el que, bajo profesión, me había inscrito como «corresponsal en el extranjero» y había puesto mi complicada dirección inglesa, pues cuándo y por qué motivo habría de venir a W. un corresponsal de extranjero inglés, en noviembre, a pie y ¡sin afeitarse!, y querría ocupar una habitación en el Engelwirt por una temporada que no había especificado. La dama, de quien, estoy convencido, en caso contrario administra con gran competencia, producía una sensación de absoluta inseguridad cuando, al preguntarme por el equipaje, le respondí que me lo traería esa misma noche un aduanero del puesto de Oberjoch.

Pese a los cambios arquitectónicos que se habían llevado a cabo en el Engelwirt podía constatar con exactitud que la habitación que me había sido asignada se encontraba en el mismo lugar en el que había estado nuestro salón y con la misma decoración que mis

padres habían ido adquiriendo cuando, después de dos, tres años de rápido ascenso, ya podía considerarse libre de toda incertidumbre el hecho de que mi padre, admitido en el llamado ejército de los cien mil hombres durante la república agonizante y por aquel tiempo en vísperas de ser ascendido a jilmaestre, con la llegada del nuevo Reich podía contar no sólo con un futuro asegurado, sino con tener algún tipo de representación. Es probable que la adquisición de una decoración de salón adecuada al cargo que, según una prescripción tácita, correspondía con exactitud al concepto del buen gusto de una pareja media representativa de la sociedad sin clases que en aquel tiempo se estaba configurando, haya supuesto para mis padres, ambos de la provincia más recóndita, esto es, de W. y del bosque bávaro, y después de una juventud que en muchos sentidos no había sido fácil, el momento en el que empezaron a creer que había una justicia superior. Así pues, este salón consistía en un armario de pared de madera maciza en el que se guardaban los manteles, las servilletas, la cubertería de plata, los adornos navideños, y, detrás de las puertas de cristal de la vitrina, el servicio de té de porcelana china que, si no me equivoco, no se había utilizado ni una sola vez; en un aparador sobre el que, en un orden simétrico, estaban colocados una sopera de loza vidriada en unos tonos extraños y dos floreros de cristal sobre pequeños mantelitos bordados; en la mesa de comedor extensible con las seis sillas; en un sofá con un surtido de cojines hechos a mano; en dos pequeños paisajes alpinos en marcos lacados en negro que colgaban de la pared a una altura diferente; en una pequeña mesa de fumador con cajas de puros y pitilleras y un candelabro de cerámica de varios colores, un cenicero de cuerno de ciervo y latón y un fumívoro eléctrico con la figura de un búho. De la decoración del salón también formaban parte, además de las cortinas y de los estores, la lámpara del techo y la lámpara de pie, una jardinera de caña de bambú, en cuyos diferentes niveles, un tilo de interior, un abeto blanco, un cactus de Navidad y una espina de

Cristo llevaban su existencia de vegetal manteniendo un orden estricto. Cabe señalar que, sobre el armario de salón, el reloj de salón contaba las horas a su modo despiadado y que en la vitrina, al lado del servicio de té chino, había un espacio dedicado a una serie de escritos dramáticos encuadernados en lino, los de Shakespeare, Schiller, Hebbel y Sudermann. Eran unas ediciones económicas de la Asociación de Teatro Popular que un buen día mi padre, a quien jamás se le hubiese pasado por la cabeza ir al teatro y aún mucho menos leer una obra, había comprado a un vendedor ambulante en un arrebatado de conciencia cultural. La habitación de los huéspedes, a través de cuyas ventanas ahora estaba yo mirando a la callejuela, se encontraba a una distancia considerable de todo ello; a mí mismo, no obstante, en aquel momento no me separaba más que un suspiro, y no me hubiera sorprendido lo más mínimo que el reloj de salón se hubiera colado en mis sueños dando las horas.

Al igual que en la mayoría de las casas en W., un pasillo dividía en dos partes el entresuelo y el primer piso del Engelwirt en sentido longitudinal. En el entresuelo, a un lado, se encontraba el salón, al otro la taberna, la cocina, la cámara frigorífica y el urinario. En el piso de arriba, Sallaba, el arrendatario cojo que después de la guerra había aparecido en W., tenía una casa con su hermosa mujer quien a todas luces parecía despreciar el pueblo. Sallaba poseía un gran número de trajes elegantes y corbatas con alfileres. Pero era menos su vestuario en verdad extraordinario para W. que el hecho de tener una sola pierna y la asombrosa rapidez y virtuosidad con la que se movía con las muletas lo que a mis ojos le confería ese toque de hombre de mundo. De Sallaba se decía que era renano, designación que durante mucho tiempo ha perdurado en mí como un enigma y a la que he tenido por un rasgo de su carácter. Además de los Sallaba y de nosotros, en el primer piso vivía la dueña del Engelwirt, Rosina Zobel, que hacía algunos años había abandonado la regencia de la taberna y desde entonces permanecía el día entero en su cuarto, sumido en la penumbra. Se quedaba sentada en su

sillón orejero, iba de un lado a otro, o estaba tumbada en el canapé. Nadie sabía si el vino tinto la había hecho melancólica o si por melancolía se había dado al vino tinto. Nunca se la veía trabajando; ni iba de compras, ni guisaba, ni se la veía lavar la ropa o limpiar la habitación. Una única vez la vi en el jardín, con un cuchillo en la mano y un manojo de cebollinos, mirando el peral recién cubierto de hojas. La puerta de la habitación de la dueña del Engelwirt no solía estar más que entornada, y a menudo entraba en su cuarto y me pasaba horas mirando la colección de postales que tenía dispuesta en tres grandes infolios. La tabernera que, con el vaso de vino en la mano, alguna vez se sentaba conmigo, de cada postal no decía más que el nombre de la ciudad que yo estaba señalando. Con el paso del tiempo esto derivó en una larga letanía topográfica de nombres de localidades como Coira, Bregenz, Innsbruck, Altaussee, Hallstatt, Salzburgo, Viena, Pilsen, Marienbad, Bad Kissingen, Wurzburg, Bad Homburg y Francfort del Meno. También había muchas postales italianas de Merano, Bolzano, Riva, Verona, Milán, Ferrara, Roma y Nápoles. Una de ellas, que muestra el cono humeante del Vesubio, no sé cómo ni de qué manera, fue a parar al álbum de mis padres y de ahí a mi propiedad.

El tercer tomo contenía fotografías de ultramar, en particular del Lejano Oriente, de la Indochina holandesa, de China y de Japón. Esta colección de tarjetas postales, que alcanzaba varios cientos de piezas, había sido reunida por el marido de Rosina Zobel, el viejo tabernero, quien antes de su matrimonio con Rosina había gastado la mayor parte de una herencia considerable viajando por casi todos los escenarios de la historia universal, y ahora llevaba ya unos cuantos años postrado en la cama. Contaban que yacía en el cuarto contiguo a la habitación de Rosina, y que tenía en la cadera una herida enorme que no acababa de cicatrizar. Parece ser que, cuando era joven, había querido esconder a su padre un puro, que había estado fumando a escondidas, metiéndolo en el bolsillo del pantalón. Que la quemadura contraída de esta forma había

mejorado al cabo de poco tiempo, pero que sin embargo más adelante, cuando el tabernero iba camino de los cincuenta, se le había abierto una y otra vez y ya no se le había vuelto a cerrar, incluso se hacía más grande de un año para otro, y por eso, decían, podía ocurrir perfectamente que pronto muriera de la gangrena que le había producido. Este juicio que yo no podía comprender lo acogí como una especie de sentencia, y me figuraba la escena del martirio del dueño del Engelwirt con todos los colores del fuego. Pero nunca llegué a ver en persona al tabernero del Engelwirt, y la tabernera, que así y todo apenas decía nada, tampoco le ha mencionado jamás, creo yo. Sin embargo me pareció haberle escuchado resollar un par de veces en la otra habitación. Más tarde, conforme iba aumentando la distancia, tenía por un hecho cada vez más improbable que hubiese existido el tabernero del Engelwirt y no hubiera sido un mero producto de mi imaginación. En cualquier caso, pesquisas más rigurosas realizadas en W. no han dejado ninguna duda. Arrojaron también como resultado que los hijos de los taberneros, Johannes y Magdalena, no mucho más mayores que yo, se habían criado fuera, en casa de una tía, porque la tabernera, tras el nacimiento de Magdalena, ya empezaba a tener serios problemas con el alcoholismo y no era capaz de seguir ocupándose de los niños. Conmigo, la tabernera, tal vez porque por lo demás no tenía que hacerse cargo de mí, mostraba una paciencia infinita. No fueron raras las ocasiones en las que me sentaba a su lado, ella en el cabecero y yo al pie de la cama, y le recitaba todo lo que me sabía de memoria, no en último lugar el padrenuestro, el ángelus y otras oraciones que ella, casi en su mayor parte, no era ya capaz de proferir. Aún la estoy viendo cómo me escucha, la cabeza, con los ojos cerrados, apoyada en el armazón de la cama, y a su lado, sobre la plancha de mármol de la mesilla de noche, el vino y la botella de Kalterer, y cómo a intervalos expresiones de dolor y de alivio cubrían su rostro. Por cierto que también he aprendido de la tabernera cómo se anuda un lazo y siempre, cuando salía de la

habitación, me imponía las manos. A veces aún puedo sentir su pulgar en la frente.



Al otro lado de la calle, enfrente del Engelwirt, se encontraba la casa de los Seelos, en donde vivían los Ambroser, de cuya casa mi madre entraba y salía con mucha frecuencia por estar muy unida a los niños de los Ambroser, más o menos unos diez años menores que ella y a los que había tenido que cuidar muchas veces cuando crecieron. Los Ambroser habían llegado el siglo pasado a W. procedentes de Imst, el Tirol, y siempre que había algo que censurarles se les seguía llamando los tirolese. Por lo demás se llamaban según la casa de la que se habían hecho cargo, de modo que no se les llamaba Ambroser, sino Seelos Maria, Seelos Lena, Seelos Benedikt, Seelos Lukas y Seelos Regina. Seelos Maria era una mujer pesada y lenta quien desde la muerte de su marido, Baptist, que ya había acaecido hacía unos cuantos años, vestía de negro y se pasaba los días hirviendo café, lo que hacía a la usanza turca quizá en memoria de Baptist, que había sido maestro de obra sin título y que como tal había estado trabajando en Constantinopla durante dieciocho meses antes de la Primera Guerra Mundial, de donde se supone había traído el arte de cocer café. Casi todas las obras de cierta envergadura de W. y de los alrededores, la escuela, el edificio de la estación de Haslach y la presa de agua, que surtía de corriente eléctrica a todo el distrito, habían sido proyectadas en el tablero de dibujo del maestro de construcción Ambroser, y

ejecutadas bajo su dirección. Murió, demasiado pronto, como siempre se ha dicho, el día de la fiesta de mayo del año 33 de un derrame cerebral. Fue encontrado en su oficina, desplomado bajo el aparato heliográfico, con el lapicero detrás de la oreja y el compás aún en la mano. Los Seelos vivían de la herencia de Baptist y de las rentas de los campos y de las dos casas que éste había adquirido en vida. El estudio de Baptist estaba alquilado, curiosamente, a un turco de unos veinticinco años llamado Ekrem, que, a causa de la caída del régimen, como se solía decir, había llegado a parar a W. de sólo Dios sabe dónde, y confeccionaba en la cocina grandes cantidades de un dulce llamado miel turca que después vendía en las ferias. Es posible que también haya sido Ekrem quien le haya enseñado a Seelos Maria cómo hervir el café, reuniendo en sus viajes el café negro del que siempre disponía Maria incluso en los tiempos de mayor necesidad. Un día la Seelos Lena dio a luz un niño de Ekrem, que por suerte, como he oído decir, no alcanzó a vivir más de una semana. Puedo acordarme perfectamente de cómo el ataúd diminuto, blanco, fue subido al cementerio sobre el coche fúnebre, grande y negro, tirado por los caballos negros de Erd, el granjero, y cómo, durante el entierro, el agua de la lluvia chorreaba del montón de barro que había junto a la pequeña fosa. Ekrem desapareció poco después de W., si es que no había desaparecido ya, decían que a Múnich, donde debió de abrir un comercio de frutas del sur, y Lena emigró a California, donde se casó con un ingeniero de telefonía con el que se mató en un accidente de coche.

A la familia de los Seelos también pertenecían las tres hermanas solteras de Baptist, las tías Babett, Bina y Mathild, que vivían en la casa vecina, y Peter, el tío también soltero, que había sido constructor de coches y había tenido su taller en la parte trasera de la casa. En la posguerra, en la que debía de andar ya por los sesenta años, solía estar casi siempre deambulando por la parte inferior del pueblo mirando cómo trabajaba la gente. Sólo en casos excepcionales cogía él mismo una herramienta con la mano y

escarboteaba un poco en el patio o en el jardín. No he conocido a Peter de otra forma, pues ya quedaban muy atrás los años en los que había ido perdiendo poco a poco la razón. Había empezado por descuidar cada vez más su oficio, pues a pesar de seguir admitiendo encargos, los dejaba a la mitad en caso de que hubiera emprendido su realización, y por dedicarse a llevar a cabo planos pseudoarquitectónicos, como por ejemplo el de una casa de aguas levantada sobre el Ach o el de un púlpito de bosque que, sostenido por una construcción en forma de escalera de caracol, había de rodear la copa de uno de los abetos más altos del bosque parroquial, desde el cual el cura, todos los años, tendría que pronunciar un discurso a su bosque en una fecha determinada. Es una verdadera lástima que haya desaparecido la mayoría de estos planos para los que Peter había delineado un pliego de papel tras otro y cuya ejecución nunca llegó a acometer en serio. Lo único que sí llevó a cabo fue lo que él llamaba el pabellón que construyó en el interior del entramado de la cubierta de la casa de los Seelos, introduciendo aproximadamente un metro de tarima debajo de la cresta del tejado sobre el que después, una vez retiradas las tejas, se pudo instalar, a través de la cresta y sobresaliendo hacia el exterior, el armazón de madera de un observatorio acristalado a la redonda. Desde este observatorio, la mirada, por encima de los tejados del pueblo, lograba adentrarse en los terrenos tapizados de musgo y en los campos, y mucho más lejos aún llegar hasta las sombras de los bosques de las montañas que ascendían desde el fondo del valle. La construcción del pabellón le llevó bastante tiempo y Peter, tras haber celebrado completamente solo la fiesta de cubrir aguas, se pasó semanas sin bajar de su puesto de observación. Parece que pasó allí arriba una gran parte de los primeros años de la guerra, durmiendo durante el día y estudiando las estrellas durante la noche, registrando sus constelaciones en grandes pliegos de cartón azul oscuro, es decir, marcándolas con buriles de diferente grado de forma que cuando sujetaba los pliegos azules en los

marcos de madera de su cápsula de cristal podía tener la ilusión, igual que en un planetario, de que sobre su cabeza se arqueaba el firmamento cubierto de estrellas. Hacia el final de la guerra, cuando al Seelos Benedikt, que siempre había sido un niño miedoso, se le envió a Rastatt, a una academia de suboficiales, el estado de Peter empeoró a ojos vistas. De vez en cuando vagaba por el pueblo con un capote recortado de su mapa celeste, diciendo que, incluso durante el día, se podían ver las estrellas tanto desde lo hondo de un pozo como desde la cumbre de las montañas más altas, con lo que es probable que se consolara del miedo que ahora, cada vez que irrumpía la oscuridad que antes siempre había esperado con tanta impaciencia, le asaltaba hasta tal punto que se tapaba los oídos y daba golpes como un loco en torno a sí. Por eso en el primer rellano de la escalera le construyeron un pequeño habitáculo de madera iluminado desde el exterior en el que se le puso la cama y adonde iba por su propio pie a últimas horas de la tarde. El pabellón no se volvió a utilizar desde entonces. Sólo cuando se incendió el aserradero se acordaron otra vez de la atalaya. Todos, como entonces, subimos al pabellón, el clan de los Seelos y media vecindad, y todos estuvimos contemplando al enorme tizón llamear hacia el cielo e iluminar desde abajo la nube de humo que pasaba a lo lejos. Pero el tío Peter no estaba con nosotros. Aquel mismo año en el que se quemó el aserradero fue ingresado en el hospital de Pfronten, porque de pronto nadie, ni siquiera Regina, la más hermosa de los hijos de los Seelos y quien le inspiraba mayor confianza, podía lograr que se metiese algo de comida al cuerpo. Peter no dejó que le retuvieran en el hospital, sino que durante la primera noche se levantó y se marchó de allí dejando un papel en el que se dice que ponía: «Estimado señor Doctor: Me voy al Tirol. Afectuosamente, Peter Ambroser». La búsqueda que a continuación se inició tras él no tuvo ningún éxito, y hasta el día de hoy no han conseguido dar con la más mínima huella suya.



Los primeros días de mi estancia en W. no abandoné el Engelwirt. Atormentado de noche por los sueños y sin lograr descansar hasta la llegada del alba, me quedaba dormido, cosa que de lo contrario nunca me es posible, hasta el mediodía. Durante las horas siguientes, sentado en la taberna, vacía, me mantenía ocupado con mis notas y con las reflexiones que éstas traen consigo, y cuando, al anochecer, llegaban los campesinos a los que sin excepción conocía de vista de mis tiempos de colegio, por lo que todos me parecían haber envejecido de golpe, no me cansaba de escucharles con atención desde el otro lado de mi aparente lectura de periódico mientras pedía un vaso tras otro de Lagreiner. Los campesinos, la mayoría con el sombrero puesto, estaban acurrucados como antaño, bajo el enorme cuadro de leñadores. El cuadro, que ya colgaba en el antiguo Engelwirt en el mismo lugar, se había oscurecido a lo largo de todos estos años de tal forma que de inmediato no se podía saber con seguridad qué es lo que representaba. Hasta que uno no llevara un buen rato observándolo con atención, en la superficie del cuadro no emergían los fantasmas de los leñadores. Estaban descortezando y poniendo garfios de hierro a los troncos caídos, y se les había retratado en poses

poderosas, tales como levantar el brazo y preparar el golpe, características de la heroificación del trabajo y de la guerra. Hengge, el pintor, de quien sin duda procedía el cuadro, había confeccionado muchas de estas estampas de leñadores. El momento cumbre de su fama había tenido lugar en los años treinta, y había llegado a ser famoso incluso en Múnich. En las paredes de las casas de W. y demás alrededores podían verse murales suyos, fieles a sus tonalidades marrones de siempre, que sólo diferían de sus motivos principales, entre los que, junto a los leñadores, figuraban los cazadores furtivos y los campesinos insurrectos bajo su bandera, cuando expresamente se le había dado un motivo determinado. En la casa de los Seefelder, por ejemplo, en la que el abuelo tenía la buhardilla en la que nació, se había reproducido una carrera de coches porque a Ure Seefelder, herrero de oficio, le había parecido adecuada a la tienda de maquinaria que había abierto en el pueblo unos cuantos años antes de la guerra y a la nueva era que ahora también había comenzado en W., y, en la pequeña casa de los transformadores, a las afueras del pueblo, había incluso una representación alegórica de la energía hidroeléctrica. Todos esos cuadros de Hengge tenían para mí algo que me intranquilizaba sobremanera. Uno en particular, el fresco situado en la Caja de Ahorros Rural que representaba una segadora erguida, puesta en pie frente a un campo en época de siega, que a mí siempre me había parecido un terrible campo de batalla, me inspiraba tal temor que cada vez que pasaba por delante tenía que apartar los ojos. De modo que Hengge, el pintor, era capaz de ampliar su repertorio. No obstante, cuando podía abandonarse por completo a su propio sentido artístico, no pintaba más que cuadros de leñadores. Incluso después de la guerra, cuando, por diferentes motivos, su monumental obra ya no se cotizaba mucho, no desistió de su empeño. A lo último su casa debió de estar repleta de cuadros de leñadores, tanto, que él mismo apenas tenía sitio dentro, y la muerte, como rezaba la necrológica, le sorprendió trabajando de

lleno en un cuadro que representaba un leñador sobre un trineo de madera en un descenso peligrosísimo. Reflexionando sobre los cuadros de Hengge, el pintor, se me ha ocurrido que estos cuadros, a excepción de los de la iglesia parroquial, han sido más o menos los únicos que habré visto hasta mi séptimo u octavo año de vida, y ahora me parece como si estas imágenes de leñadores y crucifixiones y la gran pintura de la batalla de Lechfeld, donde Ulrich, el príncipe obispo, pasa con su caballo blanco por encima de un huno que yace en el suelo y en el que también los ojos de todos los caballos tienen cierta expresión de locura, me hubiesen causado un efecto demoledor. Por ello, cuando mis notas llegaron a un punto concreto, abandoné mi puesto en la taberna del Engelwirt para volver a examinar estos cuadros, si es que seguían estando en el mismo sitio. No podría decir si, a causa del reencuentro, estos cuadros me resultaban más o menos demoledores. Más bien me causaban el efecto contrario. Sea como fuere, ir de un cuadro a otro me animó a seguir caminando; salí a los campos y subí a los caseríos que se yerguen en los cerros de los alrededores, subí a Bichl y a Adelharz, llegué a Enthalb der Ach, a Bärenwinkel y a Jungholz, a Reutte de arriba y Reutte de abajo, a Haslach y saliendo a Oy, a Schrey y a Elleg, caminos, todos ellos, que había recorrido con mi abuelo en mi infancia y que tanto habían supuesto en mis recuerdos, pero que ahora, en la realidad, como hube de constatar en aquel momento, carecían de todo significado. De cada una de estas excursiones regresaba abatido al Engelwirt y a los dispares apuntes en los que últimamente había encontrado un cierto apoyo, incluso cuando en aquellos instantes siempre tenía ante mí, en señal de advertencia, el ejemplo de Hengge, el pintor, y la cuestionabilidad de la pintura artística.







Mis indagaciones dieron como resultado que Lukas era el único de los Seelos que seguía viviendo en W. La casa de los Seelos había quedado abandonada y Lukas vivía en la casa contigua, más pequeña, que antiguamente habían administrado Babett, Bina y Mathild. Llevaría ya unos diez días en W. cuando por fin me decidí a visitar a Lukas. Inmediatamente me dijo que me había visto salir varias veces del Engelwirt, pero que no había sabido dónde encasillarme. Pensándolo bien ahora, por supuesto que no le recordaba al niño, sino al abuelo, que, según él, tenía el mismo andar que yo y que, cuando salía por la puerta de una casa, primero se quedaba parado un momento, como yo, para mirar qué tiempo hacía. Creí advertir que mi visita alegraba a Lukas, ya que, después de haber estado trabajando en una fábrica de planchas de hojalata de construcción hasta cumplir la edad de cincuenta años, se había

acogido, como se suele decir, a la jubilación anticipada a causa de una artritis que paulatinamente le había ido deformando, y ahora se pasaba los días en casa, en el sofá, mientras su mujer seguía llevando la papelería del viejo Specht. Nunca, dijo al cabo de muy poco tiempo, hubiera creído que los días, el tiempo y la vida se le pueden hacer a uno tan largos cuando le dejan aparcado en la vía muerta. Le apesadumbraba además que, dejando a un lado a Regina, que se había casado en el norte de Alemania con un empresario, él era el único Ambroser que quedaba. Me contó la historia de la desaparición del tío Peter en el Tirol, de la muerte de la madre que aconteció poco después, la cual, en las últimas semanas de su vida, había perdido tanto de su mucho peso que nadie la hubiera podido reconocer, y durante mucho tiempo se estuvo comentando la extraña circunstancia de que las tías Babett y Bina, quienes habían hecho todo juntas desde la infancia, habían muerto el mismo día, una del corazón y la otra por el horror que le había supuesto la muerte de la hermana. Del accidente de coche en América en el que perdieron la vida Lena y su marido, continuó, nunca se ha podido averiguar gran cosa. Por lo visto, lo único que había ocurrido es que se habían salido de la carretera con su nuevo Oldsmobile, el cual tenía unos neumáticos blanquísimos, como había visto en una foto, precipitándose al fondo de un barranco. Mathild había vivido mucho tiempo, hasta bien entrados los ochenta, tal vez porque de todos era la que había tenido la cabeza más despierta, dijo Lukas. Había tenido una muerte dulce, en su propia cama, en mitad de la noche. Exactamente de la misma forma en la que se acostaba todas las noches se la había encontrado su mujer a la mañana siguiente. Por el contrario, con Benedikt, dijo sin querer entrar en más detalles, se había cebado la mala suerte antes de acabar con él, y ahora, remató, había llegado su turno. Después del punto final que con aquella observación había puesto Lukas a la historia de la familia de los Ambroser, me pareció que no sin un atisbo de estar en cierto modo satisfecho, quiso saber qué es lo que

me había vuelto a llevar a W. después de tantos años y precisamente en noviembre. Mis explicaciones, complicadas y en parte contradictorias, le parecieron, para mi asombro, convincentes, sin necesidad de añadir nada más. En especial se adhirió a cuanto dije respecto a que, en mi cabeza, había muchas cosas que con el tiempo habían logrado concordar a la perfección sin que por ello estuviesen más claras, muy al contrario, se habían tornado más enigmáticas. Cuantas más imágenes del pasado reunía, le dije, más improbable me parecía que el pasado se hubiera desarrollado de esta forma, pues no había nada en él que se pudiera denominar normal, sino que la mayor parte era ridículo, y si no era ridículo era algo espantoso. Lukas dijo que ahora, que se pasaba el día entero tumbado en el sofá o como mucho ocupado con pequeños trabajos de la casa que no tenían utilidad alguna, le resultaba incomprensible haber sido una vez un buen portero de fútbol, y que en su época, él, cada vez más atormentado por graves depresiones, había hecho de payaso en el pueblo e incluso, como quizá yo recuerde, en carnaval había desempeñado durante varios años el cargo honorífico de payaso, porque en ninguna parte se había podido encontrar un sucesor que le llegase a la suela de los zapatos. Recordando aquella época gloriosa, a la mano gotosa de Lukas llegó actividad mientras me enseñaba el movimiento de cómo había manejado las tijeras de carnaval, para lo que se necesitaba, decía, una fuerza y un equilibrio únicos, o cómo había acercado la palmeta a las mujeres desde atrás, levantándoles la falda cuando menos se lo esperaban. Y es que mientras se pensaban que estaban seguras, con las puertas cerradas en el piso más alto y asomadas a las ventanas para ver pasar las comparsas de carnaval, él estaba detrás, subido a un henil o a un emparrado, y sembraba el pánico entre ellas, lo que, aunque no lo quisieran reconocer, estaban esperando. Lukas contaba que a menudo no había estado más que en la cocina para llevarse las berlinesas recién hechas que después repartía por la calle, cosa que las mujeres siempre observaban con

entusiasmo y aplausos de aprobación hasta que, al ver vaciarse los platos, se daban cuenta de que eran sus propias berlinesas las que se estaban repartiendo.

En relación con el carnaval acabamos hablando de Specht, el tipógrafo, cuya papelería administraba ahora la mujer de Lukas. Specht, dijo, por carnavales seguía teniendo el árbol de Navidad en el escaparate de la tienda, y el árbol, adornado en la última semana de Adviento y ya completamente deshojado, no sólo había estado en el escaparate en carnaval, sino que con frecuencia llegaba a Semana Santa, teniendo incluso que apremiar a Specht para que por lo menos lo quitase a tiempo para la procesión del Corpus. Specht, que desde los años veinte escribía, editaba, ponía en cajas e imprimía el periódico de cuatro hojas cada catorce días y sin ningún tipo de ayuda, era, como no es extraño en el caso de los tipógrafos, un tipo extremadamente ensimismado. A ello se le añadía que de tanto manejar las oraciones de plomo se había vuelto cada vez más pequeño y más gris. Yo me acordaba muy bien de Specht, a quien primero le había tenido que comprar los lapiceros y después las plumas y los cuadernos de escuela de papel lleno de restos de madera en los que las plumas siempre se quedaban clavadas al escribir. A lo largo de todos esos años gastaba un abrigo de algodón gris que le llegaba casi hasta el suelo, llevaba unas gafas redondas de metal y, cuando alguien entraba en la tienda bajo el campanilleo de la esquila, salía siempre del taller de impresión con un trapo aceitoso en la mano. Por la noche, en cambio, se le veía, envuelto en el resplandor de la lámpara, sentado a la mesa de la cocina y escribiendo los artículos e informes que habían de ser acogidos en el «Landbote». Lukas creía saber que Specht, en la redacción, rechazaba mucho de aquello de lo que semana tras semana escribía para el «Landbote» porque no era suficiente para las exigencias del periódico. Como se nos había hecho tarde y se nos había acabado el Kalterer, Lukas me llevó por toda la casa, me enseñó dónde había estado el Café Alpenrose que habían

regentado Babett y Bina, dónde había tenido su consulta el doctor Rambousek y dónde habían estado los dormitorios y el cuarto de estar de las tres hermanas. Al despedirnos le dije a Lukas, que con su garra de dedos gotosos, semejante a la de un pájaro, sostuvo mi mano empuñada durante largo tiempo, que con mucho gusto, si no le importaba, le iría a visitar para hablar más de aquello que tan atrás quedaba en el pasado. Sí, dijo Lukas, eso de los recuerdos es algo realmente extraño. Que él, cuando está tumbado en el sofá pensando en el pasado, a veces tenía la sensación de ir a tener que operarse de cataratas.



Aquella misma noche, en el Engelwirt, pude reconstruir en cierta medida el Café Alpenrose con la ayuda de una segunda botella de Kalterer. Si Babett y Bina tuvieron la idea de abrir el café, o si Baptist creía saber colocadas con ello a las hermanas solteras, son incógnitas que pertenecen a la prehistoria de la que ya nadie puede acordarse. En cualquier caso, el Café Alpenrose había estado allí y había subsistido hasta la muerte de Babett y Bina aunque jamás entrara nadie. En el jardín de la parte delantera, en verano, debajo de un tilo ahorquillado que procuraba un hermoso techo de hojas aliviando su carga, había una mesa verde de hojalata y tres sillas verdes de jardín. La puerta de la casa siempre estaba abierta, y a

cada pocos minutos aparecía Bina en el umbral, montando guardia a la espera de clientes que habrían de llegar alguna vez. No sé puede decir con seguridad qué es lo que mantenía a los clientes a distancia. Probablemente no se debiera sólo al hecho de que en aquella época no existían los llamados extranjeros que vinieran a veranear a W., sino que la situación era tan desesperada ante todo porque, en el café-bar, Babett y Bina llevaban una especie de local para solteronas del que no había nada que hubiese podido atraer a los hombres. No sé y tampoco Lukas sabía qué tipo de imagen suscitarían ambas hermanas al principio de su trayectoria comercial. Con cierta seguridad no se podía constatar más que, debido a las sucesivas decepciones sufridas a lo largo de los años y a las esperanzas renovadas constantemente, aquello que una vez habían sido o lo que hubieran querido ser había quedado destruido por completo. Después de todo, el menoscabo de todo su ser, vinculado a esta destrucción y originado por la eterna dependencia mutua, tuvo como consecuencia que nadie las considerara dos viejas solteronas a medio hacer. Evidentemente no servía de nada que Bina diese una y otra vuelta alrededor del edificio y del jardín delantero alisándose el mandil con las manos, mientras Babett se quedaba todo el día sentada en la cocina doblando paños de secar los cubiertos, para, inmediatamente, volverlos a desdoblar y volver a doblarlos de nuevo. Sólo gracias a un esfuerzo descomunal consiguieron mantener su propia economía mínima, y qué es lo que hubieran hecho de haberse presentado un cliente es algo inimaginable. Ya para hacer la sopa se estorbaban más de lo que se ayudaban, y la confección semanal del pastel de los domingos era, como me contó Lukas, un asunto de estado mayor que cada vez les llevaba el sábado entero. No obstante, cuando la semana iba tocando a su fin, Babett siempre insistía a Bina y Bina a Babett en hacer el pastel también en esta ocasión, alternando un pastel de manzana con un bizcocho de Saboya. Cada vez, al haber concluido su elaboración, el pastel era llevado con cierta ceremoniosidad a lo

que las dos llamaban el salón de café, y allí, recién espolvoreado e íntegro, como estaba, era colocado debajo de la campana de cristal del aparador junto al pastel de manzana o el bizcocho de Saboya hecho el sábado anterior, de forma que un cliente que hubiese llegado el sábado por la tarde hubiera podido escoger entre dos pasteles, entre un pastel de manzana revenido o un bizcocho de Saboya recién hecho, o entre un pastel de manzana recién hecho y un bizcocho de Saboya revenido. El domingo por la tarde ya no hubiese existido esta posibilidad, pues el domingo por la tarde Babett y Bina consumían o el pastel de manzana revenido o el bizcocho de Saboya revenido en el café del domingo por la tarde, Babett comiendo el pastel con un tenedor de postre mientras Bina lo mojaba en el café, de lo que Babett, muy a pesar suyo, nunca la había podido desacostumbrar. Después de consumir el pastel revenido se quedaban sentadas una, dos horas, ahitas y silenciosas, en el salón de café. En la pared, sobre el aparador, colgaba el cuadro que representaba el suicidio de una pareja de enamorados. Era una noche de invierno y la luna sólo era visible por entre grandes nubes para este último instante. Los dos estaban en el extremo de un pequeño desembarcadero de madera y justo en ese momento estaban dando el paso decisivo. Los pies de la chica y del hombre tendían a la profundidad al unísono y, conteniendo la respiración, se sentía cómo ambos eran ya presa de la gravedad. Sólo recuerdo que la chica tenía un velo fino, verde claro, enrollado alrededor de la cabeza descubierta, mientras el viento tensaba el abrigo oscuro del hombre. Debajo de este cuadro estaba el pastel pensado para la semana venidera, el reloj de pared hacía tictac, y antes de que comenzase a dar las campanadas, gemía siempre un buen rato como si todo en él se negara a anunciar la pérdida de otro cuarto de hora más. A través de las cortinas caía en verano la última luz de la tarde, el primer crepúsculo en invierno y, sobre la mesa del centro, estaba, inmóvil, como siempre, la enorme sansevieria, por la

que pasaba un año tras otro sin dejar rastro y en torno a la que, de una forma misteriosa, todo parecía girar en el Alpenrose.

Mi abuelo solía pasar una vez a la semana por el Alpenrose para hacer una visita a Mathild. Estas visitas semanales consistían en que los dos echaban un par de partidas a las cartas y mantenían despaciosas conversaciones para las que al parecer nunca les faltaba tema. Entonces se sentaban en el salón de café porque Mathild no permitía que nadie subiera a su habitación, tampoco al abuelo, y por así decirlo se había convertido en una costumbre que Babett y Bina, quienes respetaban a Mathild como a una instancia superior, se quedaran en la cocina a estas horas de visita. A veces yo acompañaba al abuelo al Alpenrose, como a casi todas partes, y me sentaba junto a ellos con un vaso de zumo de frambuesa mientras las cartas se barajaban, se cortaban, se repartían, se jugaban, se echaban a un lado, se contaban y se volvían a barajar de nuevo. Según una vieja costumbre, el abuelo se dejaba el sombrero puesto siempre que jugaba a las cartas. Cuando habían acabado de jugar y Mathild se iba a la cocina, el abuelo se quitaba por fin el sombrero y con un pañuelo se secaba el sudor de la frente. Yo no podía hacerme una idea de la mayor parte de las cosas que se hablaban durante el café, y por eso, cuando empezaban a hablar, acostumbraba a irme afuera, me sentaba en una de las sillas del jardín a la mesa verde de hojalata y miraba el viejo atlas que Mathild siempre me tenía preparado. En este atlas había una hoja en la que estaban ordenadas las mayores corrientes y las elevaciones más altas de la tierra según su longitud o su altura, y había maravillosos mapas coloreados incluso de las partes más alejadas del mundo, apenas recién descubiertas, cuya diminuta inscripción, que, de forma semejante a los primeros cartógrafos de la tierra, en un principio no podía descifrar más que en parte, me parecía contener todos los secretos imaginables. En la mala estación del año me sentaba con el atlas sobre las rodillas en el escalón más alto, allí donde, desde la ventana del hueco de la escalera, penetraba la luz

hacia el interior y en la pared colgaba una oleografía que mostraba un jabalí, el cual, dando un enorme salto desde la oscuridad del bosque, importunaba el almuerzo en un claro de un grupo de cazadores. La escena que además del jabalí y de los cazadores aterrados en sus trajes verdes de etiqueta representaba platos y viandas volando por el aire con una gran fidelidad al pormenor, llevaba el título de *En el bosque de las Ardenas*, y este título, en sí completamente inofensivo, me evocaba algo mucho más peligroso, desconocido y profundo de lo que el mismo cuadro era capaz de reproducir. Lo misterioso que rezumaban las palabras «Bosque de las Ardenas» se intensificaba gracias a que Mathild me había prohibido expresamente abrir cualquiera de las puertas del piso de arriba. Pero en particular me había prohibido subir al desván, donde, como Mathild me había enseñado con la capacidad de convicción que le era característica, se alojaba el cazador gris, de quien no me dio ningún otro dato más preciso. Así que, sentado en el escalón del último piso, me encontraba, en cierta medida, en el límite de lo permitido, allí donde la inquietud de la tentación se siente con mayor fuerza. Por eso siempre me sentía cercano a la redención cuando el abuelo volvía a salir del salón de café, se ponía el sombrero y le daba la mano a Mathild en señal de despedida.



Con ocasión de una de las siguientes visitas que hice a Lukas, subimos al desván. Probablemente fuera yo quien condujo la

conversación hacia esta parte de la casa. En opinión de Lukas no había podido cambiar mucho en todo este tiempo. Lo cierto es que él, me dijo, cuando se hizo cargo de la casa a la muerte de las tías, nunca había vaciado el desván porque con todos los utensilios que habían almacenado y todos los cachivaches en general, aquello era ya algo superior a sus fuerzas. Efectivamente, el desván ofrecía un aspecto sobrecogedor. Había cajas y cestos apilados, sacos, correajes, cencerros, cuerdas, trampas para ratones, marcos de panales de miel y de las vigas colgaba todo tipo de envoltorios. En una esquina asomaba el reflejo de un bombardino, mate bajo la capa de polvo que lo cubría y, a su lado, sobre una cama de muelles que una vez había sido roja, un nido de avispas monstruosamente grande, olvidado desde hace mucho tiempo; ambos, la tuba de latón y la casa de papel de miles de hojas, como símbolos de una disolución paulatina en la perfecta quietud reinante del desván. Y dicha quietud, sin embargo, no era de fiar. De arcas, cómodas y cajas con tapas en parte abiertas, cajones y puertas brotaba todo lo imaginable en cuanto a objetos de uso diario y prendas de vestir. Se podía imaginar fácilmente que toda esta colección de los objetos más dispares había estado en movimiento, en una especie de evolución, hasta el instante en el que habíamos entrado, y que ahora, a causa de nuestra presencia, permanecía muda, como si nada hubiera pasado. En una estantería, que de inmediato me llamó la atención, se sostenía, con el aspecto de estar desplomada sobre sí misma, la biblioteca de Mathild, la cual comprende cerca de cien volúmenes y entretanto se encuentra en mi posesión, y, conforme transcurre el tiempo, adquiere una mayor importancia para mí. Además de obras literarias del último siglo, de relatos de viajes al norte más lejano, además de manuales de geometría y de estática de construcción, y de un diccionario de turco situado al lado de un pequeño manual sobre cómo escribir cartas que en su día pertenecieron a Baptist, había numerosas obras religiosas de índole especulativo y devocionarios del siglo xvii y de principios del xviii con

imágenes en parte drásticas de los suplicios que nos esperan a todos.

Por otra parte, para mi sorpresa, mezclados con los escritos espirituales, había varios tratados de Bakunin, Fourier, Bebel, Eisner, Landauer y la novela autobiográfica de Lily von Braun. A mi pregunta en cuanto al origen de esta biblioteca, Lukas sólo supo decirme que Mathild siempre había estado estudiando algo, y que por eso, como tal vez recordaba, se la había tenido en el pueblo por una excéntrica. Inmediatamente antes de la Primera Guerra Mundial había ingresado en el Convento de Señoritas Inglesas de Ratisbona, pero, decía Lukas, aun antes de terminar la guerra había abandonado el convento, en circunstancias extrañas que le eran desconocidas, y había permanecido en Múnich unos cuantos meses, en la época roja, de donde volvió a casa, a W., en un grave estado de perturbación y casi sin habla. Lukas dijo que él, evidentemente, todavía no había venido al mundo, sin embargo su madre, como recordaba con toda claridad, se había extendido largo y tendido sobre Mathild: que había vuelto a casa, a W., después de salir del convento y del Múnich comunista completamente trastornada. Lukas continuó diciendo que su madre, en ocasiones, cuando estaba de mal humor, llamaba a Mathild la beata roja. Mathild, por su parte, después de haber recuperado cierto grado de su equilibrio, no había permitido que bajo ningún concepto la confundieran con este tipo de observaciones. Muy al contrario, afirmaba Lukas, se había sentido bien en su recogimiento, cada vez más, según parecía obvio; incluso la forma en la que año tras año anduvo deambulando por entre los habitantes del pueblo, a quienes despreciaba, ataviada infaliblemente con su vestido o su abrigo negros, siempre bajo la protección de un sombrero y nunca sin su paraguas, tampoco con el tiempo más hermoso, tenía, como quizá recordara de mi propia infancia, algo así como cierta alegría.



Seguíamos investigando en el desván, cogiendo esto o aquello, una muñeca de porcelana sin pelo, una jaula de jilguero o un viejo hierro para marcar la piel de los terneros, y debatiendo mientras la posible procedencia e historia de estas cosas, cuando de pronto me sentí inmediatamente atraído por una aparición que, ahora con una claridad mayor, ahora más débilmente detrás de una luz que oblicua penetraba por la ventana del desván, se daba a conocer como una figura uniformada. Era, en efecto, como se hizo patente después de una observación más detallada, una vieja marioneta de sastrería ataviada con pantalones cenicientos y chaqueta cenicienta, cuyos cuellos, solapas y jaretas un día debieron de ser verdes como la hierba y sus botones de un color dorado. Sobre la cabeza de madera, el maniquí llevaba un sombrero igualmente ceniciento con un penacho verde de plumas de gallo. Tal vez porque había estado oculta tras el velo de luz, que caía en la oscuridad del desván a través de la claraboya, en el que se arremolinaban sin descanso las partículas relucientes de una materia que se diluye en la ingravidez, la figura gris me causó de inmediato una impresión extremadamente misteriosa, acrecentada por el manso olor alcanforado que desprendía. Pero cuando, sin fiarme demasiado de las apariencias,

me acerqué más y toqué una de las mangas del uniforme que colgaba vacía, ésta, ante mi más puro espanto, se desintegró en polvo. De las averiguaciones que he llevado a cabo desde entonces se infiere que el traje ceniciento con adornos grises era con gran probabilidad el de uno de aquellos cazadores austríacos que por el 1800 fueron al campo de batalla como tropas voluntarias contra los franceses, suposición que ganaba en probabilidad por una historia que contó Lukas y que, dijo, aún remitía a Mathild, según la cual uno de los antepasados lejanos de los Seelos había marchado al frente de una tropa de mil soldados reclutados en el Tirol pasando por el Brenner, bajando el Adigio y a orillas del lago de Garda hacia el interior de la llanura del norte de Italia, donde debió de perder la vida junto a todos aquellos reclutados en la terrible batalla de Marengo. El significado de la historia del cazador tirolés, caído en la batalla de Marengo, residía para mí, no en último lugar, en el hecho de que en el desván del café-bar Alpenrose, adonde se me había prohibido subir durante las visitas de mi infancia con la alusión al cazador que se encontraba allí arriba, había existido uno de verdad incluso a pesar de que éste no correspondiera en todo a la imagen que yo, sentado en la escalera del desván, me había hecho de él. Lo que me había imaginado entonces y lo que después me había seguido apareciendo en sueños aún con cierta frecuencia era un hombre extraño y grande, con una gorra alta y redonda de piel de Crimea calada en la frente, y vestido con un amplio abrigo marrón ceñido por un formidable correa que recordaba a los arreos de un caballo. Tendido sobre el regazo tenía un pequeño sable curvo con una vaina que relumbraba lánguida. Los pies estaban encajados en botas altas con espuelas. Un pie descansaba sobre una botella de vino caída, el otro, apoyado en el suelo, levemente incorporado, con el talón y la espuela hundidos en la madera. Una y otra vez he soñado y aún en ocasiones sigo soñando que este hombre extraño extiende su mano hacia mí, y yo, pese a todo mi miedo, me atrevo a aproximarme más y más a él, hasta tan cerca que por fin puedo

tocarle con la mano. Y, cada vez, ante mí tengo, por el contacto, los dedos de la mano derecha polvorientos, e incluso ennegrecidos, como signo de una desgracia sin parangón en el mundo.

Hasta el final de los años cuarenta el doctor Rudolf Rambousek estuvo ejerciendo en la casa Alpenrose, en la habitación situada en la planta baja, frente al café-bar. El doctor Rambousek había venido a W., no mucho después del final de la guerra, de una ciudad morava, creo que de Nikolsburg, en compañía de su pálida mujer y sus dos hijas adolescentes, Felicia y Amalia, lo que para él, y no menos para sus mujeres, supondría probablemente un destierro en el fin del mundo. No era extraño que aquel hombre pequeño, corpulento, siempre arreglado al estilo de la gran ciudad, fuese incapaz de establecerse en W. Los rasgos de su rostro, velados, que parecían extranjeros y que con mucho como mejor se podían designar era con la palabra levantino, los párpados siempre hundidos a la mitad de sus grandes ojos oscuros, y todo su porte, que de algún modo reflejaba distanciamiento, dejaban pocas dudas de que era un ser desconsolado por naturaleza. Por lo que yo sé, el doctor Rambousek, en todos los años que pasó en W., no logró trabar amistad con una sola persona. De él se decía que rehuía a la gente, y yo tampoco recuerdo haberle visto una sola vez en la calle aunque no viviera en el Alpenrose sino en la casa del maestro, de modo que de vez en cuando tenía que estar de paso entre la casa del maestro y el Alpenrose, o lo que es lo mismo, entre el Alpenrose y la casa del maestro. Esta ausencia verdaderamente llamativa era uno de los factores que con más persistencia le diferenciaban del doctor Piazolo, que ya rondaría los setenta años, a quien se podía ver a todas las horas del día y de la noche por el pueblo en su Zündapp de setecientos cincuenta centímetros cúbicos, o bien subiendo y bajando montañas entre las localidades adyacentes de uno u otro lado. Tanto en invierno como en verano, el doctor Piazolo, quien en casos de urgencia también estaba dispuesto a desempeñar tareas propias del oficio de un veterinario y al parecer

con el propósito de morir con las botas puestas, llevaba una vieja gorra de aviador con orejeras, unas gafas enormes de motorista, un uniforme de cuero y unas polainas de cuero. Por cierto que el doctor Piazolo tenía otro doble o una segunda sombra en Wurmser, el párroco, del que tampoco se podía decir que fuese un chaval, el cual llevaba ya mucho tiempo administrando sus últimos sacramentos en moto, cargando consigo los útiles de los sacramentos, los santos óleos, el agua bendita, la sal, un pequeño crucifijo de plata, y el Santísimo Sacramento en una vieja mochila parecida a la del doctor Piazolo hasta en el blanco de los ojos, si es que cabe decirlo así, por lo que ambos, el párroco Wurmser y el doctor Piazolo, en una ocasión que estuvieron juntos sentados en la taberna del Adlerwirt, confundieron sus mochilas, de tal suerte que al parecer el doctor Piazolo fue con los útiles de los últimos sacramentos a ver a su próximo paciente y Wurmser, el párroco, con los utensilios de médico a atender al siguiente miembro de la comunidad que yacía al borde de la extinción. No sólo era grande la semejanza entre las mochilas de Wurmser, el párroco, y del doctor Piazolo, sino también la de su total aspecto externo, hasta tal punto que, cuando en alguna parte, en el pueblo o en los caminos fuera de él, se veía a una persona en moto, hubiera sido imposible decir si se trataba del doctor o del cura, de no ser porque el doctor tenía la costumbre de poner los pies, embutidos en las botas claveteadas, no sobre los apoyapiés de la máquina, sino que, por seguridad, los dejaba arrastrar por la grava de los caminos o por la nieve, por lo que su figura, cuando menos vista desde delante o desde detrás, se diferenciaba de la del cura. Es fácil pensar lo difícil que habrá tenido que ser para el doctor Rambousek rivalizar con esta competencia tan arraigada en el pueblo, y por qué habrá preferido, al contrario que estos dos emisarios en cierta medida omnipresentes, el padre espiritual y el médico de cabecera, no salir de casa en tanto le fuera posible. No obstante, no se hubiera podido afirmar que el doctor Rambousek no disfrutaba del aprecio de aquellos que iban a

visitarle. A fin de cuentas yo mismo había sido testigo a menudo de cómo madre ensalzaba las artes medicinales del doctor Rambousek con los mayores elogios, en particular charlando con la modista que vivía en casa del maestro de postas, Valerie Schwarz, que, aunque no fuese de Moravia, como el doctor Rambousek, procedía de Bohemia, y, pese a su diminuto tamaño corporal, poseía un pecho de tal desmesura como no he vuelto a ver más que en una ocasión, en la estanquera de *Amarcord*, la película de Fellini. Pero mientras que madre y Valerie alababan hasta más no poder al doctor Rambousek, al resto de los habitantes del pueblo nunca se les hubiera ocurrido ir a su consulta. Si a alguien le dolía algo, se mandaba a buscar al doctor Piazolo, y por eso el doctor Rambousek, día tras día, un mes tras otro y año tras año pasaba la mayor parte del tiempo solo, sentado en su consultorio de la Alpenrose. Sea como fuere, siempre le veía, cuando iba con el abuelo a ver a Mathild a la Alpenrose, a través de la puerta entreabierta, en la habitación amueblada con austeridad, sentado en su sillón giratorio escribiendo, leyendo o simplemente mirando por la ventana. Un par de veces me acerqué hasta situarme bajo el marco de la puerta y estuve esperando a que mirase hacia mí o bien me invitara a acercarme un poco más, pero o nunca se percató de mi presencia o bien le resultaba imposible dirigir la palabra a un niño desconocido. Sucedió un día extraordinariamente caluroso, de mitad del verano del año 49, en el que, mientras mi abuelo y Mathild charlaban en la cafetería, estuve mucho tiempo sentado en el escalón más alto de la escalera del desván, escuchando el crujido de la madera de la armazón del tejado y otros pocos ruidos que desde fuera penetraban en la casa, como el silbido que se hinchaba y deshinchaba de las sierras circulares o el cacareo solitario de un gallo. Aun antes de que hubiese concluido la hora de visita del abuelo, bajé al vestíbulo con la firme decisión de preguntarle al doctor Rambousek si no estaría dispuesto a curar la quemadura cada vez mayor del viejo tabernero del Engelwirt. Pero para mi

sorpresa la puerta del consultorio estaba cerrada. Sin embargo me atreví a entrar. En el interior todo estaba impregnado de la luz de verano, de un verde profundo que caía al interior a través del tilo que se erguía delante de la ventana. Me pareció que reinaba una quietud ilimitada. El doctor Rambousek estaba sentado, como siempre, en su sillón giratorio, con la única diferencia de que la parte superior de su cuerpo, hundida hacia adelante, reposaba sobre el escritorio. La manga izquierda estaba recogida hasta la mitad, y en el pliegue del codo descansaba, torcida de una extraña forma, la cabeza del doctor, que me pareció monstruosamente grande, con los ojos oscuros mirando fijamente a un punto, inmóviles, algo prominentes, pero todavía muy hermosos. Abandoné el consultorio con gran cautela y de nuevo subí a mi sitio, en la parte superior de la escalera del desván, donde estuve esperando a oír salir a mi abuelo de la cafetería con Mathild. De aquello que vi en el consultorio no le dije a mi abuelo ni una sola palabra, tanto por el miedo como porque yo ya tampoco me lo podía creer. En el camino de vuelta a casa teníamos que recoger el reloj de bolsillo que el abuelo le había dado a Ebentheuer, el relojero, para que lo arreglara. La campanilla de la entrada tintineó e inmediatamente después estábamos en el interior de la pequeña tienda, en la que un sinnúmero de relojes de antesala, relojes de pared, relojes de salón y de cocina, despertadores, relojes de bolsillo y de pulsera formaban tal revuelo de tictacs como si un único mecanismo de relojería no pudiera aniquilar suficiente tiempo. Mientras el abuelo y Ebentheuer, como siempre con la lupa sujeta en el ojo izquierdo, conversaban sobre qué es lo que le había pasado a su reloj de bolsillo, yo miraba por encima del mostrador hacia el interior del sombrío cuarto donde estaba el menor de los hijos de Ebentheuer, que se llamaba Eustach y tenía hidrocefalia, balanceándose con lentitud en una sillita alta de un lado a otro. En lo que concernía al doctor Rambousek, fue hallado efectivamente aquella misma tarde por su mujer, quien poco después abandonaría W. con sus hijas, en el consultorio de la

Alpenrose, sin vida y frígido. Más adelante, en cierta ocasión escuché decir a Valerie Schwarz, en una conversación susurrada que mantuvo con mi madre, que el doctor Rambousek había sido morfinómano y que por eso tenía casi siempre esa piel amarillenta. De ahí que durante mucho tiempo tuviera la convicción de que a los oriundos de Moravia se les llamaba morfinómanos y de que su patria no estuviera más cerca que Mongolia o China.

En los años en los que estuvimos viviendo en el piso superior del Engelwirt, infaliblemente al atardecer me acometía el deseo de ir a la posada para ayudar a la Romana a pasar un trapo por las mesas y por los bancos, barrer el suelo o secar los vasos. Por supuesto que no eran estas labores las que me atraían sino la Romana misma, en cuya proximidad quería estar el mayor tiempo posible. La Romana era la mayor de las dos hermanas de una de las familias de minifundistas de Bärenwinkel, que tenía una propiedad del tamaño de un juguete, en comparación con otras fincas, la cual estaba situada en una colina de poca altura y siempre me recordó al Arca de la Alianza porque en ella parecía haber dos de cada especie. Además de los padres y las dos hermanas, la Romana y la Lisabeth, había una vaca y un buey, dos cabras, dos cerdos, dos gansos y así sucesivamente. Sólo tenían un número mayor de gatos y gallinas, y estas últimas estaban sentadas o correteaban hasta muy lejos por las tierras colindantes. También había un buen número de palomas blancas que, cuando no estaban encaramadas al tejado, recorriendo la cresta de un lado a otro, volaban alrededor de la pequeña casa que con su techo holandés cubierto de ripias, reparado de varias formas y muy poco común en la comarca, se asemejaba a un pequeño barco varado en la cima de la colina. Y cada vez que pasaba por allí, el padre de la Romana, que había sido un hombre picaro, estaba mirando, como Noé desde el arca, por una de las ventanas diminutas de la casa, fumando un cigarro en su cuerno de caza. Todas las tardes, la Romana venía a las cinco de Bärenwinkel, y yo a menudo iba a su encuentro hasta llegar al puente. Por aquel

entonces tendría como mucho veinticinco años, y todo en ella me parecía de una belleza sin par. Era alta, tenía una cara ancha, abierta, con ojos de color gris agua y gran cantidad de pelo pajizo, como un pequeño caballo Haflinger. En todos los aspectos se diferenciaba de todo el mujerío de W., casi sin excepción integrado por pequeñas criadas y campesinas, oscuras, de trenza rala y maliciosas. Parecía estar hecha de tal forma que nadie, pese a su llamativa hermosura, había pedido jamás su mano. Cuando, más avanzada la tarde, tenía permiso para volver a bajar a la taberna e ir por una cajetilla de cigarros Zuban para mi padre, la Romana flotaba con la misma facilidad que si fuese de otra galaxia por entre el grupo de campesinos y leñadores, quienes a eso de las nueve de la noche, por regla general, ya estaban algo borrachos. A la noche la taberna causaba una impresión lúgubre y terrible, y si no hubiera sido por la Romana probablemente no me hubiera atrevido a adentrarme en aquel lugar tan horrible, en donde los hombres estaban sentados en los bancos adoptando una postura de apatía. De cuando en cuando una de esas figuras inertes se levantaba y, balanceándose, como si se hallara sobre una balsa, caminaba en dirección a la puerta que conducía al pasillo. Sobre el entarimado untado de grasa había charcos de cerveza y aguanieve, y el humo, que atravesaba en espesos velos la estancia de la taberna y que por último flotaba hasta el ventilador achacoso, se mezclaba con el olor agrio de piel y paño húmedos y aguardiente de genciana esparcida. Por encima del revestimiento de madera cubierto con una capa marrón de pintura, martas, lince, urogallos, buitres y demás alimañas exterminadas acechaban, disecadas, el momento de poder cumplir su venganza ya tan atrasada desde hacía tanto tiempo. Los campesinos y los leñadores casi siempre estaban sentados en grupo, juntos, en el extremo superior o bien en el extremo inferior de la taberna. En el centro, la gran estufa de hierro, en la que era frecuente hurgonear el fuego en invierno de tal forma que empezara a ponerse incandescente. El único que se sentaba solo, inadvertido

por todos, era Hans Schlag, el cazador, del que se decía que venía de fuera, de Koßgarten del Neckar, y que durante varios años había tenido a su cargo un extenso coto de caza en la Selva Negra antes de que, no se sabía exactamente en qué circunstancias, hubiera venido a la región de W., y hasta que no fue empleado por la Administración Forestal Bávara había estado un buen año sin trabajo. Schlag, el cazador, era un hombre apuesto, de cabello y barba oscura, rizada y con unos ojos inusualmente profundos y ensombrecidos. Durante horas, a menudo hasta muy entrada la noche, se sentaba frente a su vaso sin cambiar una sola palabra con nadie. A sus pies dormía Waldmann, sujeto a la mochila que colgaba del respaldo. Siempre que bajaba a la taberna para ir por una cajetilla de Zuban para mi padre, Schlag, el cazador, estaba sentado a su mesa de esta misma forma. La mayoría de las veces tenía la mirada hundida en un llamativamente precioso reloj de oro de bolsillo que tenía ante sí, como si no pudiera faltar a una cita importante, pero entremedias, a través de sus ojos entornados, miraba también a la Romana, quien tras el alto mostrador llenaba sin cesar los vasos de licor y de cerveza. Fue a comienzos de diciembre y la nieve, que había caído por primera vez, llegaba al fondo del valle, cuando, en una noche que se me ha quedado grabada en la memoria con una claridad meridiana, bajé a la taberna después de cenar y me percaté de que el cazador no estaba sentado en su sitio, y a la Romana, misteriosamente, tampoco se la veía por ningún lado. Con la intención de ir por la cajetilla de cinco Zuban a la taberna del Adlerwirt, salí al patio por la casa de atrás. A mi alrededor resplandecían los cristales en la nieve, y sobre mí, en el cielo, un sinnúmero de estrellas. Orion, el gigante sin cabeza con la corta espada fulgurando en el cinturón, salía en aquel momento por detrás de las sombras negro-azuladas de las montañas. Un buen rato me quedé inmóvil en medio de la magnificencia invernal, escuchando el tintineo del frío y el sonido de las luces celestes en su lenta travesía. Luego, de pronto, me pareció

como si una sombra se moviera en la puerta abierta del cobertizo de la madera. Era Schlag, el cazador, el que estaba en la oscuridad, sujetándose con una mano en la parte interior de un tabique de madera del cobertizo y con la postura de un hombre que camina contra el viento, cuyo cuerpo, en su totalidad, era recorrido por un movimiento extraño que se repetía una y otra vez, en forma de oleadas. Entre él y el tabique que sostenía agarrado con su mano izquierda, sobre el beige de los trozos de turba apilados, estaba la Romana, con el cuerpo estirado y los ojos, según pude reconocer al reflejo de la luz de la nieve, puestos en blanco, como el doctor Rambousek, cuando su cabeza yacía apoyada sobre la superficie de la mesa. El pecho del cazador exhalaba profundos gemidos y resuellos, su hálito helado se elevaba desde la barba y una vez tras otra, cuando la ola le traspasaba los riñones, empujaba hacia dentro de la Romana, quien a su vez se sacudía a su encuentro más y más, hasta que el cazador y la Romana sólo constituían una única forma indefinida. No creo que la Romana o Schlag hubieran notado nada de mi presencia; sólo me vio Waldmann, que, atado como siempre a la mochila de su amo, estaba quieto detrás de este, en la tierra, mirando en mi dirección. Durante la misma noche, sería eso de la una o de las dos de la madrugada, Sallaba, el tabernero cojo, destruyó la decoración completa de la taberna. Cuando por la mañana fui a la escuela, por todo el suelo había cristales rotos que llegaban hasta los tobillos. Aquello era la verdadera imagen de la desolación. Incluso la vitrina de cristal nueva giratoria para el chocolate de Waldbaur, que por su girabilidad me recordaba a la custodia de la iglesia, había sido arrancada del mostrador y golpeada por todo lo largo y ancho de la taberna. Fuera, el pasillo no tenía mucho mejor aspecto. En la escalera del sótano estaba sentada la señora Sallaba, deshecha en llanto. Por todas partes las puertas estaban abiertas de par en par, también la enorme puerta de la cámara frigorífica, construida como si fuera para la caja de caudales de un banco, desde la que centelleaban las barras de hielo

almacenadas para el verano. Mirando el depósito de hielo abierto o al recordar esta escena, me venía a la memoria que siempre que entraba con la Romana en el depósito me había imaginado que, por un descuido, nos habíamos quedado encerrados ahí dentro, y que, estrechándonos entre los brazos, nos congelaríamos y abandonaríamos la vida con la misma lentitud y el mismo silencio con el que el hielo se derrite en el calor.

En la escuela, la señorita Rauch, que para mí no significaba menos que la Romana, había escrito en la pizarra, con su escritura uniforme, la crónica de siniestros de W., y debajo, con tizas de colores, había pintado una casa en llamas. Los niños de la clase estaban completamente inclinados sobre sus cuadernos de geografía nacional y, levantando la mirada de continuo y con los ojos entrecerrados, copiaban, descifrando las letras, pálidas y lejanas, una línea tras otra de la larga lista de horribles acontecimientos de los que, sin embargo, registrados de esta forma, parecía surtir un efecto tranquilizador. En 1511 la peste se cobró 105 vidas humanas. En 1530 un incendio aniquiló 100 casas. 1569: un gran incendio destruyó el mercado. 1605: otro incendio dejó 140 casas reducidas a cenizas. 1633: los suecos incendiaron el pueblo. 1635: 700 habitantes murieron de la peste. 1806-1814: en las guerras de liberación cayeron 19 voluntarios de W. 1816-1817: años de hambre causada por una gran humedad. 1870-1871: cinco hijos de la comunidad perdieron la vida en el campo de batalla. 1893: el 16 de abril, un enorme fuego destruyó todo el mercado. 1914-1918: por la patria perecieron 68 hijos del pueblo. 1939-1945: de la Segunda Guerra Mundial no volvieron a casa 125 de los nuestros. Las plumas arañaban el papel sin hacer ruido. La señorita Rauch se paseaba por entre las filas con su estrecha falda verde. Cuando se acercaba a mí, sentía que el corazón se me había subido a la garganta. Era un día que parecía no ir a aclarar. El crepúsculo se había prolongado hasta eso de las doce de la mañana y justo después se había transformado en un lento anochecer. Incluso

entonces, media hora antes de que finalizara la escuela, había que encender las luces en el aula. Las lámparas blancas y redondas se reflejaban en los oscuros cristales de las ventanas, y también se reflejaban las filas de los escolares inclinados sobre sus tareas. Casi invisibles detrás del reflejo, las copas de los manzanos se asemejaban a una vegetación negra de corales en las profundidades del mar. A lo largo de todo el día se había ido extendiendo una insólita quietud que se había apoderado de nosotros. Ni siquiera cuando el bedel tocó la campana en el vestíbulo rompimos en el grito de lo contrario infalible del final de la clase, sino que nos levantamos más bien en silencio y recogimos nuestras cosas obedientemente y sin pronunciar palabra. La señorita Rauch ayudaba a este o a aquel niño que, en sus gordas ropas de invierno, se esforzaba por ponerse el morral a la espalda. El edificio de la escuela se elevaba sobre una colina al término de la localidad y, como siempre que salía, también este día para mí memorable vagó mi mirada desde las profundidades del valle abierto a la izquierda y rebasó los tejados del pueblo hasta llegar a las estribaciones de los Alpes embosquecidos, tras los que se elevaba la rocosa cresta dentada del Sorgschrofen. Bajo un blanco mate permanecían, inertes, las casas y las granjas y se extendían pastos, carreteras y caminos intransitados. Por encima de todo ello, el cielo gris pendía con la lejanía y gravidez de cuando va a caer una enorme nevada. Si uno se quedaba el suficiente tiempo inmóvil, con la cabeza apoyada en la nuca, contemplando el vacío del cielo impenetrable hasta la locura, creía ver el remolino de los copos de nieve salir con ímpetu del vacío. Mi camino pasaba por la casa del maestro, por la casa del capellán y a lo largo del alto muro del cementerio, en cuyo final San Jorge, sin interrupción, traspasaba con una lanza las fauces del animal alado a modo de grifo que yacía a su pies.

Después tenía que bajar el camino de la iglesia y pasar por la callejuela de arriba. La herrería despedía un olor a cuerno quemado.

El fuego de la fragua se había desmoronado y las herramientas, los pesados martillos, las tenazas y las escofinas estaban por el suelo o arrimadas a algún que otro rincón. Por ninguna parte se movía nada. La hora del mediodía era en W. la hora de las cosas abandonadas. El agua de la cuba, en la que de lo contrario el herrero introducía a cada instante el hierro candente haciendo que borbotase, se mantenía tan calma brillando al débil resplandor que caía en su superficie desde la puerta abierta y en una negrura tan honda, como si aún nadie la hubiese tocado y le hubiera sido predetestado permanecer conservada en tal ilesitud. También el sillón de afeitar de Köpf, el barbero, que ejercía en la casa de al lado, estaba vacío. La navaja de afeitar descansaba abierta sobre la superficie de mármol del tocador. No había nada a lo que yo tuviera un miedo mayor que cuando Köpf, en cuya peluquería tenía que cortarme el pelo una vez al mes desde que padre estaba otra vez en casa, me afeitaba la nuca con esta navaja recién pasada por la correa del suavizador. Este miedo se ha quedado tan profundamente grabado en mi memoria que muchos años después, cuando vi por primera vez la representación de la escena en la que Salomé lleva la cabeza cortada de Juan sobre una bandeja de plata, se me vino inmediatamente Köpf a la memoria. Tampoco el día de hoy soy capaz de entrar en una peluquería sin un autocontrol extremo. Y el hecho de que hace unos años me haya afeitado de forma espontánea en la estación de trenes de Santa Lucia de Venecia me sigue resultando una monstruosidad del todo incomprensible. El pavor que sentía cuando echaba una ojeada al interior de la estancia del barbero era proporcional a la esperanza que experimentaba a la vista del pequeño escaparate de la tienda en la que, justo por aquel entonces, la señora Unsinn había construido una pirámide de cubos dorados de Sanella, una especie de milagro prenavideño que yo admiraba casi todos los días en el camino de vuelta a casa, como un signo de que también en W. se estaba inaugurando una nueva época. Frente al brillo dorado de los

cubos de Sanella todo lo que además había en la tienda de la señora Unsinn, la harina en el arca, los arenques en salmuera de la lata grande, los pepinillos en conserva, el enorme bloque de miel artificial semejante a un iceberg, los paquetes del café de achicoria adornados con florecitas y el emmental, envuelto en un trapo húmedo, todo ello me parecía inmerso en un triste estado crepuscular. Yo sabía que la pirámide de Sanella apuntaba hacia el futuro, y mientras en mi mente la construía cada vez más y más alta, tanto que casi llegaba al cielo, en el extremo inferior de la pequeña calle vacía a la que había llegado apareció un vehículo como nunca antes había visto otro igual. Era una limusina de color lila, muy amplia, con techo verde claro. Infinitamente lenta y por completo silenciosa, se acercaba deslizándose, y dentro, al volante de color marfil, estaba sentado un negro que, cuando pasó a mi lado, me enseñó sonriendo sus dientes también de color marfil, tal vez porque yo era el único ser vivo que había visto en su travesía por este lugar tan apartado de todas las carreteras algo más grandes. Como entre nuestras figuritas del belén uno de los tres Reyes Magos de Oriente, y precisamente el de la cara negra, llevaba un abrigo lila con un ribete de color verde claro, para mí estaba fuera de duda que el conductor del automóvil que a aquella lóbrega hora del mediodía se había deslizado junto a mí era en realidad el rey Melchor, y que en el enorme maletero de su limusina violeta de línea aerodinámica llevaba consigo un valioso presente de bienvenida y un par de onzas de oro, una vasija de incienso o un recipiente de ébano repleto de mirra. El hecho de que creyera en ello con tanta seguridad también se fundamentaba en que me lo figuré todo hasta el último detalle cuando, por la tarde, empezó a nevar de una forma cada vez más espesa y, yo, sentado a la ventana, me quedé observando cómo la nieve descendía sin interrupción desde lo alto, cubriéndolo todo hasta oscurecerlo, los montones de leña, el tronco para cortarla, el tejado del cobertizo, los arbustos de las grosellas, la pila del pozo y la huerta de las enfermeras de la vecindad.



A la mañana siguiente, la luz de la cocina seguía estando encendida, el abuelo, que acababa de llegar de quitar la nieve de los caminos, contó que de Jungholz habían traído la noticia de que a Schlag, el cazador, se lo habían encontrado muerto en el fondo del cañón, a más de una hora de su coto, en el lado tirolés. Al parecer, dijo el abuelo mientras, fiel a su costumbre diaria, cuando madre no lo veía por la pila tiraba poco a poco el café con leche que había mantenido expresamente caliente para él sobre un platillo del fogón pero del que abominaba, que al parecer se había precipitado al cruzar el cañón por un paso peligroso incluso en verano y en invierno prácticamente intransitable. El abuelo decía que en su opinión quedaba excluida la posibilidad de que Schlag, quien tenía que estar familiarizado con las fronteras de su coto hasta el detalle más ínfimo, hubiera ido a parar al otro lado como si de un descuido se tratase. Nadie sabía, continuó, qué es lo que se le había perdido en el lado austríaco precisamente en aquella época del año y con este tiempo, o si es que, por decirlo así, había errado el camino a propósito. Se mire como se mire, concluyó el abuelo, queda una historia poco clara, no poco sospechosa. En lo que a mí respecta, no me pude quitar de la cabeza todo este asunto durante el día entero. Para ver inmediatamente al cazador con los ojos vidriosos al fondo del cañón no tenía más que hundir un poco los párpados mientras hacía mis tareas escolares. Por eso no me extrañó cuando de hecho me lo encontré al mediodía, de camino a casa. Ya llevaba un rato oyendo el ligero campanilleo de unos arreos de caballo, cuando del aire gris y de la nieve que descendía girando con lentitud

emergió el trineo de madera tirado por el caballo tordo de Pfeiffer, el dueño del molino, sobre el que evidentemente un hombre yacía bajo una manta de montar de color rojo vino. El trineo se detuvo en el cruce con la calle larga, porque en ese mismo momento y como si lo hubieran llamado llegó el doctor Piazolo en su Zündapp, rearando la nieve que alcanzaba la altura de las rodillas, el cual había salido hacia el trineo guiado por el dueño del molino y acompañado por el gendarme de Jungholz. El doctor Piazolo, a quien al parecer ya habían puesto en conocimiento sobre la desgracia acontecida, apagó la máquina y se acercó al vehículo. Retiró la manta hasta la mitad, y debajo, en una pose que se podría describir como particularmente relajada, se encontraba el cuerpo de Hans Schlag, el cazador oriundo de Koßgarten del Neckar. El vestido verde ceniciento apenas había sido desordenado o lastimado. Se hubiera podido creer que Schlag sólo se había quedado dormido de no ser por la terrible palidez de su rostro y por el pelo de su cabello y barba, completamente congelado, tieso y agarrotado. El doctor Piazolo, con los guantes negros de moto ya quitados y palpando con un recato en él inusual diferentes puntos el cuerpo que tanto el frío como la rigidez cadavérica, la cual hacía tiempo que ya había hecho su aparición, habían dejado inmóvil, expresó la suposición de que el cazador, en el que no se podía ver signo de contusión alguno, hubiera sobrevivido en un primer momento a la caída del paso. Era muy posible, dijo, que el pánico le hubiera hecho perder la conciencia en el mismo instante del deslizamiento y que el bosque bajo que crece desde el cañón hubiese detenido su caída. Y probablemente la muerte por congelación no le haya sobrevenido hasta después de un cierto tiempo. El gendarme, que había seguido las suposiciones del doctor Piazolo con señales de asentimiento, afirmó por su parte que el pobre Waldmann, que ahora yacía completamente rígido a los pies del cazador, estaba vivo cuando se descubrió la desgracia acaecida. En su opinión, el cazador había metido el teckel en el interior de la mochila antes de atravesar el

paso y esta, al caer, se había desgarrado de alguna forma. La mochila, continuó, se había quedado tirada algo más atrás y desde allí había una pista que conducía al cazador, a cuyo lado el teckel había excavado un agujero no muy profundo en el suelo del bosque, sólo congelado en la superficie. Curiosamente el teckel, cuando se estaban acercando a él y al cazador y aunque apenas había en él un soplo de vida, se volvió loco de una forma súbita, de modo que no tuvieron más remedio que matarle en el acto de un disparo. El doctor Piazolo se inclinó de nuevo sobre el cazador, fascinado, parecía, por el hecho de que los copos de nieve permanecieran en su rostro sin disolverse. Después cubrió cuidadosamente el cuerpo inmóvil con la manta de montar, y al mismo tiempo, impelido por sólo Dios sabe qué mínima vibración, el reloj de repetición, que estaba en el bolsillo del chaleco o en el bolsillo del pantalón del cazador, hizo sonar un par de compases de la canción «Practica la fidelidad y la honradez». Los hombres se miraron con un gesto de pesadumbre. El doctor Piazolo sacudió la cabeza y montó en su máquina. El trineo volvió a ponerse en movimiento y yo, de quien nadie se había percatado, reanudé la marcha para cubrir el último tramo del camino a casa. El cadáver de Schlag, el cazador, que, según he sabido entretanto, no tenía familiares de ninguna clase, fue sometido a una autopsia en el hospital del distrito, la cual, más allá de la causa de muerte confirmada por el doctor Piazolo, no arrojó ninguna aclaración nueva a no ser un detalle calificado de algo curioso, a saber, que la parte superior del brazo izquierdo del muerto, como se deduce del informe de la autopsia, tenía tatuada una barca.

Pocos días después del encuentro con Schlag, el cazador muerto, es decir, cerca del Adviento, me vi aquejado de una grave enfermedad de la que el doctor Piazolo y el médico especialista al que consultó dijeron que era difteria. Con la faringe dolorida, más adelante lastimada y por último completamente abierta por dentro, yacía en mi cama terriblemente mortificado cada pocos minutos por

una fuerte tos que me descomponía el pecho y el cuerpo entero. Una vez que la enfermedad hubo arraigado, mis miembros tenían una pesadez tal, para mí incomprensible, que no podía levantar la cabeza, las piernas o los brazos, ni siquiera la manos. En las cavidades de mi cuerpo había tanta presión como si mis órganos fuesen estirados por una prensa. Varias veces me hizo estremecer la idea de que el herrero sostenía mi corazón recién sacado de la fragua, incandescente, circundado por llamas azulinas, como un cercado ardiendo, para introducirlo con unas tenazas de hierro en el agua gélida. Sólo el dolor de cabeza me llevaba a menudo al borde del desmayo, pero ya cuando en el punto álgido de la enfermedad la fiebre subía hasta quedarse apenas por debajo del límite decisivo, el delirio me liberaba de la más aguda sensación de dolor. Entonces me sentía envuelto en un calor vibrante, con los labios reventados, desfoliados, de color gris, y el sabor a podredumbre en la lengua a causa de la piel deteriorada de la faringe, como si estuviera en medio del desierto. El abuelo me rociaba la boca con gotas de agua templada que yo advertía deslizarse, con lentitud, por las superficies abrasadas y abiertas del interior de mi cuello. En el delirio me volvía a ver una y otra vez pasando junto a la señora Sallaba, que estaba llorando, bajar la escalera del sótano y, en la esquina más apartada, más oscura, abrir la caja sobre cuyo suelo, en una gran cazuela de arcilla, se guardaban los huevos en conserva a lo largo de todo el invierno. Yo metí la mano y el antebrazo en la superficie calcárea del agua hasta casi tocar el fondo del recipiente, mas cuál no sería mi sorpresa al sentir que lo que se había puesto en conserva en esa cazuela no eran huevos que pulcramente se habían guardado con su cascara, sino algo blando que se escurría por los dedos, de lo que inmediatamente supe que no podían ser otra cosa más que ojos. El doctor Piazolo, que al irrumpir la enfermedad había ordenado la transformación de mi dormitorio en un lazareto al que sólo podían acceder mi abuelo y mi madre, me mandaba envolver desde la cabeza hasta los pies en paños templados y húmedos, lo

que al principio me sentaba muy bien pero poco después me provocaba un miedo que se acrecentaba en mi interior cada vez más rápido. Mi madre tenía que lavar el suelo dos veces al día con agua de vinagre, y las ventanas de la habitación permanecían abiertas de par en par cuando menos durante el día, por lo que a veces la nieve se introducía en el interior hasta llegar casi a la mitad del cuarto y el abuelo se sentaba junto a mi cama enfundado en su pesado abrigo y con el sombrero puesto. La enfermedad se extendió más de dos semanas, hasta pasadas las Navidades, y por fin el día de los Reyes Magos pude tomar unas cucharadas de pan y leche. La puerta de lazareto se pudo abrir un poco, y en el umbral aparecieron por turnos algunos de los habitantes de la casa, entre ellos también estuvo un par de veces la Romana contemplando con asombro al que había salido con vida de milagro. Ya era Cuaresma cuando alguna vez podía estar unos minutos fuera de casa. En un primer momento acudir a la escuela seguía descartado. En primavera me entregaron durante dos horas al día a la tutela de la señorita Rauch, quien mientras tanto había vuelto a ser relevada de su cargo por el terrible König, el profesor titular, al que había estado sustituyendo. La señorita Rauch era la hija del administrador forestal, así que a eso de las diez iba todos los días a casa del administrador; cuando hacía mal tiempo me sentaba en el banco de la estufa de cerámica junto a la afable candidata a profesora, y, cuando hacía bueno, fuera, en el cenador giratorio situado en medio de la arboleda, rellenando con devoción mis cuadernos de colegio con una malla de líneas y de números en la que esperaba apresar a la señorita Rauch y enredarla para siempre en mi cautiverio. También fue entonces cuando me pareció crecer con gran velocidad, motivo por el que ya en el verano creía que hubiera sido perfectamente posible poder ir al altar con mi maestra.

A principios de diciembre llevaba ya casi un mes entero en W., y más o menos durante todo este tiempo había sido el único huésped en el Engelwirt. Sólo a veces se presentaba uno de esos viajeros

de comercio solitarios, que por la noche, en la taberna, terminaban su jornada con el cómputo de los tipos de intereses y de comisiones. Como también yo estaba constantemente inclinado sobre mis papeles y, al igual que ellos, sólo a ratos dejaba divagar por la lejanía una mirada sumida en pensamientos, probablemente en un principio también me tomaran por un viajante de comercio, hasta que, luego de unas cuantas ojeadas taxativas a mi aspecto externo no conforme a tal posición social, dedujeran otra profesión, y, como me puedo imaginar, de carácter más dudoso. Intranquilo no tanto por estas miradas sino por los primeros preparativos que ya se estaban llevando a cabo en el edificio para el comienzo de la estación de invierno, tomé la decisión de marcharme, más aún porque con mis notas había llegado a un punto donde o seguía para siempre o ponía punto y aparte. Al día siguiente, después de varios transbordos y largas esperas en los andenes de las estaciones de trenes de provincias, bien expuestos a las corrientes de aire, no recuerdo más que la grotesca figura de una persona que había crecido demasiado, en verdad sobredimensional, que haciendo juego con un feo traje de moda llevaba una corbata ancha con plumas de pájaro pegadas de muchos colores con las que el viento se entretenía, me hallaba sentado, con W. ya infinitamente lejos detrás de mí, en el expreso que viajaba en dirección a Hoek van Holland a través de la campiña alemana, para mí desde siempre incomprensible, limpia y alineada hasta el último rincón. Todo me daba la impresión de estar pacificado y aturdido de una forma no muy adecuada, y la sensación de aturdimiento también se adueñó de mí en pocos minutos. No quería abrir los periódicos que había comprado, no quería beber el agua mineral que aguardaba enfrente de mí. A un lado se iban quedando atrás los campos y las tierras, sobre los que, como estaba previsto, había crecido la siembra de otoño en un color verde pálido, atrás parcelas de bosque, canteras de grava, campos de fútbol, polígonos industriales y colonias de casas adosadas y unifamiliares detrás de sus verjas rústicas y setos

de aligustre que, acorde con los planes urbanísticos, se seguían expandiendo un año tras otro. Era algo extraño que al mirar hacia afuera me conmoviese de pronto la circunstancia de que casi no se veía a ninguna persona por ninguna parte pese a que los automóviles bramaran lo suficiente por las carreteras húmedas, ocultos en espesas nubes de chispas de agua. Incluso en las calles principales de las ciudades era mucho más probable avistar coches que a seres humanos. De hecho parecía como si nuestra especie ya hubiera cedido su puesto a otra, o por lo menos como si viviéramos en una forma de cautiverio. El mutismo de mis compañeros de viaje y mi propio estado de inmovilidad en un vagón climatizado del tren rápido no se prestaban a disipar tal tipo de conjeturas. Por lo demás, en aquel entonces, dicho sea en virtud de la honestidad, no se me pasaron por la cabeza tales pensamientos, sino que, al contemplar el país íntegramente parcelado y aprovechado, en mi conciencia, si es que en ese momento la conservaba aún, sólo se repetían las palabras «la región suroccidental alemana», «la región suroccidental alemana», hasta que, al cabo de un par de horas de una tortura en progreso constante, llegué al convencimiento de que ahora, definitivamente, sí se había activado algo así como la desactivación de los nervios de mi cabeza.

La presión bajo la que me encontraba no se aplacó hasta que el tren no estuvo rodando por el interior de la estación de trenes de Heidelberg, donde la gente que había en los andenes era tan numerosa que de inmediato los supuse fugitivos de una ciudad en vías de extinción o ya extinta. La última pasajera de los que se habían incorporado al tren y que habían entrado en el compartimento, sólo ocupado a la mitad, era una mujer joven con un birrete marrón de terciopelo y pelo rizado, en la que a primera vista, y como pensé sin abrigar la más mínima duda, reconocí a Isabel, la hija de Jaime I de Inglaterra, que, según informes de los historiógrafos, había venido a Heidelberg en calidad de prometida del príncipe elector del palatinado y, durante el breve período de

tiempo en el que allí tuvo una corte fastuosa, fue conocida como la reina de invierno. Esta mujer joven del siglo xvii inglés, apenas hubo tomado asiento y se hubo instalado en su esquina, se concentró profundísimamente en un libro que tenía por título *Mar de Bohemia*, escrito por una autora que me era desconocida, Mila Stern. Cuando por fin el tren discurría por la orilla del Rin, levantó varias veces la vista de la lectura para dirigirla, a través de los cristales de la ventana del compartimento, hacia el agua y las pendientes empinadas de la otra orilla. Tuvo que haberse levantado un fuerte viento del norte, pues los pabellones de popa de las lanchas que labraban el grisáceo caudal corriente arriba no soplaban hacia atrás, sino hacia adelante, como en un dibujo infantil, lo que confería a toda la imagen algo tan erróneo como conmovedor. Fuera, la luz había menguado, de modo que ahora sólo una claridad descolorida llenaba el valle de la corriente. Salí afuera, al pasillo. Los viñedos de colores pizarra y violeta, como dibujados por una aguja helada, estaban extrañamente cubiertos en algún que otro punto por redes verde turquesa. Cuando entonces un torbellino de nieve, que lentamente había hecho su aparición, recubrió esta perspectiva que sin pausa se iba desplazando a nuestro lado, mas en lo esencial permanecía invariable, me sentí de pronto como si nos encontráramos ascendiendo al ártico, como si ya estuviésemos acercándonos a la punta más extrema de la isla Hokkaido. La reina de invierno, a quien en mi fuero interno suponía causante de esta transformación en el paisaje del Rin, también había salido al pasillo y llevaba ya un buen rato junto a mí contemplando el hermoso espectáculo, hasta que, con una entonación inglesa en la voz apenas perceptible, recitó en lo que parecía ser para sí misma:

*Praderas blancas borradas por la nieve
Velos más negros que cornejas
Guantes suaves como flores de rosal
Máscaras para proteger el rostro.*

De no haber sabido replicarle en aquel momento, de no saber cómo seguían estos versos invernales, de que yo, pese a toda mi agitación interna, no hubiera sido capaz de proferir ni una palabra, sino que sólo estaba ahí, tonto y mudo y mirando el mundo crepuscular casi pretérito, me he arrepentido y me he sentido afligido a menudo desde entonces. Al cabo de poco tiempo se dilató el valle del Rin, en la llanura aparecieron torres de pisos refulgentes, y el tren entró rodando en Bonn, donde la reina del invierno se apeó sin que me hubiera dado tiempo a decirle nada. Desde entonces he intentado, varias veces y todas ellas en vano, encontrar por lo menos el libro *Mar de Bohemia*, pero, aunque para mí sin duda de enorme importancia, es imposible de encontrar en ninguna bibliografía, en ningún catálogo, no está registrado por ninguna parte.

A la mañana siguiente, de vuelta en Londres, mis primeros pasos se encaminaron a la National Gallery. El cuadro de Pisanello que quería ver no se encontraba en su sitio habitual, sino que debido a trabajos de reforma había sido expuesto en una sala del sótano mal iluminada, a la que sólo bajaban unos pocos visitantes de los que a diario deambulaban por las salas de la galería con una expresión de incompreensión absoluta. El pequeño cuadro, de unos 30 por 50 centímetros y por desgracia encajado a la fuerza en un marco de oro demasiado pesado del siglo anterior, muestra la mitad superior casi repleta de un disco dorado que irradia desde el azul del cielo y sirve de fondo a la representación de la Virgen con el niño redentor. Por debajo, un ribete de copas de árbol verde oscuro se extiende de un extremo al otro del cuadro. Al lado izquierdo se encuentra el patrón de los rebaños, pastores y leprosos, San Antonio. Lleva un traje con capucha de un rojo profundo y una capa amplia en tonos de marrón tierra. En la mano sostiene un cascabel. Un verraco dócil yace a sus pies con la cabeza gacha en señal de sumisión. Con mirada severa, el eremita contempla la gloriosa aparición del

caballero que ha salido a su encuentro en ese preciso instante y emana algo emotivamente mundano. El dragón, un animal ensortijado y alado, ya ha exhalado su último aliento. La artística armadura, forjada de metal blanco, auna en sí todo el resplandor de la tarde. Ni la más mínima sombra de culpabilidad recae sobre el semblante juvenil de Jorge. La nuca y el cuello han quedado a merced del observador sin protección alguna. Pero lo verdaderamente particular de este cuadro es el sombrero de paja que, trabajado con una belleza inusual, de ala ancha y adornado con una gran pluma, lleva el caballero en la cabeza. Me gustaría saber cómo se le ocurrió a Pisanello la idea de ataviar a San Jorge precisamente con un sombrero de este tipo, en virtud de las circunstancias poco apropiado por no decir incluso extravagante. *San Giorgio con cappello di paglia*, muy curioso, como tal vez piensen también los dos hermosos caballos que miran al caballero por encima del hombro.

El camino de vuelta de la National Gallery a la estación de Liverpool Street lo recorrí a pie. Como no quería ir por Strand ni por la Fleet Street, crucé el laberinto de las calles más pequeñas por encima de este travesaño. Por Chandos Place, Maiden Lane y Tavistock Street llegué a Lincoln's Inn Fields, y desde allí, por el Holborn Circus y el Holborn Viaduct, al borde más occidental de la City. No podía haber andado mucho más de tres millas y sin embargo me sentía como si jamás hubiese hecho una marcha más larga que aquella tarde. No obstante, fui verdaderamente consciente de mi cansancio cuando, bajo la marquesina de una estación de metro desde cuyo interior afluía el familiar calor dulzón y polvoriento del mundo subterráneo, percibí de golpe el débil aroma de los ramos de crisantemos blancos y rojo púrpura, rojo rosado y rojo herrumbre, que un florista ofrecía en venta junto a la entrada, como Próspero, como una alucinación que le sobreviene a un remero cuando se halla muy lejos, mar adentro. En ese momento caí en la cuenta de que la estación de metro era justo aquella en la que, cuando pasaba

por allí, nunca había visto subir o bajar a nadie. El tren se para, las puertas se abren, se mira hacia afuera, al andén vacío, se percibe con mucha claridad la advertencia *mind the gap*, por lo general apenas audible en el trasiego acostumbrado, las puertas se vuelven a cerrar y el tren se pone en marcha. Esto mismo y de la misma forma es lo que ha sucedido siempre que he pasado por esta estación, y ni siquiera una vez ha pestañado uno de los demás pasajeros; al parecer estas circunstancias en efecto intranquilizadoras sólo me han llamado la atención a mí. Así que ahora estaba en la acera, ante la entrada de la susodicha estación y, para ahorrarme el esfuerzo del último trecho del camino, no tenía más que entrar en el oscuro vestíbulo en el que, a excepción de una mujer negra, muy oscura, sentada en una especie de taquilla en forma de casita, no se podía ver ni un alma. Quizá huelgue constatar que acabé por no entrar en esa estación subterránea. A pesar de que estuve lo que se dice un tiempo considerable en el umbral e intercambié algunas miradas con la mujer oscura, no me atreví a dar el paso decisivo.

El tren salía con lentitud de la estación de Liverpool Street, pasando por los muros de ladrillo llenos de hollín que, a causa de los nichos interpuestos, siempre me han parecido partes de un vasto sistema de catacumbas que en este lugar sale a la superficie. En las juntas y en las grietas de los muros acabados el pasado siglo, con el paso del tiempo han crecido cuantiosos ramos de papilionáceas, que, como es sabido, tienen predilección por las condiciones más miserables. Cuando en verano, de camino a Italia, pasé por última vez junto a estas paredes negras, empezaban a florecer tímidamente estas plantas casi desnudas. Y casi no confío en mis propios ojos cuando vi, mientras el tren esperaba la señal, una limonera revolverse de un arbusto a otro, arriba, ahora abajo, ya a la izquierda ya a la derecha, siempre en movimiento. Pero esto también había sucedido ya hacía meses, y ahora me digo que su recuerdo, probablemente, corresponda a mis deseos. De lo que sin

embargo no podía dudar era de la realidad de mis pobres compañeros de viaje, quienes, sin excepción, habían salido de sus casas recién limpios y aseados a primera hora de la mañana y ahora pendían de sus asientos cual ejército derrotado, que, antes de dedicarse a sus periódicos, se quedaba mirando fijamente afuera con ojos ciegos, inmóviles, la antesala de la metrópolis. En lontananza, donde el desierto de edificios estaba más abierto, se alzaban tres torres de viviendas, en su totalidad envueltas en andamios, circundadas por mallas de seguridad flameantes, y mucho más lejos aún, ante la línea de cielo que ardía en llamas en el horizonte occidental, de la capa de nubes negro-azulada, que recubría toda la ciudad como una enlutada bandera monstruosa, descendía, a borbotones, un chaparrón. Cuando el tren cambió las vías, pude volver la vista hacia las maravillosas construcciones de la City que, doradas en su parte superior por la luz que horizontal caía desde el oeste, sobresalían, con mucho, de entre el resto. El extrarradio quedó atrás —Arden and Maryland—, y pronto ganamos el campo abierto. El horizonte occidental comenzó a diluirse. Las sombras de la noche ya se cernían sobre arbustos y campos. Estuve hojeando brevemente la edición de papel biblia —Everyman's Library, 1913— del diario de Samuel Pepys que había adquirido a primeras horas de la tarde. Obedeciendo únicamente al libre albedrío, me quedé leyendo pequeños fragmentos dispersos del informe, que a lo largo de más de mil quinientas páginas se extendía por toda una década, hasta que me entró sueño y una y otra vez tenía que descifrar el mismo par de líneas sin ser capaz de entenderlas. Después soñé que caminaba por una zona montañosa. El largo camino, cubierto de fina piedra partida blanca, discurría, subiendo y bajando, en infinitas revueltas por entre los bosques, y por último, a la altura del paso, a través de una profunda hendedura, conducía al otro lado de la cadena montañosa, que, como bien sabía en el sueño, se trataba de los Alpes. Todo lo que veía desde ahí arriba era de una especie de color calcáreo, de un gris claro,

resplandeciente, en el que centelleaban miríadas de esquirlas de cuarzo. Esto, extrañamente, me causó la impresión de que la piedra fuese a desmaterializarse. Desde mi punto de observación, el camino transcurría cuesta abajo, y en la lejanía se alzaba una segunda montaña, por lo menos de igual altura, que intuí no ser ya capaz de superar. A mi izquierda se abría una profundidad verdaderamente vertiginosa. Me acerqué al borde del camino consciente de que jamás había estado mirando hacia una profundidad semejante. En ninguna parte se podía ver un árbol, un matorral, ni un arbusto de madera retorcida, ni una pequeña mata de hierba, sólo piedra. Las sombras de las montañas apresuraban su paso sobre brucas pendientes y por entre los desfiladeros. No se movía nada más. Reinaba la calma más absoluta, pues hacía ya tiempo que el viento había disipado también los últimos vestigios de vida vegetal, la última hoja susurrante o el último pequeño jirón de corteza, y únicamente las rocas yacían inertes en el fondo. Como un eco casi perdido regresaban entonces las palabras a este vacío desalentado, fragmentos del informe sobre el gran incendio de Londres. Lo veía crecer, cada vez más. No había claridad, sino un llamear espantosa y sangrientamente maligno que el viento empujaba por toda la metrópoli. Cientos de palomas muertas sobre el pavimento con el plumaje chamuscado. Un montón de saqueadores en la Lincoln's Inn. Iglesias, casas, madera y piedras de los muros, todo arde por igual. En el camposanto, los árboles perennes se prenden fuego. Un incendio breve, veloz e intenso, estruendo, disiparse de las centellas y extinción. La tumba del obispo Braybrook ha quedado abierta. ¿Es esta la última hora? Un golpe seco, monstruoso. Como ondas en la brisa. El polvorín vuela por los aires. Huimos al agua. A nuestro alrededor el reflejo, y delante de la profunda oscuridad del cielo, en un arco, cuesta arriba, la pared de fuego, recortada en zigzag, pronto del ancho de una milla. Y al día siguiente una lluvia apacible de cenizas, hacia el oeste, hasta más allá del Windsor Park.



WINFRIED GEORG SEBALD fue un escritor alemán nacido en Allgäu (Baviera). Con 26 años llegó a Norwich (Inglaterra) para dar clases en la Universidad de East Anglia y dónde, desde 1987, ocupó la cátedra de literatura europea. Fue fundador del prestigioso British Centre for Literary Translation, del que fue director hasta 1994.

Escritor tardío, su primera novela *Vértigo* (1990), la escribió cuando contaba 46 años; fijó las formas y los territorios de una narrativa que en sólo diez años y otros tres libros, *Los emigrados* (1996), *Los anillos de Saturno* (2000) y *Austerlitz* (2002), le convirtieron en autor de culto.

Sebald poseedor de una prosa exquisita donde es patente cómo cada palabra es amada por lo que es y cada frase por su música, se dedicó sistemáticamente, durante años, a tratar de entender el peso específico que tiene la cultura de los muertos sobre la cultura de los vivos. El caso de su patria fue el mejor ejemplo que pudo haber escogido. Como parte de la mal llamada “literatura del Holocausto”, la figura de Sebald es decisiva para todo aquel que esté realmente interesado en la historia de la cultura reciente.

Su literatura transgenérica, riquísima y compleja mezcla de ensayo, novela, libro de viajes y poesía situarán a Sebald, si es que no lo está ya, en la cumbre de los escritores llamados universales.

Max Sebald, como así le llamaban sus amigos, y que solía ocultar su presencia tras la figura de un caminante más de las tierras desoladas de Norwich, murió víctima de un accidente automovilístico, tras sufrir un infarto y estrellarse contra un camión, el 16 de diciembre de 2001.